



Enid Blyton

**PRIMER CURSO EN
TORRES DE MALORY**

se

Darrell Rivers comienza ilusionada su primer curso en el pensionado Torres de Malory, donde espera hacer grandes amistades y pasar ratos inolvidables. La convivencia y aventuras de las alumnas de Torres de Malory no la defraudarán.



Enid Blyton

Primer curso en Torres de Malory

Torres de Malory 1

ePub r1.1

Ishamael 10.08.13

Título original: *First term at Malory Towers*

Enid Blyton, 1946

Traducción: María Dolores Raich Ullán

Ilustraciones: José María Bea

Diseño de portada: Pablo Ramírez

Editor digital: Ishamael

ePub base r1.0



Capítulo 1

PARTIDA AL PENSIONADO

Darrell Rivers se miró al espejo. Era casi hora de ir a la estación, pero la muchacha decidió que aún le quedaba tiempo para comprobar qué aspecto tenía con su nuevo uniforme escolar.

—Es precioso —murmuró Darrell, girando lentamente sobre sus talones—. Chaqueta parda, sombrero a tono, cinta naranja y blusa marrón con cinturón naranja. Me gusta.

Su madre se asomó, sonriente, a la puerta de su habitación.

—¿Admirando tu figura? —inquirió la señora Rivers—. A mí también me encanta ese conjunto. No cabe duda que el colegio *Torres de Malory* tiene un bonito uniforme. Vamos, Darrell. No conviene que perdamos el tren a principios de curso.

Darrell sentía gran excitación. Por primera vez en su vida iba a ingresar en un pensionado: *Torres de Malory* no aceptaba niñas menores de doce años. Por tanto, ella sería una de las más jóvenes del colegio. Tenía por delante muchos cursos pródigos en buenos ratos, camaradería, estudio y esparcimiento.

—¿Qué tal resultará? —se pregunta una y otra vez—. He leído infinidad de historias de pensionados, pero supongo que *Torres de Malory* tendrá otro ambiente. Cada colegio es diferente. Espero que allí haré buenas amistades.

Darrell lamentaba separarse de sus amigas. Ninguna iría a *Torres de Malory*. Había asistido con ellas a una escuela de alumnas externas, y casi todas seguirían allí o ingresarían en diversos pensionados.

Su maleta estaba llena hasta los topes. En uno de sus costados figuraba el nombre «*Darrell Rivers*» en grandes letras negras. Las etiquetas ostentaban las letras T. de M., o sea las iniciales de *Torres de Malory*. Darrell sólo tenía que llevar en la mano su raqueta de tenis, protegida por una funda, y una maletita, en la cual su madre había metido las cosas que necesitaba para la primera noche en el colegio.

—La primera tarde no podréis deshacer vuestras maletas —advirtió la señora Rivers—. Por eso es preferible que cada muchacha lleve un maletín con el camisón, el cepillo de dientes y todo lo necesario para el aseo. Aquí tienes un billete de diez chelines. Debes procurar que te dure todo el trimestre, porque a las chicas de tu grado no les está permitido tener una cantidad superior a ese dinero para sus gastos.

—¡Me durará! —aseguró Darrell, metiendo el billete en su portamonedas—. ¡Tendré pocos gastos en la escuela! Ahí está el taxi aguardando, mamá. ¡En marcha!

Se había despedido ya de su padre, antes de que éste saliera para su trabajo aquella mañana. El señor Rivers le había dado un fuerte abrazo, murmurando estas palabras.

—Adiós, Darrell, y buena suerte. Aprenderás mucho en *Torres de Malory*, porque es un buen colegio. ¡Esfuézate en corresponder a los desvelos de tus profesores!

Por fin, estuvo todo listo para partir, con inclusión de la maleta, depositada junto al asiento del conductor. Darrell se asomó a la ventanilla del taxi para dar una postrera mirada a su hogar.

—¡Regresaré pronto! —gritó al gran gato negro que se lavaba en lo alto de la tapia—. Al principio, os echaré mucho de menos a todos, pero pronto me acostumbraré, ¿verdad, mamá?

—Naturalmente —asintió su madre—. ¡Lo pasarás divinamente! ¡A lo mejor, no quieres volver a casa durante las vacaciones estivales!

Debían dirigirse a Londres para tomar el tren de Cornualles, lugar donde se hallaba instalado *Torres de Malory*.

—Siempre hay un tren especial para *Torres de Malory* —declaró la señora Rivers—. Mira, allí veo un aviso. *Torres de Malory*. Andén 7. Vamos allí. Nos sobrará tiempo. Estaré un rato contigo y, cuando se haga cargo de ti la tutora, te dejaré en compañía suya y de las otras alumnas.

Ambas se encaminaron al andén. En éste había formado un largo tren con letreros de destino a *Torres de Malory*. Todos los vagones estaban reservados a las muchachas de aquel colegio. En las ventanillas figuraban letreros con ligeras variantes. La primera tanda de ellos decía: *Torre Norte*. La segunda: *Torre Sur*. Luego, figuraban varios compartimentos con la indicación: *Torre Oeste*, y otros con la de *Torre Este*.

—Tú perteneces a la *Torre Norte* —le advirtió su madre—. *Torres de Malory* tiene cuatro residencias distintas para sus alumnas, todas ellas coronadas por una torre. La directora dijo que tú te alojarías en la *Torre Norte*. La encargada de esta torre es la señorita Potts. Vamos a buscarla.

Darrell dio una mirada global a las muchachas del abarrotado andén. Al parecer, todas pertenecían al colegio Malory, pues se veían chaquetas pardas y sombreros a tono, con cinta naranja, por doquier. Por lo visto, todas se conocían, y charlaban y reían a grandes voces. De pronto, Darrell sintió cierta timidez.

«*Nunca conseguiré conocerlas a todas* —pensó, contemplándolas—. *¡Cielos! ¡Qué mayores son algunas! Parecen mujeres. ¡Qué respeto me infundirán!*».

Efectivamente, las muchachas de los grados superiores tenían aspecto de personas mayores. Ni siquiera miraban a las pequeñas. Éstas se apartaban a su paso y ellas subían a sus vagones con aire un tanto arrogante.

—¡Hola, Lottie! ¡Hola, Mary! ¡Caramba! ¡Ahí está Penélope! ¡Eh, Penny, ven acá! ¡Hilary! ¿Cómo no me has escrito en todas las vacaciones, perezosa? ¡Jean, ven a nuestro vagón!

Las alegres voces resonaban de extremo a extremo del andén. Darrell buscó a su madre con la mirada. ¡Ah, allí estaba, hablando con una profesora de expresión sagaz! Sin duda, se trataba de la señorita Potts. Darrell la miró de hito en hito. Sí, le gustaba, le gustaba el centelleo de su mirada, pero su boca expresaba determinación. No le interesaba indisponerse con ella.

La señorita Potts se acercó a ella y, esbozando una sonrisa, profirió:

—¡Bien, nueva alumna! Viajarás en mi vagón, aquel de allí. Las novatas siempre van conmigo.

—¿Según eso hay otras alumnas nuevas en mi grado? —preguntó Darrell, ilusionada.

—Desde luego. Otras dos. Todavía no han llegado.

Señora Rivers, le presento a una muchacha del curso de Darrell: Alicia Johns. Ella se

encargará de velar por Darrell cuando usted se despidiera.

—Hola —saludó Alicia, posando sus brillantes ojos en Darrell—. Soy de tu curso. ¿Quieres tener un asiento lateral? En este caso, te aconsejo que te apresures.

—Así yo me marché, querida —decidió la señora Rivers, jovialmente, besando y abrazando a Darrell—. ¡Te escribiré cuando reciba carta tuya! ¡Qué te diviertas!

—Lo procuraré —prometió Darrell, siguiendo a su madre con la mirada, cuando ésta se alejaba por el andén.

No tuvo tiempo de sentirse sola porque Alicia se hizo cargo de ella inmediatamente. Tras mostrarle el vagón de la señorita Potts, la obligó a subir al estribo.

—Pon tu maletín en un asiento y yo pondré el mío en el de enfrente —ordenó Alicia—. Ahora, nos instalaremos junto a la puerta para ver qué pasa. ¡Fíjate en aquello! ¡La viva estampa de lo que no debe hacer una madre al despedirse de su amada hija!

Darrell miró en dirección al lugar indicado por su compañera. Al punto, vio a una muchacha más o menos de su edad, vestida con el mismo uniforme escolar, pero con una larga cabellera flotante en su espalda. La chiquilla estaba abrazada a su madre, sollozando desconsoladamente.

—¡Ahora, lo que debería hacer esa madre es sonreír, darle unos chocolates y marcharse! —gruñó Alicia—. Con una hija así, es inútil intentar otra cosa. ¡Pobrecilla, qué mimada!

La madre estaba casi tan emocionada como la hija. Por su rostro se deslizaron también gruesas lágrimas. La señorita Potts se dirigió hacia ella con paso firme.

—Ahora, observa a Potty —masculló Alicia.

Darrell la miró, asombrada. ¡Potty! ¡Vaya nombre que debe a una profesora!^[1] En todo caso, la señorita Potts no tenía el menor aspecto de loca, sino de perfectamente cabal.

—Voy a llevarme a Gwendoline —dijo la profesora a la madre—. Ya es hora de que suba a su vagón. En seguida se habituará al ambiente del colegio, señora Lacey.

Gwendoline parecía dispuesta a marcharse, pero su madre la mantuvo abrazada.

—¿Ves? —resopló Alicia—. ¡Salta a la vista que, la que tiene la culpa de que Gwendoline sea una boba, es su madre! Me alegro de que la mía sea sensata. La tuya también parece muy simpática, alegre y risueña.

Darrell acogió con agrado aquel elogio a su madre. A poco, vio que la señorita Potts separaba a Gwendoline de la suya y la conducía hacia ellas.

—¡Alicia! —exclamó la profesora—. ¡Aquí tienes otra!

Alicia ayudó a Gwendoline a subir al vagón.

La madre de la nueva alumna se acercó a su vez, al vagón y, atisbando su interior, aconsejó:

—Elige un asiento lateral, querida. Y no te pongas de espaldas a la máquina. Ya sabes que te mareas. Y...

En aquel momento, subió al vagón otra muchacha, baja y robusta, de rostro vulgar y abundante cabello trenzado a la espalda.

—¿Es éste el vagón de la señorita Potts? —preguntó la recién llegada.

—Sí —contestó Alicia—. ¿Y tú eres la tercera alumna nueva? ¿Vas a *Torre Norte*?

—Sí. Soy Sally Hope.

—¿Dónde está tu madre? —inquirió Alicia—. Primero debería haberte presentado a la señorita Potts para que te tachara de la lista.

—Mamá no se ha molestado en acompañarme —repuso Sally—. He venido sola.

—¡Cielos! —exclamó Alicia—. ¡Qué madres más distintas! Unas vienen y se despiden sonrientes; otras lloran como magdalenas... y otras brillan por su ausencia.

—Alicia, no hables tanto —reconvino la señorita Potts.

La profesora conocía la locuacidad de la muchacha. Súbitamente, la señora Lacey dio muestras de contrariedad y se olvidó de dar más instrucciones a Gwendoline. En lugar de ello, miró a Alicia, airadamente. Por fortuna, en aquel preciso momento el jefe de estación tocó el pito y todo el mundo ocupó bulliciosamente su sitio.

La señorita Potts subió al vagón con dos o tres muchachas más. La puerta se cerró con estrépito. La madre de Gwendoline escudriñó el interior, pero ¡ay!, su hija estaba arrodillada en el suelo, buscando algo que se le había caído.

—¿Dónde está Gwendoline? —profirió la señora Lacey—. ¡Tengo qué despedirme de ella! ¿Dónde está...?

Pero el tren había arrancado ya. Gwendoline se incorporó, gimiendo:

—¡No me he despedido de mamá!

—¿Cuántas veces querías hacerlo? —espetó Alicia—. ¿Por lo menos veinte veces?

La señorita Potts observó a Gwendoline. La había clasificado ya como el tipo clásico de hija única, egoísta y mimada, y le constaba que daría mucho que hacer al principio de su estancia en el pensionado.

Luego, miró a la reposada Sally Hope. Ésta era una niña muy especial, con sus tirantes trenzas y su grave semblante remilgado. Su madre no había acudido a despedirla. ¿Estaría muy triste por ello? La señorita Potts no pudo dilucidarlo.

Después, posó la mirada en Darrell. Resultaba muy fácil catalogarla. Ésta nunca ocultaba nada y decía siempre lo que pensaba, aunque no tan bruscamente como Alicia.

«*Es una muchacha simpática, franca y digna de confianza* —pensó la señorita Potts—. *Aunque aseguraría que es un poco traviesa. Parece inteligente. ¡Yo me encargaré de que haga uso de esa inteligencia! ¡Puedo sacar mucho partido de una muchacha como esta Darrell en Torre Norte!*».

Las colegialas trabaron conversación.

—¿Qué aspecto tiene *Torres de Malory*? —preguntó Darrell—. Una vez vi una fotografía del colegio. Me pareció terriblemente grande.

—Lo es —confirmó Alicia—. Además, tiene una magnífica vista sobre el mar. Está construido en lo alto del acantilado, ¿sabes? Tienes suerte de pertenecer a *Torre Norte*. ¡Es la que posee mejor vista!

—¿Y cada torre tiene sus aulas? —interrogó Darrell.

—No —replicó Alicia, meneando la cabeza—. Todas las muchachas alojadas en las cuatro torres asisten a las mismas aulas. Hay unas setenta alumnas en cada residencia. Pamela es la jefa de la nuestra. ¡Allí está!

Pamela era una muchacha alta y apacible que había subido al vagón con otra jovencita de

aproximadamente su edad. Ambas parecían muy amigas de la señorita Potts y discutían vehementemente con ella, de los proyectos para el curso.

Alicia y otras muchachas llamadas Tessie, Sally y Darrell charlaban también. Gwendoline permanecía sentada en su asiento lateral con expresión sombría. Nadie le prestaba la menor atención y ella no estaba acostumbrada a aquella indiferencia.

Con un leve suspiro, miró a las demás con el rabillo del ojo. La perspicaz Alicia sorprendió aquella mirada y, esbozando una sonrisa, cuchicheó a Darrell:

—¡Todo es comedia! Cuando una persona se siente de veras desdichada, suele disimularlo como puede. No hagas el menor caso de nuestra querida Gwendoline.

¡Pobre Gwendoline! Ignora que aquella falta de conmiseración por parte de Alicia constituía un gran bien para ella. Había sido siempre objeto de demasiadas atenciones y la vida en *Torres de Malory* no iba a resultarle fácil.

—Anímate, Gwendoline —alentó la señorita Potts en tono jovial.

E inmediatamente reanudó su conversación con las muchachas mayores.

—Estoy mareada —declaró Gwendoline, al fin, dispuesta a pasar a primer plano, a ser compadecida a toda costa por todas.

—Pues no lo pareces —repuso Alicia, con su habitual franqueza—. ¿Verdad que no, señorita Potts? Yo siempre palidezco cuando me siento indispuesta.

Gwendoline hubiera dado cualquier cosa por estar mareada de verdad, para dar una lección a aquella deslenguada.

—¡Pues lo cierto es que estoy mareada! —murmuró, débilmente, recostándose en el respaldo del asiento—. ¡Dios mío! ¿Cómo me las arreglaré?

—Aguarda un momento..., buscaré una bolsa de papel —masculló Alicia, sacando una muy grande del interior de su maletín—. Tengo un hermano que siempre se marea en coche y mamá siempre lleva bolsas de papel adonde quiera que va, para socorrerle. A mí me divierte mucho verle meter la nariz en ella, pobre Sam, como un caballo con su morral.

Las muchachas no pudieron menos de acoger con risas la anécdota de Alicia. Como es de suponer, Gwendoline no se rió. Al contrario. Dio muestras de enojo. ¡Pensar que aquella antipática muchacha volvía a burlarse de ella! Estaba segura de que nunca haría migas con ella.

Después de aquel incidente, Gwendoline permaneció callada, absteniéndose de hacer ninguna otra tentativa de llamar la atención de sus compañeras. Temía otra posible salida de Alicia.

En cambio, Darrell miraba a Alicia con alborozo y simpatía. ¡Cuánto le gustaría ser su amiga! ¡Qué bien lo pasarían juntas!

Capítulo 2

TORRES DE MALORY

El viaje a *Torres de Malory* resultaba muy largo, pero como en el tren había coche-restaurante y las muchachas acudieron a él en sucesivos turnos para almorzar, el tiempo se pasó bastante aprisa. Merendaron, asimismo, en el tren. Al principio, todas estaban alegres y comunicativas, pero a medida que transcurría el día, se quedaron silenciosas y algunas se durmieron. ¡Era un viaje tan largo!

Por eso constituyó un motivo de excitación la llegada a la estación de *Torres de Malory*. El colegio se hallaba a una o dos millas de distancia y, junto a la estación, aguardaban grandes autocares para trasladar a las muchachas a su destino.

—Vamos —ordenó Alicia, tomando del brazo a Darrell—. Si nos apresuramos, podremos sentarnos en los asientos delanteros de uno de los autocares, junto al conductor. ¡Date prisa! ¿Ya llevas tus maletas?

—Yo también voy con vosotras —agregó Gwendoline.

Pero mientras recogía sus cosas, las otras se alejaron y se instalaron en los asientos anteriores. Las muchachas salieron en grupos de dos o tres, y el único mozo de la estación ayudó a los chóferes a cargar las numerosas maletas sobre los autocares.

—¿Se ven las *Torres de Malory* desde aquí? —preguntó Darrell, mirando a su alrededor.

—No. Ya te avisaré cuando se vislumbren —replicó Alicia—. A la vuelta de un recodo, aparecen súbitamente.

—Sí, es hermoso verlas surgir tan de repente —comentó Pamela, la apacible muchacha de «*Torre Norte*», que había subido al coche detrás de Alicia y Darrell.

Y con una mirada brillante, agregó:

—Creo que las *Torres de Malory* tienen su mejor perspectiva desde ese recodo, especialmente si está el Sol al fondo.

Darrell advirtió el afectuoso tono con que Pamela hablaba de su amado colegio y, posando los ojos en ella, llegó a la conclusión de que aquella seria muchacha le inspiraba simpatía.

Pamela sorprendió su mirada y a continuación exclamó riendo:

—Eres afortunada, Darrell. Justamente empiezas tus estudios en *Torres de Malory*. Tienes muchos cursos en perspectiva. En cambio, yo estoy terminando mis días aquí. Uno o dos trimestres más y ya no volveré a *Torres de Malory*, salvo como antigua alumna. Aprovecha tu estancia cuanto puedas.

—Lo haré —asintió Darrell.

Y miró al frente, en espera de vislumbrar por vez primera el colegio en el que debía estudiar por lo menos seis años.

El coche describió una curva. ¡Mira! —profirió Alicia, tocándola con el codo—. ¡Allí, en

aquella colina! El mar está al otro lado, al pie del acantilado, pero desde aquí no se ve, naturalmente.

Darrell miró en la dirección indicada. Ante sus ojos apareció un gran edificio cuadrado de piedra, gris claro, emplazado en lo alto de un risco. En realidad, se trataba de un acantilado con caída casi vertical hacia el mar. A lado y lado del gracioso edificio se alzaban dos torres redondas. Darrell entrevió otras dos detrás, formando un conjunto de cuatro. Las *Torre Norte*, *Torre Sur*, *Torre Este* y *Torre Oeste*.

Las ventanas relucían. La verde enredadera que cubría parte de los muros, alcanzaba en algunos puntos el tejado. El edificio tenía aspecto de viejo castillo.

«¡*Mi colegio!* —pensó Darrell, con un recóndito sentimiento de afecto en su corazón—. *Es muy hermoso. ¡Qué afortunada soy de poder estudiar tantos años en Torres de Malory! Llegaré a amar este lugar*».

—¿Te gusta? —inquirió Alicia, impacientemente.

—Sí, muchísimo —respondió Darrell—. Pero me perderé por sus pasillos. ¡Es tan grande!

—No temas —la tranquilizó Alicia—. Yo te enseñaré todos sus rincones. ¡Es asombroso lo pronto que una aprende a andar por aquí!

El coche dobló otro recodo y *Torres de Malory* se perdió de vista para aparecer de nuevo, aún más cerca en la curva siguiente. Al minuto, todos los coches avanzaban entre un zumbido de motores hacia el tramo de peldaños que conducían a la gran puerta de acceso.

—¡Parece la entrada de un castillo! —comentó Darrell.

—En efecto —convino Gwendoline, inesperadamente, detrás de ellas—. ¡Me sentiré como una princesa de cuento de hadas subiendo esos escalones! —añadió, sacudiendo su dorada melena.

—¡Me lo figuro! —exclamó Alicia, desdeñosamente—. Pero no tardarás en olvidar tales ideas cuando Potty te tome por su cuenta.

Darrell se apeó del vehículo e inmediatamente se perdió entre la multitud de muchachas que se dirigían a los escalones. Buscó a Alicia con la mirada, pero ésta había desaparecido como por encanto. En vista de ello, Darrell ascendió los peldaños, con su maletín y su raqueta, sintiéndose algo sola y desamparada entre el bullicioso grupo de muchachas. Sin la cordial Alicia, experimentaba una especie de pánico.

A partir de aquel momento, se sucedieron unos minutos de confusión. Darrell no sabía a dónde ir ni qué hacer. Buscó en vano a Alicia o a Pamela, la encargada de su residencia. ¿Debería dirigirse directamente a la *Torre Norte*? ¡Todas parecían saber exactamente a dónde dirigirse, excepto la pobre Darrell!

De pronto, vio a la señorita Potts con gran alivio por su parte. Se acercó, y la profesora la miró sonriente.

—¡Hola! ¿Te sientes un poco perdida, verdad? ¿Dónde está esa despistada de Alicia? Debería cuidar de ti. Todas las alumnas que se alojan en la *Torre Norte*, han de ir allí a deshacer sus maletines. El ama de llaves os está aguardando a todas.

Como Darrell no tenía idea de por dónde se iba a la *Torre Norte*, se quedó junto a la señorita Potts en espera de que alguien la acompañase. Alicia no tardó en reaparecer, acompañada por un

tropel de muchachas.

—¡Hola! —dijo a Darrell—. Te perdí. Todas éstas son alumnas de nuestro curso, pero ahora no voy a decirte sus nombres. Te armarías un lío. Algunas se hospedan en la *Torre Norte*. Otras pertenecen a las demás residencias. Ea, vamos a la *Torre Norte* a ver al ama. ¿Dónde está nuestra querida Gwendoline?

—Alicia —intervino la señorita Potts con voz severa, pero con mirada centelleante—. ¡Da una oportunidad a Gwendoline!

—¿Y Sally Hope? ¿Por dónde anda? —preguntó Alicia—. Vamos, Sally. De acuerdo, señorita Potts, las acompañaré a la *Torre Norte* y velaré por ellas.

Sally, Gwendoline y Darrell siguieron a Alicia. Se hallaban en un gran vestíbulo con puertas a ambos lados y una amplia escalera que ascendía formando curva.

—La sala de reuniones, el gimnasio, el laboratorio, los estudios y la sala de costura están todos en esta parte del edificio —explicó Alicia—. Venid, ahora atravesaremos el patio para ir a nuestra torre.

Darrell se preguntó qué sería aquel patio. No tardó en averiguarlo. *Torres de Malory* estaba construido en torno a un gran espacio oblongo, llamado patio. Alicia le condujo, juntamente con las demás compañeras, al exterior de una puerta situada enfrente de la entrada principal.

Allí estaba el patio, rodeado por todas partes de edificio.

—¡Qué hermoso lugar! —ensalzó Darrell—. ¿Qué es esa depresión en el centro?

Al propio tiempo, indicó un gran círculo de césped verde, sumido a considerable profundidad del nivel del patio. Alrededor de sus oblicuos márgenes había asientos de piedra. Parecía una pista de circo al aire libre, en posición algo hundida, con una serie de sillas de piedra alzadas a su alrededor.

—Aquí es donde representamos obras de teatro en verano —explicó Alicia—. Las actrices actúan en la pista, y las espectadoras se sientan en esas sillas de piedra. Nos divertimos de lo lindo.

En torno al círculo, sobre el nivel del patio, había un jardín bellamente cuidado, con profusión de rosales y toda clase de flores. Entre los macizos discurrían verdes extensiones de césped sin segar.

—Es un patio muy acogedor —observó Darrell.

—Demasiado caluroso en verano —objetó Alicia, conduciéndolas a todas al otro lado del lugar—. ¡Pero deberías verlo en el trimestre de Pascua Florida! Cuando en enero volvemos al colegio, dejando nuestras casas rodeadas de escarcha y a veces nieve, encontramos campanillas Maricas, acónitos y velloritas en flor, en todos esos macizos de este resguardado patio. Es un espectáculo maravilloso. ¡Fijaos cómo brotan los tulipanes! ¡Y estamos sólo en abril!

En cada extremo de aquel hueco oblongo rodeado de edificio, se alzaba una torre. Alicia se dirigía a la *Torre Norte*. Era exactamente igual que las otras tres. Darrell la contempló. Constaba de cuatro pisos. Alicia se detuvo en seco ante ella.

—En la planta baja está nuestro comedor, nuestras salas comunes, donde nos reunimos cuando no tenemos clase, y las cocinas. En el primero están los dormitorios. En el segundo hay más

dormitorios. Y en el último las habitaciones del personal y los trasteros para nuestros equipajes.

—¿Y todas las residencias son iguales? —preguntó Darrell, mirando hacia lo alto de la torre—. Me gustaría dormir allí arriba, en las almenas. ¡Qué hermosa vista tendría!

Varias muchachas entraban y salían por la puerta abierta, situada al pie de la *Torre Norte*.

—¡Apresúrate! —gritaron a Alicia—. ¡Dentro de unos minutos servirán la cena y, a juzgar por el olor, será algo estupendo!

—Siempre nos dan una buena cena el día de nuestra llegada —explicó Alicia—. Después... ya no tan buena. Cacao, galletas y pare usted de contar. En marcha, vamos a buscar al ama.

Cada una de las torres tenía su propia ama de llaves, responsable de la salud y el bienestar de las muchachas. El ama de la *Torre Norte* era una mujer activa y regordeta, ataviada con un delantal almidonado y un vestido estampado; muy limpia e impecable.

Alicia presentó a las nuevas alumnas.

—Aquí tiene usted otras tres a quienes reñir, dar medicinas y perseguir por los pasillos —dijo la chiquilla con una sonrisa.

Darrell observó al ama, que en aquel momento consultaba las largas listas que tenía en la mano, con el entrecejo fruncido. La mujer llevaba el pelo primorosamente recogido bajo un lindo gorro atado a la barbilla con una lazada. Su aspecto era tan impecable que Darrell tuvo la sensación de que, a su lado, ella aparecía muy sucia y desaliñada. El ama le inspiraba cierto temor. Era de esperar que no le obligase a tomar repugnantes medicinas con excesiva frecuencia.

De pronto, el ama levantó la vista, sonriendo. Los temores de Darrell se disiparon al punto. Era ilógico temer a una persona capaz de sonreír de aquella manera, con los ojos, los labios e incluso la nariz.

—Vamos a ver..., tú eres Darrell Rivers —dijo el ama, marcando el nombre inscrito en la lista—. ¿Traes tu certificado médico? Dámelo, por favor. Y tú eres Sally Hope, ¿no es eso?

—No, yo soy Gwendoline Mary Lacey —repuso Gwendoline.

—Y no olvide usted el Mary —intervino Alicia, insolentemente—. Nuestra querida Gwendoline Mary.

—Basta ya, Alicia —reconvino el ama, marcando su lista—. Eres tan mala como solía ser tu madre, a tu edad. O acaso peor.

Alicia sonrió y dijo:

—Mamá fue alumna de *Torres de Malory* en su juventud —dijo a las otras—. También se alojaba en la *Torre Norte*, y el ama la tuvo a su cargo muchos años. Me ha encargado sus afectuosos recuerdos, ama. Dice que le gustaría poder enviarle también a todos mis hermanos, porque está segura de que usted es la única persona capaz de dominarlos.

—Si se parecen a ti, me alegro muchísimo de no tenerlos aquí —gruñó el ama—. Con un solo miembro de la familia Johns tengo bastante. Tu madre me hizo salir algunas canas y tú has contribuido a que me salgan otras pocas.

La mujer esbozó una nueva sonrisa. Tenía un semblante sensato y afable que inspiraba confianza a las muchachas que enfermaban. ¡Más ay de la que se fingía enferma o se mostraba perezosa o descuidada! Entonces la sonrisa del ama desaparecía como por encanto, su rostro se

enfurruñaba y sus ojos destellaban peligrosamente.

Un sonoro gong resonó por toda la *Torre Norte*.

—Es hora de cenar —anunció el ama—. Ya desharéis las maletas luego, Alicia. Vuestro tren ha llegado con retraso y, sin duda, estáis todas muy cansadas. Ésta noche todas las alumnas de primer curso deberán acostarse inmediatamente después de cenar.

—¡Por favor, ama! —suplicó Alicia en tono quejumbroso—. ¿No nos concederá siquiera diez minutos después?

—He dicho «*inmediatamente*», Alicia —le replicó el ama—. Y ahora, no os entretengáis. Lavaos las manos en seguida y bajad a cenar. ¡Apresuraos!

A los cinco minutos, Alicia y sus compañeras se hallaban instaladas en el comedor, saboreando una buena cena con excelente apetito. Darrell dio un vistazo a las mesas. Estaba segura de que nunca lograría conocer a todas las muchachas de su residencia. Y estaba segura de que tampoco se atrevería nunca a participar en sus risas y sus charlas.

Pero, naturalmente, se equivocaba, porque, en realidad, no iba a tardar mucho en hacerlo.

Capítulo 3

LA PRIMERA NOCHE Y LA PRIMERA MAÑANA

Después de cenar, obedeciendo la orden del ama, todas las alumnas de primer curso subieron a su dormitorio. Darrell quedó encantada con la habitación. Era una estancia larga con ventanas en toda su longitud, que, para alborozo de Darrell, tenía vista al mar. La muchacha permaneció ante una de ellas, escuchando el lejano rumor de las olas en la orilla y contemplando el suave balanceo del mar azul. ¡Qué hermoso lugar era *Torres de Malory*!

—¡Date prisa, soñadora! —advirtió Alicia—. ¡El ama se presentará dentro de un momento!

Darrell se volvió a mirar la habitación. En ella había diez camas, separadas unas de otras por blancas cortinas que podían ser corridas o descorridas a voluntad de las muchachas.

Cada una tenía una cama blanca con un edredón de color. Todos los edredones eran de diferente tono y formaban un bello conjunto a lo largo de la hilera de lechos. En cada departamento había un armario para colgar ropa y una cómoda con un espejo en la parte superior. En los lados de la estancia se veían varios lavabos con agua fría y caliente.

Las muchachas procedieron a deshacer sus pequeños maletines. Darrell abrió el suyo y sacó su camisón, su pañito para lavarse la cara, y el cepillo de dientes y el dentífrico. De un toallero adosado a un lado de la cómoda pendía una toalla limpia para ella.

«*Será divertido dormir aquí, con todas las demás* —pensó Darrell—. *Qué bien lo pasaremos charlando por la noche. Además, supongo que también podremos improvisar algunos juegos*».

Todas las alumnas de primer grado dormían en el mismo dormitorio. Allí estaban Alicia, Darrell, Sally y Gwendoline, juntamente con otras seis muchachas. Todas observaban a las tres nuevas alumnas en tanto éstas iban y venían de los lavabos, lavándose la cara y los dientes.

Una de las muchachas consultó su reloj de pulsera.

—¡Meteos en la cama todas! —ordenó.

Era una chica alta, morena y apacible. Todas, excepto Gwendoline, obedecieron. Gwendoline estaba aún cepillándose su hermosa cabellera rubia. Al propio tiempo, contaba en voz baja.

—Cincuenta y cuatro, cincuenta y cinco, cincuenta y seis...

—¡Eh, tú, novata! ¿Cómo te llamas? ¡Acuéstate! —ordenó la esbelta muchacha morena.

—Tengo que cepillarme el pelo cien veces todas las noches —protestó Gwendoline—. ¡Ahora me has hecho perder la cuenta!

—Cierra el pico y acuéstate, Gwendoline Mary —intervino Alicia, que estaba junto a ella—. Katherine es la jefa de nuestro dormitorio y debes hacer lo que te mande.

—Pero yo prometí a m-m-ma... —empezó Gwendoline, con lágrimas en los ojos—. ¡Prometí a mamá que me c-c-c-cepillaría el pelo cien veces todas las noches!

—Puedes añadir las cepilladuras que te falten hoy a las de mañana por la noche —repuso la jefa, fríamente—. Métete en la cama, por favor.

—¡Oh, déjame terminar! —insistió Gwendoline, reanudando frenéticamente sus cepilladuras —. Cincuenta y siete, cincuenta y...

—¿Quieres que le zurre con mi cepillo, Katherine? —propuso Alicia, incorporándose.

Con un grito de espanto, Gwendoline saltó a su cama. Las muchachas se echaron a reír. Todas sabían que Alicia no tenía intención de zurrar a Gwendoline.

Ésta se tendió en la cama, enojada. Estaba dispuesta a hacerse la desdichada y a llorar. Así, pues, recordando a su madre y su lejano hogar, empezó a sorber el moco.

—Suénate, Gwendoline —aconsejó Alicia, con voz soñolienta.

—Silencio —ordenó Katherine.

La otra obedeció. Sally Hope lanzó un pequeño suspiro. Darrell se preguntó si estaría dormida. La cortina entre su cama y la de Sally estaba descorrida. No, Sally no dormía. Permanecía con los ojos abiertos. No lloraba, pero su rostro reflejaba tristeza.

«A lo mejor añora su casa», pensó Darrell.

Y evocó su hogar, a su vez. No obstante, su sensatez le impidió ponerse tonta, aparte de que estaba demasiado excitada por hallarse en *Torres de Malory* para echar realmente de menos su casa. Al fin y al cabo, había deseado con toda su alma ir allí, y allí estaba... con el firme propósito de ser muy feliz y divertirse por todo lo alto.

Por fin, apareció el ama. La mujer pasó revista a las camas. Una o dos de las muchachas dormían ya profundamente, rendidas de cansancio. El ama recorrió la larga habitación, arregló un edredón, dio vuelta a un grifo mal cerrado y corrió las cortinas de las ventanas, pues había mucha luz en el exterior.

—Buenas noches —murmuró en voz baja—. ¡Y no habléis, por favor!

—Buenas noches, ama —murmuraron las muchachas aún despiertas.

Darrell atisbo sobre el embozo para ver si el ama ostentaba su afable sonrisa. La mujer sorprendió la mirada de Darrell y, con una leve inclinación, dijo sonriendo:

—¡Qué duermas bien!

Luego salió quedamente.

Gwendoline fue la única que se esforzó en permanecer despierta. ¿Qué le había dicho su madre? «*Me consta que esta noche te sentirás muy desgraciada, pero sé valiente, querida, ¿oyes?»*».

En consecuencia, Gwendoline estaba dispuesta a permanecer despierta y a sentirse desgraciada. ¡Pero los ojos se le cerraban! Y, a poco, se quedó tan profundamente dormida como las demás. Entretanto, en su casa, su madre se enjugaba las lágrimas, diciendo:

—¡Pobrecilla Gwen! ¡No debería haberla enviado tan lejos de mí! ¡Presiento que está despierta y llorando a lágrima viva!

Pero, contra lo que suponía la buena señora, en aquel momento Gwendoline se dedicaba a dar pequeños y satisfechos ronquidos, soñando dichosamente en que sería la reina de todas aquellas muchachas, la primera de clase y la mejor deportista.

Una clamorosa campana las despertó a todas a la mañana siguiente. Al principio, Darrell no pudo recordar dónde estaba. Hasta que oyó claramente la voz de Alicia, gritando:

—¡Levantaos, holgazanas! ¡Tenéis que haceros la cama antes del desayuno!

Darrell saltó de la cama. El sol inundaba la habitación, pues Katherine había descorrido las cortinas. Se produjo un recio murmullo de conversaciones. Las muchachas se dirigían a los lavabos, saltando a la pata coja. Darrell se vistió rápidamente, orgullosa de lucir la blusa parda con su cinturón naranja, igual que las demás. Luego, se cepilló el pelo hacia atrás y se lo sujetó con dos pasadores para mantenerlo recogido y bien peinado. En cambio, Gwendoline se lo dejó suelto sobre los hombros.

—No puedes llevarlo así —advirtió Alicia—. ¡Al menos aquí en «*la escuela*», Gwendoline!

—Siempre lo he llevado así —replicó Gwendoline, con una obstinada expresión en su linda carita de boba.

—Pues te sienta muy mal —espetó Alicia.

—¡Mentira! —profirió Gwendoline—. Dices eso porque tú tienes el pelo corto y áspero.

Alicia guiñó un ojo a Katherine, que en aquel momento se acercaba a ellas.

—Mejor será dejar que Gwendoline luzca su larga y sedosa cabellera, ¿no crees? —decidió con voz suave—. Es posible que a la señorita Potts le encante verla así.

—Pues a mi institutriz, la señorita Winter, le gustaba mucho así —insistió Gwendoline, con visible complacencia.

—¡Ah! Según eso, ¿es la primera vez que asistes a una escuela? —preguntó Alicia—. ¿Sólo has tenido institutriz? Eso explica muchas cosas.

—¿Qué cosas? —inquirió Gwendoline, arrogantemente.

—No importa, ya lo averiguarás —masculló Alicia—. ¿Lista, Darrell? Ha sonado el gong del desayuno. Recoge bien las sábanas. Eso es. Tú, Gwendoline, dobla tu camisón. Fijaos en Sally. ¡Da gusto ver una nueva alumna así! ¡Tomad ejemplo de ella! Todo a punto a su debido tiempo, sin obligar a nadie a irle detrás.

Sally esbozó una leve sonrisa. Apenas pronunciaba una palabra. No parecía en absoluto tímida, pero era tan reposada y serena que a Darrell le costaba trabajo creer que era una de las nuevas. En todo momento daba la impresión de saber exactamente lo que debía hacer.

Todas bajaron al comedor. Las largas mesas estaban preparadas para el desayuno, y las muchachas se instalaron en ellas, saludando cortésmente a la profesora encargada de la residencia. El ama se hallaba también presente, juntamente con otra persona mayor a quien Darrell no había visto el día anterior.

—Ésa es *Mademoiselle* Dupont —cuchicheó Alicia—. Tenemos dos profesoras francesas en *Torres de Malory*. Una gorda y alegre y otra flaca y avinagrada. Éste curso nos toca la gorda y alegre. Las dos tienen un genio horroroso, de modo que espero que estés fuerte en francés.

—Pues no, no lo estoy —farfulló Darrell, deplorando interiormente su ignorancia en aquella materia.

—*Mademoiselle* Dupont detesta a *Mademoiselle* Rougier y *Mademoiselle* Rougier detesta a *Mademoiselle* Dupont —prosiguió Alicia—. Espera a ver las trifulcas que arman a veces. ¡Con decirte que el ama tiene que acudir a apaciguarlas en más de una ocasión!

Darrell abrió los ojos como naranjas. Katherine, al otro lado de la mesa, dijo riendo:

—No creas todo lo que cuenta Alicia. A veces exagera. Nadie ha visto todavía a nuestras dos *Mademoiselles* en plan de agarrarse por el cuello.

—¡Ah, pero lo harán algún día...! —pronosticó Alicia—. ¡Y espero estar presente para verlo!

Mademoiselle Dupont era baja, gruesa y rechoncha. Llevaba el cabello recogido en un pequeño moño sobre la coronilla. Sus ojos, negros y redondos, nunca estaban quietos. La mujer lucía un vestido negro perfectamente a su medida y unos ajustados zapatos negros en los diminutos pies.

Era corta de vista, pero no llevaba gafas. En su lugar, utilizaba unos anteojos con manija, llamados «*lorgnettes*» (impertinentes), sujetos a una larga cinta negra. Cuando deseaba ver algo de cerca, no tenía más que elevarlos a la altura de los ojos.

Alicia, muy hábil en el arte de remedar a la gente, solía despertar la hilaridad de sus compañeras, parpadeando como la pobre *Mademoiselle* y sosteniendo unas gafas imaginarias sobre la nariz. No obstante, temía tanto a *Mademoiselle* Dupont como las demás y, a ser posible, procuraba no incitarla a sacar su mal genio.

—Las nuevas alumnas deben ir a saludar a la directora después de desayunar —declaró la señorita Potts—. Hay tres en el primer curso, dos en el segundo y una en el cuarto. Podéis ir todas juntas. Después, reuníos con nosotras en la sala de sesiones para rezar las oraciones de la mañana. Por favor, Pamela, ¿quieres acompañar a las muchachas al despacho de la directora?

Pamela, la jefa de la residencia *Torre Norte*, se puso en pie. Las nuevas alumnas, entre ellas Darrell, la imitaron, dispuestas a seguirla. Pamela las condujo por la puerta que daba al patio y luego por otra puerta perteneciente al edificio situado entre la *Torre Este* y la *Torre Norte*. Allí estaban las habitaciones de la directora, y también la enfermería, destinada a las muchachas enfermas.

Por fin, llegaron ante una puerta pintada de color crema oscuro. Pamela llamó con los nudillos. Una voz profunda contestó:

—¡Adelante!

Pamela abrió la puerta.

—Le traigo a las nuevas alumnas, señorita Grayling —manifestó.

—Gracias, Pamela —murmuró la grave voz de la directora.

Y Darrell vio a una mujer de cabello gris, sentada ante un escritorio, en actitud de escribir. La desconocida tenía un semblante sereno y desprovisto de arrugas, unos ojos asombrosamente azules y una boca muy firme. Darrell se sintió impresionada por aquella serena directora de voz profunda e hizo votos por no tener que comparecer nunca ante su presencia por mal comportamiento.

Las nuevas alumnas se pusieron en fila ante la directora, y la señorita Grayling las miró a todas atentamente. Darrell notó que se ponía colorada, sin saber por qué. Para colmo, le temblaban un poco las rodillas. ¡Confiaba en que la señorita Grayling no le formulase ninguna pregunta! De lo contrario, tenía la certeza de no poder articular una palabra.

La señorita Grayling les preguntó sus respectivos nombres y dedicó unas breves palabras a cada una. Luego, dirigiéndose a todas en general, dijo solemnemente:

—Algún día abandonaréis el colegio para incorporaros al mundo ya como mujercitas. Sería de

desear que, para entonces, pudierais hacer gala de mente inquieta, un corazón bondadoso y un deseo de colaborar. Debierais llevar al mundo un espíritu de comprensión de muchas cosas, juntamente con la voluntad de aceptar todas las responsabilidades y mostraros mujeres dignas de ser amadas y respetadas. Podréis aprender todo eso en *Torres de Malory*... si «queréis». No cuento entre nuestros éxitos a las que obtienen becas y pasan los exámenes, pese al mérito que eso encierra, sino a las que aprenden a ser mujeres buenas y afables, sensatas, dignas de confianza y responsables. Nuestros fracasos los constituyen, precisamente, las que no aprenden esas cosas durante los años que pasan aquí.

Tales palabras fueron pronunciadas tan grave y solemnemente que Darrell apenas se atrevía a respirar. Ni que decir tiene que la muchacha deseó al punto convertirse en uno de los «éxitos» de *Torres de Malory*:

—A algunas de vosotras os resultará fácil aprender esas cosas; a otras, os parecerá más difícil. Pero, tanto en un caso como en otro, es menester aprenderlas, si de veras queréis ser felices cuando salgáis de aquí y os proponéis hacer felices a los demás.

Sobrevino una pausa. Por fin, la señorita Grayling tomó de nuevo la palabra, esta vez en un tono más ligero:

—Todas sacaréis un gran provecho de vuestra estancia en *Torres de Malory*. Procurad corresponder en la misma medida a nuestros desvelos.

—¡Oh! —exclamó Darrell, gratamente sorprendida, olvidando por completo que se había propuesto no pronunciar palabra—. ¡Eso es «exactamente» lo que me dijo mi padre cuando se despidió de mí, señorita Grayling!

—¿De veras? —murmuró la directora, mirando con expresión risueña a la vehemente chiquilla—. Bien, puesto que tienes la suerte de tener unos padres que piensan así, supongo que serás una de las afortunadas, para quienes resultará fácil aprender las cosas de que os he hablado. Tal vez algún día la escuela *Torres de Malory* se sentirá orgullosa de ti.

Tras añadir otras breves palabras, la señorita Grayling despidió a las muchachas. Éstas se retiraron muy impresionadas. Ni siquiera Gwendoline despegó los labios. Prescindiendo de lo que pudieran hacer en los años sucesivos, durante sus estudios en *Torres de Malory*, en aquel momento cada una de ellas estaba animada de las mejores intenciones. Que aquel deseo se mantuviera vivo o no, dependía de su voluntad.

Acto seguido, las seis muchachas se dirigieron a la sala de sesiones para rezar las oraciones de la mañana. Una vez allí se instalaron en sus respectivos sitios y aguardaron a que la señorita Grayling acudiese a la tarima.

Al poco rato, las palabras de un himno resonaron en la espaciosa sala. Había empezado el primer día de clase. Darrell cantó con toda su alma, feliz y excitada. ¡Cuánto tendría que contar a su madre cuando le escribiera!

Capítulo 4

LA CLASE DE LA SEÑORITA POTTS

Todas las mañanas el colegio en peso se reunía para rezar. Las muchachas formaban grupos según los cursos, y así las alumnas de primer grado de las *Torre Norte*, *Torre Sur*, *Torre Este* y *Torre Oeste* se ponían juntas, al igual que las de las demás.

Darrell lanzó una nerviosa mirada a sus compañeras de curso. ¡Qué clase más numerosa parecía! Sin duda constaba de unas veinticinco o treinta muchachas. La señorita Potts, encargada de su residencia, era también la profesora del primer curso. Se hallaba, asimismo, presente *Mademoiselle Dupont*, cantando animadamente. A buen seguro, la maestra que estaba a su lado era la otra profesora de francés. Sin embargo, ¡qué diferentes resultaban ambas! Ésta última era flaca, alta y huesuda. Llevaba también un pequeño moño, más no en la coronilla, sino en la nuca. Darrell llegó a la conclusión de que tenía cara de mal genio.

Alicia le dijo quiénes eran las otras profesoras.

—Aquella es la profesora de historia, la señorita Cartón. Me refiero a la que lleva un cuello alto y quevedos. Es inteligentísima, pero terriblemente sarcástica con las que no les gusta la historia. Y aquella es la profesora de dibujo, la señorita Linnie, muy simpática y condescendiente.

Darrell se dijo que, sin duda, se llevaría muy bien con la señorita Linnie, si de veras era tan condescendiente. Parecía amable. Era joven y llevaba su pelirroja cabellera peinada con pequeños bucles.

—Aquél es el profesor de música, el señor Young, ¿lo ves? Siempre está o de muy buen humor o de muy malo. Nosotras procuramos averiguar su estado de ánimo cuando nos da clase de música o de canto.

Las amas de llaves de las cuatro residencias estaban también presentes en la sala para los rezos. Darrell vio a la suya y observó que tenía un aire un poco severo, como siempre que se concentraba en algo. Alicia empezó a cuchichear otra vez:

—Y aquella es...

Los ojos de la señorita Potts se volvieron hacia ella, e inmediatamente Alicia interrumpió su cuchicheo y concentró su atención en su libro de rezos. La señorita Potts no veía con buenos ojos a la gente que cuchicheaba en las reuniones, y menos durante los rezos.

Una vez terminadas las oraciones, las muchachas desfilaron a sus respectivas clases, situadas a lo largo de la parte occidental de *Torres de Malory*, y, al poco rato, aquel edificio se llenó de rumores de pasos, risas y conversaciones. El reglamento no imponía silencio en los pasillos pertenecientes a la parte del edificio donde se hallaban todas las aulas.

Las alumnas de primer curso entraron en la suya, una habitación con hermosas vistas al mar. Era una clase espaciosa, con la mesa de la profesora en un extremo y unos armarios en el otro. Sillas y pupitres formaban ordenadas hileras.

—¡Yo me quedo con uno junto a la ventana! —exclamó una gruesa muchacha, acomodándose en uno de ellos.

—¡Y yo también! —saltó Gwendoline.

Pero la muchacha gorda la miró, sorprendida.

—¿Tú eres nueva, verdad? Pues en este caso, no puedes elegir asiento. Las nuevas tienen que conformarse con los pupitres que quedan cuando las antiguas han escogido los que les gustan.

Gwendoline se ruborizó, y sacudiendo su melena rubia, adoptó una expresión huraña.

Con todo, permaneció junto al pupitre elegido sin atreverse a ocuparlo, más, por otra parte, resistiéndose a dejarlo. Hasta que una niña bajita y delgada la empujó diciendo:

—¡Me quedo con éste! ¡Hola, Rit! ¿Cómo te han ido las vacaciones? ¿Qué horrible tener que volver con la vieja Potty, verdad?

Darrell aguardó a que todas las muchachas, excepto ella, Sally, Gwendoline y una o dos más, tuvieran pupitres. Luego, ocupó uno junto a Alicia, satisfecha de su buena suerte. Alicia cambiaba impresiones con una muchacha instalada a su otro lado. Al parecer, la unía a ella una buena amistad.

—Darrell —dijo Alicia, volviéndose hacia ella—. Te presento a mi amiga, Betty Hill. Siempre nos sentamos una al lado de otra. Lo malo es que Betty se aloja en la *Torre Oeste*.

Darrell sonrió a Betty, una muchacha vivaracha, de picarescos ojos castaños y cabello sobre la frente. Darrell simpatizó al punto con ella, pero sentía saber que Alicia tenía ya una amiga, porque se había hecho ilusiones de que quisiera serlo «*suya*». En cambio, Sally y Gwendoline no le atraían particularmente.

—¡Chiss! —exclamó la muchacha sentada junto a la puerta—. ¡Ahí viene Potty!

Al punto se hizo silencio. Las muchachas se levantaron con la mirada fija ante ellas, atentas a los rápidos y ágiles pasos de su profesora por el pasillo. Por último, la señorita Potts irrumpió en el aula y, dirigiendo una leve inclinación de cabeza a sus alumnas, ordenó:

—¡Podéis sentaros!

Las muchachas obedecieron y aguardaron en silencio. La señorita Potts sacó la lista de nombres y comprobó las asistencias, prestando particular atención a otras pocas nuevas alumnas alojadas en las otras residencias. Después, volviéndose a los expectantes rostros que la observaban, profirió:

—¡Bien! El trimestre de verano es siempre el mejor de todos, pues durante él podéis practicar la natación y el tenis, hacer excursiones y dar bellos paseos. Pero, por favor, no cometáis el error de creer que el trimestre estival «*se reduce*» a un mero pasatiempo, porque no es así. Además, requiere mucho estudio. Algunas de vosotras debéis examinaros el próximo trimestre. Si trabajáis durante éste, todo os resultará más fácil. Pero, si perdéis el tiempo, apuesto a que oiré muchas lamentaciones y quejas el «*próximo*» trimestre.

La profesora hizo una pausa. Luego, mirando fijamente a dos o tres muchachas, prosiguió:

—El pasado trimestre hubo una o dos alumnas que parecían complacerse en ser las últimas de clase cada semana. ¡A éstas les pido por favor que dejen esos puestos a las nuevas alumnas y procuren ascender unos pocos! Nunca espero gran cosa de las nuevas en su primer trimestre, pero

«sí» espero mucho de vosotras.

Varias muchachas se pusieron como la grana. La señorita Potts continuó diciendo:

—En realidad, no creo tener ninguna alumna torpe este trimestre, aunque, naturalmente, apenas conozco a las nuevas. Si sois torpes y vais a la cola, no os lo reprocharemos, claro está, pero si sois inteligentes, y aun así, ocupáis los últimos puestos, tendré mucho que decir. Y todas sabéis lo que «eso» significa, ¿no?

—Sí —respondieron la mayoría de las muchachas, con vehemencia.

La señorita Potts sonrió, y su sagaz semblante se iluminó unos instantes.

—Bien, ahora, después de todas estas amenazas, pasemos a otra cosa. Aquí hay una lista de lo que debe tener cada alumna. Si a alguna le falta algo, debe dirigirse a Katherine, la encargada de curso, y pedírselo al final de la lección. Os daré diez minutos para eso.

Al poco, la lección estaba en su apogeo. Era de matemáticas, y la señorita Potts sometió a una rápida prueba a sus nuevas alumnas con objeto de comprobar si estaban a la altura de las demás, y podían trabajar juntas o no. A Darrell el problema le pareció sencillo, pero Gwendoline no cesó de murmurar y gruñir en todo el tiempo, con su dorada cabellera esparcida sobre todo el pupitre.

—¿Qué ocurre, Gwendoline? —inquirió la señorita Potts, en tono poco benevolente.

—Que mi institutriz, la señorita Winter, nunca me enseñó a hacer sumas así —gimió Gwendoline—. Las ponía de otro modo muy distinto.

—Pues ahora tendrás que aprender a hacerlas a «mi» manera —repuso la señorita Potts—. A propósito, Gwendoline, ¿por qué no te has peinado esta mañana?

—«Sí» me he peinado —masculló Gwendoline, levantando sus grandes ojos azules—. Me lo cepillé a fondo. Le di cuarenta...

—Está bien, no necesito detalles —interrumpió la señorita Potts—. Pero el caso es que no puedes venir a clase así. Tréznatelo después del recreo.

—¿Qué me lo «trence»? —balbució la pobre Gwendoline, en tanto sus compañeras empezaban a cloquear—. Pero si nunca...

—Ya basta —atajó la señorita Potts—. Si no sabes trenzártelo y no puedes llevarlo como es debido, tal vez tu madre acceda a cortártelo las próximas vacaciones.

Gwendoline se quedó tan horrorizada que Darrell tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a reír a carcajadas.

—¡Ya te lo advertí! —cuchicheó Alicia, en cuanto la señorita Potts se volvió para escribir algo en la pizarra.

Gwendoline la miró con expresión incendiaria y le hizo una mueca. ¡Cómo «si» su madre abrigase la menor intención de cortarle su hermosa melena! ¡Pensar que ahora tendría que trenzárselo! ¡Lo malo era que ni siquiera sabía «cómo» hacerlo! Gwendoline estaba tan ensimismada en sus mohínos pensamientos que apenas contestó a ninguna de las preguntas de matemáticas.

Pasó parte de la mañana. A la hora del recreo las muchachas salieron a holgar a sus rincones favoritos. Unas fueron a jugar una rápida partida de tenis a una de las numerosas pistas de que disponía el colegio. Otras optaron por dar un paseo por el jardín. Otras permanecieron en el patio,

conversando. Darrell hubiera deseado ir con Alicia, pero ésta estaba con Betty, y Darrell tenía la certeza de que ambas amigas no deseaban la intromisión de una tercera persona. La muchacha observó a las otras alumnas nuevas. Dos de ellas, a quienes no conocía, se habían hecho amigas ya. Otra, que tenía una prima en el mismo curso, se fue con ella. Gwendoline había desaparecido. ¡A lo mejor, había ido a trenzarse el pelo!

Sally Hope estaba sola, sentada en el césped, con su grave semblante completamente exento de expresión. Darrell se le acercó y le preguntó:

—¿Qué te parece *Torres de Malory*? A mí me gusta mucho.

Sally levantó la vista con aire arrogante.

—No está mal —masculló.

—¿Sentiste dejar tu otra escuela? —preguntó Darrell—. Yo deseaba venir a Malory, desde luego, pero me molestó tener que dejar a todas mis amigas. ¿No te pasó a ti lo mismo?

—En realidad, creo que no tengo amigas —respondió Sally, reflexionando.

A Darrell se le antojó muy rara aquella falta de amistades. Resultaba difícil sonsacar a Sally. Ésta era cortés y contestaba a las preguntas que se le hacían, pero no formulaba ninguna a su vez.

«*En fin* —pensó Darrell—. ¡Supongo que no tendré que trabar amistad con ella! ¡Cielos! ¡Aquí está de nuevo Gwendoline! ¡Si a eso le llama trenzarse el pelo! ¡Ya se le ha deshecho todo!».

—¿Llevo bien el pelo? —preguntó Gwendoline con voz lastimera—. He intentado trenzármelo una y otra vez. Me parece muy mal que la señorita Potts no me lo deje llevar a mi modo. Es una antipática.

—Si quieres, te lo trenzaré «yo» —se ofreció Darrell, dispuesta a poner manos a la obra—. ¡Salta a la vista que tú «no sabes» hacer trenzas, Gwendoline!

Y trenzando hábil y rápidamente el dorado cabello de su compañera en dos largas trenzas, ató los extremos con sendas cintitas estrechas.

—¡Ya está! —exclamó, obligando a Gwendoline a dar una vuelta para ver su aspecto—. ¡Estás «mucho» más linda!

Gwendoline se enfurruñó y se olvidó de dar las gracias a Darrell por su ayuda. De hecho, estaba mucho más bonita ahora.

«¡Qué mimada está! —pensó Darrell—. *En fin, si poco me interesa tener a Sally por amiga, aún me interesa menos la amistad de Gwendoline. ¡De buena gana la abofetearía por todos los aires que se da y por todas sus estupideces!*».

Sonó la campana y, al punto, nutridos grupos de muchachas se precipitaron a sus respectivas aulas. Darrell las imitó. Sabía ya dónde estaba su clase y los nombres de muchas de sus compañeras. ¡Pronto se sentiría como en su propia casa en *Torres de Malory*!

Capítulo 5

TRANSCURRE LA PRIMERA SEMANA

Una Darrell no tardó en habituarse a su nuevo ambiente. No sólo aprendió los nombres de las muchachas de su curso alojadas en la *Torre Norte*, sino el de todas las demás que se hospedaban allí, desde la jefa, Pamela, hasta Mary-Lou, la más joven del grupo, a excepción de la propia Darrell, que era la menor. No obstante, esta última descubrió que, en muchos aspectos, Mary-Lou resultaba mucho más niña que ella.

En efecto, Mary-Lou parecía un ratoncito asustado. Le daban miedo los ratones, los escarabajos, las tormentas, los ruidos nocturnos, la oscuridad y otras mil naderías. No era, pues, de extrañar que la pobre Mary-Lou tuviera siempre la mirada desorbitada. Darrell, muy reacia a asustarse por nada, se reía con gusto al ver que la pobre Mary-Lou huía al otro extremo del dormitorio por la simple presencia de una tijereta en el suelo.

En el dormitorio del primer curso de la *Torre Norte* había diez muchachas. Katherine, la apacible encargada. Alicia, la charlatana y ocurrente picaruela. Las tres nuevas alumnas: Darrell, Gwendoline y Sally. Mary-Lou, con sus grandes ojos asustados, siempre a punto de dar un respingo como un caballo muy nervioso ante cualquier cosa inesperada.

Había además, la inteligente Irene, un portento en matemáticas y en música, generalmente la primera de clase, más ¡ay!, estúpida perdida en las cosas corrientes de la vida. Si alguien perdía un libro, era Irene. Si alguien se metía en otra aula a deshora, era Irene. Se decía incluso que una vez había ido al aula de dibujo, creyendo que iba a haber una clase de pintura, y permaneció media hora, en espera de que apareciese la señorita Linnie. Todas se maravillaban de que no se le hubiera ocurrido pensar a qué obedecía la ausencia de sus compañeras.

—Pero ¿cómo es posible que pudieras estar tanto rato allí sentada sin «*extrañarte*» de que no se presentara ninguna de nosotras? —preguntó Katherine, pasmada—. ¿En qué estabas pensando, Irene?

—Pensaba en un problema de matemáticas que nos había propuesto Potty —respondió Irene, con los ojos brillando a través de sus grandes gafas—. Era muy interesante, y había dos o tres formas de resolverlo. Atended...

—¡Por favor, no nos des la lata con tus matemáticas fuera de clase! —gimió Alicia—. ¡Irene, creo sinceramente que estás algo majareta!

Pero, en realidad, Irene estaba en su sano juicio. Lo único que le sucedía era que, debido a su extraordinaria inteligencia, su mente siempre trabajaba en algo y, por ende, pasaba por alto las pequeñeces de la vida cotidiana. Además, tenía sentido del humor, y a la menor provocación, soltaba un explosivo cloqueo que alarmaba a sus compañeras y sobresaltaba a la señorita Potts. A veces, Alicia se complacía en provocar aquella explosión y en trastornar toda la clase.

Las otras tres muchachas del curso eran Jean, una alegre y astuta escocesa, muy ducha en

manejar el dinero destinado a varias sociedades escolares y centros benéficos; Emily, una plácida y estudiosa muchacha, muy hábil en la costura y, debido a ello, una de las alumnas favoritas de *Mademoiselle*; y Violeta, una niña tímida y apagada, muy al margen de todo, debido a su falta de interés en nada. La mitad de la clase ni siquiera se daba cuenta de si Violeta estaba presente o no.

En total eran, pues, diez muchachas. Darrell tuvo la sensación de conocerlas de años, tras convivir con ellas unos pocos días. Sabía que a Irene siempre se le caían las medias, formando las consabidas arrugas. Sabía que Jean hablaba con su peculiar acento escocés, áspero y cortado. Sabía que *Mademoiselle* detestaba a Jean porque ésta desdeñaba su entusiasmo y su sensibilidad. Jean nunca se entusiasmaba por nada.

Darrell se había familiarizado con los constantes suspiros y lamentaciones de Gwendoline y con las medrosas exclamaciones de Mary-Lou, a la vista de algún insecto o reptil. Le gustaba la grave y firme voz de Katherine y su aire de ser capaz de hacer frente a todo. Sabía muchas cosas de Alicia, pero no por eso aventajaba a sus compañeras, pues Alicia lo contaba todo: hablaba de sus hermanos, de sus padres, de sus perros, de sus estudios, sus juegos, su labor de media, su opinión de todo y de todos, en una palabra, de cuanto calentaba bajo el sol.

Alicia no tenía tiempo para afectaciones de ninguna clase, ni para darse aires ni lanzar suspiros. En ocasiones, se complacía en mostrarse despectiva y mordaz, y, en consecuencia, las muchachas como Gwendoline la detestaban y las miedosas como Mary-Lou la temían. En cambio, Darrell simpatizaba profundamente con ella.

«*¡Es tan animada!*» —se decía ésta—. *¡Nadie se aburre a su lado! Me gustaría ser como ella. Todo el mundo la escucha, incluso cuando dice algo desagradable. En cambio, nadie presta atención cuando yo quiero decir algo. Me gusta mucho Alicia. Lo único que siento es que ya tenga una amiga. Es justamente la que yo hubiera elegido para intimar*».

Sin embargo, Darrell necesitó más tiempo para conocer a las alumnas de primer curso procedentes de las demás torres. Las veía en clase, más no en la sala común ni en los dormitorios, pues las alumnas de primer grado de las otras torres tenían habitaciones propias en sus respectivas residencias. Con todo, para empezar, ya era suficiente conocer a las muchachas de la *Torre Norte*.

Tampoco sabía gran cosa de las muchachas mayores que se hospedaban en su torre, pues no coincidía con ellas en clase. Las veía en las oraciones matutinas, en alguna lección de canto, cuando el señor Young daba una clase conjunta, y a veces en las pistas de tenis o en la piscina.

Como es de suponer se enteró de algunas cosas respecto a varias de ellas. Marilyn, alumna de sexto curso, era capitana de la sección de deportes, y la mayoría de las muchachas sentían gran simpatía por ella.

—Es muy amable y se toma muchas molestias en adiestrar a todo el mundo, incluso a las de primero —comentaba Alicia—. Sabe tanto como la vieja Remington, la profesora de deportes, con la diferencia de que «*ésta*» no tiene paciencia con las torpes, y ella «*sí*».

Asimismo, todas parecían apreciar mucho a Pamela, la jefa de la residencia. Además de inteligente, Pamela era muy aficionada a la literatura. Corría el rumor de que estaba escribiendo un libro. Esto impresionó mucho a las alumnas de primero. Si era ya tan difícil escribir una composición decente, ¿qué sería un libro?

Por el contrario, nadie simpatizaba con dos muchachas llamadas Doris y Fanny.

—Son unas hipócritas —decía Alicia, que, por supuesto, siempre estaba a punto de opinar sobre todo y sobre todos, desde Winston Churchill hasta el hijo de la cocinera de la *Torre Norte*—. Unas falsas.

—¿Qué quiere decir eso? —inquirió Gwendoline, intrigada.

—¡Cáscaras! —gruñó Alicia—. ¡Qué ignorante eres! Persona hipócrita es la que finge ser religiosa sin serlo. La que se tiene por mucho y a los otros por nada. La que se complace en ser una aguafiestas... Son una pareja repugnante. Siempre acechando y espiando. Una vez que atravesé el patio a altas horas de la noche para reunirme con Betty Hill en la *Torre Oeste* para asistir a una fiesta de medianoche, Doris me vio desde la ventana y aguardó a que regresara. Es una verdadera espía.

—¿Y te echó el guante? —preguntó Mary-Lou, con expresión alarmada.

—¡Quiá! ¿Crees que iba a dejarme cazar por las hermanas hipócritas? —repuso Alicia, despectivamente—. La sorprendí y la encerré en el armario de los zapatos.

Irene lanzó una de sus explosivas carcajadas, sobresaltándolas a todas.

—¡A mí nunca se me ocurrirían esas cosas tan graciosas, Alicia! —barbotó—. No me sorprende que las hermanas hipócritas te echen miradas furibundas cada mañana, durante las oraciones. Apuesto a que están esperando que hagas algo reprochable para delatarte.

—¡Y yo apuesto a que no se saldrán con la suya! —repuso Alicia, con expresión ceñuda—. ¡Si intentan jugarme alguna mala pasada, les pagaré con la misma moneda!

—¡Sí, hazlo, hazlo! —suplicó Darrell, que tenía debilidad por las bromas y las tretas.

No siempre se atrevía a ponerlas en práctica por sí misma, pero siempre estaba a punto de secundarlas.

Asimismo, Darrell no tardó en conocer todas las aulas del colegio. Sabía dónde estaba la sala de dibujo, con su clara luz del norte. Aún no había tenido ninguna clase en el laboratorio, que, a decir verdad le imponía cierto respeto. Le encantaba el gran gimnasio, con todo su aparato de columpios, cuerdas, potro y colchones. Ella destacaba mucho en gimnasia, al igual que Alicia, capaz de trepar como un mono y saltar como un caballo. En cambio Mary-Lou temía arriesgarse, y naturalmente no hacía nada si no la obligaban.

Resultaba divertido dormir en las torres y tener las clases en los otros recintos del gran edificio. Al presente, Darrell sabía dónde residían las maestras. Éstas se hospedaban en el edificio orientado al sur, excepto las que, como la señorita Potts y *Mademoiselle*, vivían con las muchachas para vigilarlas. Darrell no comprendía cómo podía haberse sentido tan sola y desorientada a su llegada al colegio, ya que actualmente se encontraba como pez en el agua en su nuevo ambiente.

Una de las cosas que más le gustaban era la gran piscina situada junto al mar, construida en un roquedal y dotada de un curioso fondo, rocoso y desigual. En las márgenes crecían abundantes algas y, a veces, el rocoso lecho de la piscina estaba un poco limoso y resbaladizo. Pero el mar invadía diariamente la gran piscina natural, realzándola con un bello oleaje. Era una delicia bañarse allí.

En cambio la costa resultaba muy peligrosa para bañarse. Las corrientes eran tan fuertes que las colegialas tenían prohibido nadar en el mar abierto. Por el contrario, la piscina era segura. Un extremo de ésta alcanzaba gran profundidad, lo cual permitía la existencia de un hermoso trampolín.

Mary-Lou y Gwendoline eran enemigas de la piscina, Mary-Lou porque le tenía miedo al agua y Gwendoline porque detestaba la primera impresión de la zambullida. Los ojos de Alicia centelleaban de satisfacción cuando veía a la trémula Gwendoline junto al agua. Fueron tantas las veces que la pobre muchacha recibió un inesperado empujón que la echó al agua, que no tardó en acostumbrarse a meterse precipitadamente en ella cuando advertía la proximidad de Alicia y Betty.

La primera semana transcurrió con mucha lentitud. Había mucho que aprender, dada la abundancia de cosas nuevas y excitantes. Darrell saboreaba cada minuto y pronto se habituó al ambiente. Era activa y sociable por naturaleza, y las muchachas en seguida le mostraron simpatía.

En cambio desecharon a la pobre Gwendoline. En cuanto a Sally Hope, tras intentar en vano sonsacarla y arrancarle algo de su familia y de su hogar, las muchachas la dejaron vivir tranquila en su concha, y ella no hizo ninguna tentativa para probar a emerger de su interior.

—¡Ya ha pasado una semana! —anunció Alicia, unos días más tarde—. La primera semana siempre se hace muy larga. Después, los días vuelan y nos encontramos a medio trimestre sin darnos cuenta, de cara a las vacaciones. Tú te has adaptado muy pronto, ¿verdad, Darrell?

—¡Desde luego! —asintió Darrell—. Me encanta este colegio. ¡Si cada trimestre es como éste, me daré por satisfecha!

—No cantes victoria todavía —advirtió Alicia—. Al principio, todo va bien, pero cuando hayas recibido un par de reprimendas de *Mademoiselle*, una dosis de medicina del ama, un castigo de Potty, un sermón de la señorita Remmington y un rapapolvo de una de las mayores...

—¡Por favor, basta ya! —instó Darrell—. No sucederá nada de eso, Alicia. ¡No trates de asustarme!

Pero, naturalmente, Alicia tenía razón. ¡No todo iba a ser coser y cantar como se imaginaba Darrell!

Capítulo 6

LA PEQUEÑA BROMA DE ALICIA

Darrell tenía talento y sabía utilizarlo. Gracias a ello no le resultó difícil ponerse al corriente de las lecciones y sobresalir en algunas disciplinas, como por ejemplo, en las redacciones. No es, pues, de extrañar que la muchacha se sintiera satisfecha.

«*Pensé que tendría que estudiar mucho más que en mi antiguo colegio —se decía—. ¡Pero no es así! Lo malo son las matemáticas. No las domino. ¡Quisiera parecerme a Irene en ese aspecto! Ella calcula de memoria lo que yo soy incapaz de calcular por escrito*».

Total que, tras las dos primeras semanas, Darrell aflojó un poco las riendas y no se preocupó tanto de sus estudios. Al igual que Alicia, empezó a tomarle gusto a divertir un poco a sus compañeras. Ni que decir tiene que Alicia estaba encantada de tener una colaboradora en sus travesuras.

Pero Betty Hill era mucho más atrevida que Alicia. En ocasiones, Darrell se maravillaba de su osadía.

Dos profesoras eran blanco de las bromas de Betty y Alicia: *Mademoiselle* Dupont y la apacible y bondadosa maestra que daba clases de costura y a veces ayudaba a las muchachas a preparar sus lecciones por la noche. La señorita Davies nunca parecía percatarse de que Alicia y Betty le gastaban bromas. *Mademoiselle* sí se daba cuenta, pero, invariablemente, caía en la trampa.

—¿Te ha contado alguien que una vez Betty metió un ratón blanco en el escritorio de *Mademoiselle*? —preguntó Alicia en cierta ocasión—. El pobrecito no podía salir y, desesperado, empujó el tintero y sacó el hocico por el agujero. *Mademoiselle* tuvo un susto morrocotudo.

—¿Qué hizo? —inquirió Darrell, con gran interés.

—¡Salir del aula como si la persiguieran cien perros! —contestó Alicia—. Cuando se marchó, sacamos rápidamente el ratón del pupitre y Betty se lo escondió en el cuello. De este modo, cuando *Mademoiselle* se decidió a volver y ordenó que una de nosotras abriera el pupitre y sacara el ratón, éste había desaparecido. ¡*Mademoiselle* creyó haber visto visiones!

—¡Cuánto me habría gustado presenciarlo! —suspiró Darrell—. Alicia, ¿por qué no «haces» algo gracioso de este estilo? Por ejemplo, en la clase de matemáticas, ¿no te parece? Me consta que la señorita Potts se propone meterse con mis deberes de matemáticas, y eso distraería su atención.

—¿Qué estás diciendo? —repuso Alicia, despectivamente—. ¿Cómo quieres que gaste una broma como ésa en la clase de Potty? No seas boba. Potty se da cuenta de todo. ¡Es imposible «engañarla»!

—Pues entonces... hazlo en la clase de *Mademoiselle* —suplicó Darrell—. Me gusta *Mademoiselle*, pero aún no la he visto enojada y me encantaría verla en ese estado. ¡«Por favor»,

gástale una broma!

Alicia comprendió que, si se le ocurría algo, tendría una admirativa espectadora en la persona de Darrell. Y arrugó la frente en un esfuerzo para pensar.

Betty la acució con estas palabras:

—¿No recuerdas alguna diablura de Sam, Roger o Dick, el último trimestre?

Luego, volviéndose a Darrell, explicó:

—Los tres hermanos de Alicia van todos al mismo colegio y allí hay un maestro llamado Toggles, tan bobalicón, que los chicos pueden gastarle toda clase de bromas sin que se dé por aludido.

Darrell pensó que era una suerte tener unos hermanos como Roger, Sam y Dick. A ella también le habría gustado tener un hermano. Pero sólo tenía una hermana menor.

—El pasado trimestre, Roger hizo una cosa muy graciosa —profirió Alicia, de pronto—. Creo que podríamos ponerla en práctica. Pero tú y Betty tendréis que colaborar, Darrell.

—¡Con «*muchísimo*» gusto! —convino Darrell—. ¿De qué se trata?

—Verás, Roger se hizo un poco el sordo —explicó—. Y fingía no entender lo que le decía el viejo Toggles. Por ejemplo, si Toggles le ordenaba: «¡*Johns, no te menees en la silla!*», Roger contestaba: «¿*Qué dice usted, señor? ¿Qué dónde está Sevilla? ¡En España, señor, en España!*».

Darrell se echó a reír.

—¡Oh, Alicia! ¡Qué divertido sería! Por favor, hazte la sorda. Nosotras te secundaremos, encantadas. Prueba a hacerlo en la clase de *Mademoiselle*.

Las alumnas de primer grado no tardaron en enterarse de que Alicia iba a tomar el pelo a *Mademoiselle* y acogieron la noticia alborozadas. La excitación producida por la vuelta al colegio, se había disipado ya y las muchachas se sentían inquietas y deseosas de nuevas emociones.

—De acuerdo —accedió Alicia—. Yo fingiré no entender lo que diga *Mademoiselle*. Entonces, tú, Darrell, lo repetirás en voz muy alta, y luego Betty y el resto de la clase harán lo propio. ¿Entendido? Nos divertiremos de lo lindo.

A la mañana siguiente *Mademoiselle*, absolutamente ajena a aquella premeditada maquinación, entró en la clase de primer grado con una radiante sonrisa. Era un hermoso día de verano. Había recibido dos cartas de su familia, con la noticia de que tenía otro sobrinito. Llevaba un broche nuevo y se había lavado el pelo la noche anterior. Estaba, pues, de excelente buen humor.

—¡Ah, mis queridas muchachas! —exclamó, sonriendo a sus alumnas—. Hoy vamos a aprovechar bien la lección, «¿*n'est-ce pas?*» ¡Vais a hacerlo mejor que las de segundo! ¡Hasta Gwendoline me recitará los versos sin una sola equivocación!

Gwendoline adoptó una expresión dubitativa. Desde su ingreso en *Torres de Malory* le había caído mucho de concepto su antigua institutriz. Al parecer la señorita Winter no le había enseñado la mitad de las cosas que debía saber una chica de su edad. Por otra parte, pensó Gwendoline, su ex-institutriz no había tenido inconveniente en admirar sus ojos azules y su rubia cabellera, ni en alabar la dulzura de su carácter y el donaire de todas sus acciones. Naturalmente, aquellas lisonjas halagaban la vanidad de Gwendoline. Sin embargo, un poco más de ilustración le habría resultado

muy útil en *Torres de Malory*.

Hubiera dado cualquier cosa por saber mucho más francés. *Mademoiselle* había protestado de lo poco que sabía, e incluso sugerido lecciones extra de francés, con objeto de ponerla al nivel de las demás. Pero, hasta entonces, Gwendoline se las había ingeniado para eludir aquellas lecciones adicionales, y estaba dispuesta a «seguir» eludiéndolas. Ya era bastante suplicio soportar cinco clases de francés a la semana para, encima, añadir más.

Algo perpleja, la muchacha correspondió a la sonrisa de *Mademoiselle*, con la esperanza de que Alicia empezase pronto su comedia y desviase con ella la atención de la profesora. Una vez más, *Mademoiselle* las miró, sonriente, diciéndoles que las muchachas parecían ansiosas de aprender aquella mañana. ¡Cuánto las quería! Les comunicaría la noticia del nacimiento de su nuevo sobrinito. ¡Sin duda, aquello las complacería!

Mademoiselle era incapaz de reprimir el deseo de hablar de su dilecta familia en Francia, cuando recibía noticias de ella. Por lo regular, las muchachas le incitaban a hacerlo, ya que, cuanto más oían hablar de «*la chère*» Josephine, y «*la mignonne*» Yvonne, y «*la méchant*» Louise, menos explicaciones tenían que aguantar sobre verbos y géneros. Así, pues, acogieron encantadas la noticia de su sobrinito.

—«*Il est appelé Jean*» («*Se llama Juan*»). «*¡Il est tout petit, oh, tout petit!*» —agregó *Mademoiselle*, separando levemente las manos para mostrar el tamaño de su nuevo sobrino Jean—. Veamos. ¿Qué significa eso? «*Il-est-tout-petit*». ¿Quién lo sabe?

Alicia permanecía sentada en actitud de tensa atención, inclinándose en lo posible sobre su pupitre, con una mano detrás de una oreja. *Mademoiselle* reparó en ella.

—¡Ah, Alicia! ¿No me has oído bien? Lo repetiré. «*Il-est-tout-petit*». Repítelo, por favor.

—¿Cómo dice? —interrogó Alicia, cortésmente, poniéndose las dos manos tras las orejas.

Darrell apenas podía reprimir la risa ya, pero se esforzó en mantener la cara seria.

—¡Alicia! —exclamó *Mademoiselle*—. ¿Qué te pasa? ¿Estás sorda?

—No, no estoy tonta —replicó Alicia, con expresión ligeramente sorprendida.

Alguien ahogó un cloqueo.

—*Mademoiselle* te ha preguntado si estás «sorda» —replicó Betty, en voz alta.

—¿Gorda? —farfulló Alicia, al parecer más estupefacta que nunca.

—¿«*Estás sorda*»? —vociferó Darrell, interviniendo en el juego.

Y la clase en peso intervino, a su vez. ¿«*Estás sorda*»?

—¡Muchachas! —profirió *Mademoiselle*, descargando el puño sobre la mesa—. ¡No os extralimitéis! ¿Quién os ha dado permiso para meter ese ruido en clase?

—*Mademoiselle* —alegó Darrell, hablando como si la profesora también estuviera sorda—. A lo mejor, Alicia está «sorda». Tal vez tiene dolor de oídos.

—«*¡Ah, la pauvre petite!*» —exclamó *Mademoiselle*, que, por padecer a veces del oído, sentía profunda compasión por cuantas personas se hallaban en su caso.

Y gritó a Alicia:

—¿Tienes dolor de oídos?

—¿Qué si quiero vino? —barbotó Alicia—. No, gracias, *Mademoiselle*. Hoy no me apetece el

vino.

Eso fue demasiado para Irene. La muchacha soltó una de sus explosivas carcajadas, produciendo un sobresalto a las compañeras sentadas delante.

—«¡*Tiens!*!» —exclamó *Mademoiselle*, dando un respingo a su vez—. ¿Qué ha sido eso? ¡Eh, Irene! ¿Por qué has hecho ese ruido tan raro? No me ha gustado nada.

—A veces, no puedo evitar los molestos estornudos, *Mademoiselle* —tartamudeó Irene, hundiendo la nariz en su pañuelo como si fuese a estornudar otra vez.

Al propio tiempo, emitió una nueva serie de ruidos raros, en su intento de ahogar sus cloqueos.

—Alicia —masculló *Mademoiselle*, volviéndose a la traviesa muchacha, que, al punto, se puso las manos tras las orejas y frunció el entrecejo como aquel que se esfuerza en oír mejor—. Alicia, no me hables de vino. Dime, ¿estás resfriada?

—No, no estoy mareada —replicó Alicia, con gran confusión de *Mademoiselle*—. Sólo un poco cansada.

—*Mademoiselle* ha dicho «resfriada», no «mareada» —explicó Darrell, a voz en grito.

—Sí, «resfriada», lo contrario de «acalorada» —intervino Betty, solícitamente—. ¿Estás resfriada?

—¿«Estás resfriada»? —rugieron todas a una.

—¡Ah, «resfriada»! —respondió Alicia—. ¿Por qué no habláis claro? ¡Cualquiera os entiende! Sí, desde luego, he tenido un resfriado.

—¡Ah! —exclamó *Mademoiselle*—. ¡Y ha afectado a tus pobres oídos! ¿Cuánto tiempo hace que tuviste ese resfriado, Alicia?

Darrell repitió la pregunta a grito pelado, y Betty imitó su ejemplo.

—¡Ah! —barbotó Alicia—. ¿Qué cuándo lo tuve? Hace unos dos años.

Irene volvió a sepultar la nariz en su blanco pañuelo.

Mademoiselle dijo, algo desconcertada:

—Es inútil pretender que la pobrecilla siga la clase de francés. Alicia, siéntate al sol, junto a la ventana, y lee la lección de tu libro de francés. No puedes entender ni una palabra de lo que decimos.

Alicia miró a Darrell con expresión interrogante, como si no hubiera entendido las palabras de la profesora. Darrell se las repitió cortésmente a grandes voces. Desgraciadamente, Betty no pudo repetirlas, a su vez, vencida por el deseo de reír. Pero el resto de las muchachas se complacieron en hacerlo, de común acuerdo.

—«¡No puedes oír ni una palabra de lo que decimos!» —bromearon a coro.

Súbitamente, se abrió la puerta y en su marco apareció la señorita Potts, visiblemente encolerizada. Estaba dando clase a las de segundo en el aula contigua y no se explicaba a qué obedecía el griterío ensordecedor de las alumnas de primero.

—Perdone que la interrumpa, *Mademoiselle*, pero ¿es necesario que las muchachas repitan la lección de francés en voz tan alta? —preguntó.

—Lo siento, señorita Potts, pero no lo hacen por mí, sino por la pobre Alicia, que se ha vuelto sorda —explicó *Mademoiselle*.

La señorita Potts se mostró sorprendida. Sus ojos se posaron en Alicia. Ésta se sintió molesta y adoptó el aire más inocente que pudo. Pero la señorita Potts desconfiaba por experiencia de los aires inocentes de Betty y Alicia.

—¿Qué insinúa usted *Mademoiselle*? —espetó—. ¿Qué Alicia se ha vuelto sorda de repente? Ésta mañana estaba perfectamente.

—Pues ahora está completamente sorda —le aseguró *Mademoiselle*.

La señorita Potts miró a Alicia con expresión severa.

—A la hora del recreo, ven a verme, Alicia —le ordenó—. Me gustaría charlar un rato contigo.

Nadie se atrevió a repetir esas palabras a Alicia, pero *Mademoiselle* se sintió obligada a hacerlo y vociferó a la muchacha:

—La señorita Potts dice que...

—No se moleste en repetir lo que he dicho, *Mademoiselle* —interrumpió la señorita Potts—. Alicia acudirá a la cita. Te espero a las once, Alicia. Y haz el favor de ponerte en pie cuando te hablo.

Alicia se levantó, con el rostro encendido. La señorita Potts salió del aula, dando un portazo.

—¡Ay, esa puerta! —gimió *Mademoiselle*, que detestaba a la gente que daba portazos—. ¡Me destroza los oídos! La señorita Potts es muy buena e inteligente, pero no tiene jaquecas como yo...

—Ni dolor de oído —intervino Darrell.

Pero nadie se rió. La aparición de la furiosa señorita Potts había mermado considerablemente la hilaridad de la clase.

Alicia no insistió sobre su dolor de oídos. Tomó un libro y se sentó al sol, junto a la ventana, segura de que la señorita Potts no volvería a aparecer. ¡Valía la pena sacar algún provecho de su comedia! *Mademoiselle* se desentendió por completo de ella, y se consagró a la infructuosa búsqueda de alguna alumna de primer curso capaz de conjugar perfectamente todo un verbo francés. Al percatarse de la inutilidad de sus esfuerzos, perdió el buen humor de que había hecho gala aquella mañana e hizo pasar un mal rato a la clase.

Por fin, cuando sonó la campana del recreo, salió del aula con paso majestuoso. Las muchachas se agolparon alrededor de Alicia.

—¡Oh, Alicia! ¡Por poco me muero de risa con lo de «gorda»...! ¡Qué lástima que se presentara Potty...! ¿Crees que va a darte un rapapolvo, Alicia?

—¡Darrell estuvo a punto de echar la casa abajo con sus voces! —comentó Irene—. ¡Por poco reviento de tanto contener la risa!

—Tengo que ir a ver qué quiere Potty —suspiró Alicia—. ¡Lástima no haber recordado que daba clase a las de segundo en el aula contigua! ¡Hasta luego, muchachas!

Capítulo 7

DARRELL PIERDE LOS ESTRIBOS

Alicia se llevó una buena reprimenda, juntamente con la obligación de hacer una serie de deberes extra. Al salir de la clase de la señorita Potts, tropezó de manos a boca con *Mademoiselle*.

—¿Ya has ido a ver a la señorita Potts, Alicia? —inquirió *Mademoiselle*, pensando que tal vez Alicia no había oído la orden de la señorita Potts.

—Sí, gracias, *Mademoiselle* —respondió Alicia, alejándose.

Mademoiselle la siguió con la mirada. ¡Qué raro! Alicia había oído perfectamente su pregunta. ¿Era posible que un dolor de oídos se curase tan pronto? *Mademoiselle* permaneció inmóvil, con el entrecejo fruncido. En aquel momento, la señorita Potts salió de su clase y le dijo muy fríamente:

—Si Alicia vuelve a mostrar síntomas de sordera, mándemela en seguida. Tengo un sistema infalible para curarla en el acto.

Y, dicho esto, se alejó. *Mademoiselle* notó que se le aceleraba el ritmo de la respiración.

—¡Ésa diabla de Alicia... me ha tomado el pelo! —coligió *Mademoiselle*—. ¡Qué modo de engañarme! ¡Nunca más le haré caso! ¿Habrás visto desvergüenza igual?

Darrell había gozado inmensamente de aquella absurda travesura. ¡Con qué gracia había actuado Alicia! ¡Darrell la miró con admiración y Alicia se sintió halagada! Aquéllas actitudes solían inducirle a maquinar nuevas diabluras. Mary-Lou también la miró como si fuese un genio. Todo ello impulsó a Alicia a tomar del brazo a Darrell y a cuchichearle:

—Pronto pensaremos otra cosa, tú, yo y Betty. ¡Seremos las tres audaces diablillas, o algo por el estilo!

—¡Oh, sí! —exclamó Darrell, emocionada ante la idea de formar una banda con Betty y Alicia—. ¡Hagámoslo! ¡A lo mejor a mí también se me ocurre algo!

No obstante, decidieron no llevar a cabo ninguna tentativa hasta transcurrido algún tiempo. Tal vez podrían intentar algo con la señorita Linnie la próxima vez.

Gwendoline estaba celosa de la amistad que Alicia y Betty, líderes reconocidas del primer curso, habían trabado con Darrell. Al fin y al cabo, Darrell era tan novata como ella, con la diferencia de que Gwendoline era mucho más linda y estaba segura de poseer modales más finos.

Todo ello la indujo a tomar a Sally Hope por confidente.

—No me gusta la presunción de Darrell Rivers, ¿y a ti? —dijo a Sally, en cierta ocasión—. ¡Está convencida de que es maravillosa! ¡Mira que intimar con Alicia y Betty! ¡Pensar que yo no lo haría aunque me lo pidieran!

Sally no mostró mucho interés en tales comentarios, pero Gwendoline, sin darse por aludida, siguió criticando a Darrell.

—Se tiene por inteligentísima, por una gran jugadora de tenis y por una excelente nadadora.

¡Me dan ganas de demostrarle que yo valgo «*el doble*» que ella!

—¿Pues por qué no lo haces? —murmuró Sally, aburrida de aquella conversación—. ¡Hasta ahora te has limitado a demostrar a todo el mundo que no vales ni la mitad!

Gwendoline se quedó de una pieza. ¿Cómo era posible que la pacífica Sally Hope le dijera semejante cosa?

—De acuerdo —profirió en tono grandilocuente, mirando a Sally como si quisiera fulminarla—. Te lo «*demostraré*» con mucho gusto, Sally. En realidad, nunca lo he intentado hasta ahora por considerar que no valía la pena. «*Yo*» no quería venir a *Torres de Malory*, ni mamá tampoco lo veía con buenos ojos. Pero papá se empeñó. Aprendía muchísimo con mi institutriz, la señorita Winter, y ahora haría otro tanto si quisiera.

En aquel momento, se presentó Alicia y oyó parte de aquel curioso discurso.

—No sabes jugar al tenis —comentó, riéndose sonoramente—. No sabes nadar. Chillas con sólo meter un pie en el agua fría, y ni siquiera sabes la tabla de multiplicar, chiquilla. ¡Y luego te atreves a decir que no vale la pena demostrar tus conocimientos! ¡No sabes nada, ni nunca lo sabrás, mientras estés tan pagada de ti misma!

Sally se echó a reír también, con gran enojo de Gwendoline. ¡Con qué gusto las habría abofeteado a las dos! Pero la señorita Winter le había dicho muchas veces que una señorita nunca debía hacer uso de las manos. En cualquier caso hubiera resultado decididamente peligroso abofetear a Alicia.

Gwendoline se alejó con la cabeza erguida.

—Querida Gwendoline Mary —gritó Alicia—. La mimada de mamá, la consentida de papá y la alumna predilecta de la señorita Winter. ¡Y aún no sabe sumar quebrados!

Aquella tarde las muchachas se bañaban en la piscina con verdadera fruición. Alicia nadó bajo el agua todo el ancho de la piscina y luego retrocedió. Todas la aplaudieron calurosamente.

—¿Cómo te las arreglas para contener la respiración tanto tiempo? —preguntó Darrell—. ¡Daría cualquier cosa por poder imitarte! Cuando recobres el aliento, vuelve a hacerlo, ¿quieres?

—Ésta vez se me ha metido agua en las orejas —dijo Alicia, sacudiendo la cabeza con fuerza—. ¡Las tengo completamente inundadas! Aguardaré a que se despejen. Entretanto, daré unas cuantas zambullidas.

Alicia sobresalía tanto en el arte de zambullirse como en el de nadar. Gwendoline, chapoteando en el extremo menos profundo del charco, sintió honda envidia de su compañera. Estaba segura de que «*ella*» lo hubiera hecho mejor de haber logrado superar los desagradables comienzos. Detestaba la primera impresión del agua fría. No podía soportar ir bajo el agua. Balbuceaba y boqueaba si le entraba agua por la nariz y en seguida tenía la sensación de ahogarse.

Sólo había una persona más torpe que ella en aquel aspecto. Y aquella persona era la pobre Mary-Lou. Nadie se metía mucho con ella. Hubiera sido como importunar a un indefenso gatito, azorado. Gwendoline la vio vacilar cerca y, sabedora de que Mary-Lou aún le temía más a la piscina que ella, experimentó una grata sensación de poder.

Aquél sentimiento la impulsó a bucear bajo el agua en dirección a Mary-Lou y a agarrarla por un pie. Mary-Lou ni siquiera tuvo tiempo de gritar. Abrió la boca y el agua se la inundó. La

chiquilla bregó desesperadamente por desasirse. Pero Gwendoline, pese a notar sus esfuerzos, la mantuvo sumergida más tiempo del que se proponía, dando rienda suelta a su despecho. Y ya no soltó su presa hasta sentir una fuerte manotada en su hombro desnudo.

Gwendoline volvió a mirar. Era Darrell, temblando de ira. Su indignación era tan grande que parecía a punto de estallar.

—¡Eh, desalmada! —vociferó Darrell—. ¡«*He visto*» cómo zambullías a la pobre Mary-Lou, a pesar de que te consta que le tiene un miedo cerval al agua! ¡Por poco la ahogas!

Al propio tiempo, tiró de Mary-Lou para sacarla a la superficie del agua y la sostuvo un rato, en tanto la pobre muchacha, con la cara amoratada, boqueaba medio asfixiada, presa de una sensación de náuseas debido a la cantidad de agua salada que había tragado.

Las demás nadaron hacia el lugar donde se desarrollaba aquella excitante escena. Darrell, con la voz trémula de ira, se dirigió de nuevo a Gwendoline con estas duras palabras:

—¡Aguarda un momento y verás! ¡Te meteré debajo del agua, Gwendoline, a ver si «*té*» gusta la experiencia!

Mary-Lou permanecía asida a Darrell con todas sus fuerzas. Gwendoline, asustada por la ira de Darrell decidió salir de la piscina antes de que su acusadora u otra cualquiera cumpliera la amenaza y, en consecuencia, se dirigió nadando en dirección a los peldaños de salida de la piscina.

Más en el momento en que los ascendía, fue alcanzada por Darrell, que la había seguido a través del agua, tras confiar a la tutela de Alicia a la llorosa Mary-Lou.

—¡No voy a zambullirte, so cobarde! —profirió—. ¡Pero «*voy*» a enseñarte lo que les sucede a las desalmadas como tú!

Casi sin transición se percibió el rumor de cuatro fuertes manotadas y el grito de dolor de Gwendoline. Darrell tenía la mano recia y dura y la había asestado con toda su alma sobre Gwendoline, mientras ésta se afanaba en salir del agua. Las manotadas resonaron como tiros.

—¡Eh, Darrell! —gritó Katherine, la encargada del dormitorio—. ¡Basta ya! ¿En qué estás pensando? ¡Deja en paz a Gwendoline!

Con mirada relampagueante, Darrell volviese a Katherine para espetarle estas palabras:

—Alguien tiene que dar una lección a esa cobarde de Gwendoline, ¿no?

—Sí, pero «*tú*» no —repuso Katherine, fríamente—. Has cometido un error dándole esas manotadas. ¡Estoy avergonzada de ti!

—¡Y «*yo*» de «*ti*»! —estalló Darrell, ante el asombro general—. Si «*yo*» fuera encargada del primer curso, procuraría que las chicas como Gwendoline aprendieran a nadar y a zambullirse, y dejaran en paz a las personas como Mary-Lou. ¿Comprendes?

Ninguna había visto nunca a Darrell de aquel talante. Todas la miraban, sorprendidas.

—Sal de la piscina —ordenó Katherine—. Vamos, date prisa. Afortunadamente, no te ha visto ninguna profesora.

Darrell obedeció, aún temblando y, dirigiéndose al lugar donde había dejado su albornoz, se lo echó por los hombros. Luego ascendió lentamente por el acantilado, con el corazón palpitante.

¡Detestable Gwendoline! ¡Antipática Katherine! ¡Odioso *Torres de Malory*!

Pero antes de alcanzar la cumbre del acantilado y llegar al pequeño portillo de acceso a los

jardines de *Torres de Malory*, la cólera de Darrell se había disipado ya, dando paso a una profunda consternación. ¿Cómo era «*posible*» que se hubiera conducido de aquel modo? ¡Pensar que se había hecho el «*firme*» propósito de reprimirse y no permitir que saltase aquella chispa de cólera que solía dominarla en su infancia!

Mucho más apaciguada, Darrell volvió al colegio, se secó con una toalla y se vistió. Había sido públicamente reprendida por Katherine. Nadie la había apoyado, ni siquiera Alicia. Para colmo, había levantado la voz a la encargada de su curso. Había obrado tan mal con Gwendoline como ésta con Mary-Lou, con la diferencia de que el móvil que había impulsado a Gwendoline a casi ahogar a Mary-Lou había sido la crueldad, y en cambio el que la había inducido a ella a golpear a Gwendoline no era crueldad, sino cólera. Sin embargo, la cólera constituía, en el fondo, una crueldad, de lo que se deducía que acaso ella «*era*» tan mala como Gwendoline.

Al presente, sentía haber golpeado a Gwendoline. Eso era lo malo de tener el genio vivo. Que se obra con precipitación, sin reflexionar, y luego, una vez pasado el arrebato, se sentía una terrible vergüenza, y el ánimo no se sosegaba hasta obtener el perdón de la persona ofendida, aun cuando subsistiera la antipatía hacia ella.

Darrell percibió unos sollozos en el vestuario. La muchacha se asomó y vio a Gwendoline, examinándose sobriamente unas brillantes marcas rojas en los muslos, o sea en el lugar donde Darrell la había golpeado. Al tiempo que sollozaba, Gwendoline se decía: «*Escribiré a mamá contándole lo ocurrido. ¡Si viera estas marcas! ¡En ésta se ven todos los dedos de Darrell!*».

Darrell se acercó a ella, a sus espaldas, haciéndola sobresaltar.

—Gwendoline, siento lo sucedido. Te lo digo sinceramente. Estaba tan enojada que no pude contenerme.

Pero Gwendoline no era lo suficientemente generosa ni benevolente para aceptar aquella sencilla disculpa. En lugar de ello se irguió con arrogancia y, mirando a Darrell como si estuviera apestada, masculló desdeñosamente:

—¡Lo menos que puedes hacer es «*sentirlo*»! Escribiré a mi madre y se lo contaré todo. Probablemente, si ella hubiera sabido que las chicas de *Torres de Malory* se portaban como tú, ¡jamás me habría mandado aquí!

Capítulo 8

DARRELL Y... GWENDOLINE

Las muchachas que permanecieron en la piscina comentaron lo sucedido con interés y sorpresa.

—¿Quién iba a «*decir*» que la apacible Darrell iba a saltar así!

—No tiene derecho a contradecir a Katherine. Eso fue una grosería por su parte.

—Katherine, ¿piensas dar parte de lo sucedido?

A la sazón, Katherine se hallaba fuera de la piscina, con su sereno rostro encendido y alterado. ¿Pensar que había simpatizado tanto con Darrell y ahora, en un instante, había cambiado tanto su opinión respecto a ella! Alicia estaba también desconcertada. Al tiempo que meneaba la cabeza a lado y lado para expulsar el agua de las orejas, preguntándose, asombrada:

—¿Quién iba a suponer que Darrell tenía ese genio?

Por fin, Katherine dijo con su habitual serenidad:

—En cuanto os vistáis, id todas a la sala común.

Las muchachas se miraron, sorprendidas. ¡Una reunión del primer curso! Sin duda, debido al incidente entre Darrell y Gwendoline. Tras ascender presurosamente la cuesta del acantilado, interrumpieron en el vestuario, charlando con animación. Ni Gwendoline, ni Darrell estaban presentes allí.

Gwendoline había subido a su dormitorio en busca de un poco de pomada para sus lastimadas piernas. La cosa no era para tanto, desde luego, pero la muchacha abrigaba el propósito de exagerar la nota en lo posible. Siempre había sentido celos de Darrell, y se alegraba inmensamente de tener algo contra ella. ¡Estaba segura de que, a pesar de sus disculpas, Darrell no sentía el menor arrepentimiento por lo que había hecho!

El resto de las alumnas de primer grado, alojadas en la *Torre Norte*, se reunieron en la sala común, en número de ocho. Katherine se sentó sobre un pupitre y, dando una ojeada a sus compañeras, declaró:

—Estoy segura de que todas convendréis conmigo que, pese a nuestra simpatía por Darrell, no podemos pasar por alto su conducta de hoy.

—¿Por favor, Katherine, no le riñas! —suplicó Mary-Lou, con su tenue vocecilla—. Me salvó de morir ahogada, ¿te das cuenta?

—Eso no es cierto —replicó Katherine—. Gwendoline no es tan necia como para ahogar a nadie. Me figuro que simplemente estaba resentida, porque le echamos en cara que no se esforzaba en nadar como es debido.

Mary-Lou tenía el firme convencimiento de que Darrell era una heroína. Había pasado tan mal rato bajo el agua y pensado tan en serio que iba a ahogarse, que la intervención de la fuerte y airada Darrell le había parecido un milagro. ¿Cómo era posible que Katherine la juzgase tan severamente? Mary-Lou no se atrevió a decir nada más, pero permaneció sentada con expresión

ansiosa y preocupada, intentando hacer acopio de valor para defender a Darrell con valentía y sin temor. Más, a pesar de sus esfuerzos, no logró su propósito.

—Opino —intervino Irene—, que Darrell debiera presentar excusas a Katherine por haberse insolentado con ella. Y si se niega, le haremos el vacío. No le dirigiremos la palabra en una semana. Confieso que me ha sorprendido su proceder.

—Y yo opino que, además, debe pedir disculpas a Gwendoline —murmuró Katherine—. ¡Oí sus bofetadas desde el otro extremo de la piscina! Eso es mucho más importante que sus posibles disculpas a mí.

—¡Pero «mucho» más desagradable! —comentó Alicia—. ¡Qué mal rato pasaría yo, si tuviera que pedir perdón por algo a nuestra querida Gwendoline Mary!

—¿Y no piensas reprender también a Gwendoline? —inquirió Jean.

—Sí —asintió Katherine—. Naturalmente. Vamos a ver. ¿Dónde está Darrell? ¡Oh, Dios! Supongo que no armará una pataleta cuando le diga que debe disculparse con Gwendoline. Si todavía está encolerizada, será difícil hacerla entrar en razón. No «quiero» dar parte, ni hacerle el vacío. Pero nunca imaginé que fuera tan irascible.

En el momento en que Katherine pronunciaba estas últimas palabras, se abrió la puerta y entró Darrell. La recién llegada pareció sorprenderse al ver a sus compañeras sentadas en la sala, graves y silenciosas. Katherine abrió la boca para hablarle, asombrada de su aire sosegado. Pero antes de que pudiera articular una palabra, fue atajada por la propia Darrell, que, dirigiéndose a ella, farfulló:

—Katherine, siento muchísimo haberte hablado en aquel tono. No comprendo cómo pude hacer semejante cosa. Sin duda fue debido a mi arranque de genio.

Katherine se quedó completamente desarmada. En vez de mostrarse ofendida, esbozó una sonrisa y dijo torpemente:

—Ya advertí que estabas airada; pero, Darrell...

—Tengo ese horrible defecto —prosiguió Darrell, frotándose la nariz como siempre que se sentía avergonzada de sí misma—. El genio. Siempre lo tuve. Lo he heredado de papá, con la diferencia de que él se lo reprime cuando es necesario... Quiero decir que sólo se deja llevar por él cuando hay un motivo realmente importante para ello. En cambio, yo no sé contenérmelo. Pierdo los estribos por cualquier tontería. ¡Soy una calamidad, Katherine! Pero puedes creer que, cuando vine a *Torres de Malory*, me hice el firme propósito de dominarme.

Las muchachas, que al principio de su entrada en la sala la habían acogido fríamente, la miraron con afectuosa simpatía. He ahí a una persona que tenía un defecto y sabía reconocerlo y deplorarlo, sin intentar disculparse. ¿Cómo no sentir afecto por alguien capaz de aquello?

—Bien —suspiró Katherine—, el caso es que esta tarde perdiste los estribos. Opino que Gwendoline lo tuvo todo bien merecido, Darrell, pero tú no debieras haberte tomado la justicia por tu mano. Yo soy la que debo reprenderla, o Pamela, o incluso la señorita. Potts. Tú, no. ¡Imagínate qué pasaría en el colegio si todas perdiésemos los estribos y empezásemos a repartir tortas cuando nos viniera en gana!

—Me hago cargo —convino Darrell—. Yo también me he hecho esta reflexión. Estoy mucho

más avergonzada de mí misma, Katherine, que lo que tú puedas estarlo de mí. Daría cualquier cosa para que lo creyeses.

—Lo creo —asintió Katherine—. Pero temo, Darrell, que tendrás que hacer algo muy desagradable, algo que va a costarte mucho, antes de dar por terminado este asunto.

—¿De qué se trata? —inquirió Darrell, con expresión realmente alarmada.

—Tendrás que pedir disculpas a Gwendoline —balbuceó Katherine, temiendo una reacción violenta por parte de su interlocutora.

—¿Pedir disculpas a Gwendoline? ¡Pero si «ya» lo he hecho! —exclamó Darrell, aliviada—. Pensé que ibas a pedirme algo inusitado. Ya te he dicho antes que en seguida me arrepiento cuando pierdo los estribos. Y entonces comprendo que debo ir a «pedir» perdón.

Todas la miraron, maravilladas. Darrell echó hacia atrás sus negros bucles y posó en Katherine su límpida mirada. ¡Aquella reunión no había tenido razón de ser! No era necesario juzgar a Darrell ni obligarla a rectificar. Ella misma se había juzgado y obligado a rectificar. Las muchachas la miraron con admiración y Mary-Lou tuvo que hacer un esfuerzo para permanecer callada. ¡Qué persona más maravillosa era su salvadora Darrell!

—Naturalmente —prosiguió Darrell—, sigo opinando que Gwendoline obró muy mal con Mary-Lou, y también creo que es una lástima que Mary-Lou no se sobreponga para evitar que la moleste la gente rencorosa como Gwendoline.

Mary-Lou se quedó compungida. ¡Qué vergüenza! Darrell la consideraba débil y pusilánime. Y tenía razón. La propia Mary-Lou se daba cuenta de ello. Sabía que una persona enérgica como Darrell nunca simpatizaría con una estúpida como ella. ¡Pensar que hubiera dado cualquier cosa para captarse su simpatía!

En aquel momento Gwendoline abrió la puerta y entró en la estancia, con aire de mártir. Se había soltado el cabello que, una vez más, cubría sus hombros como un manto dorado. Se figuraba ser un ángel maltratado, o algo así.

Al entrar, oyó las últimas palabras de Darrell, y su rostro se sonrojó. La frase que llegó a sus oídos fue la siguiente: «*Para evitar que la moleste la gente rencorosa como Gwendoline*».

—Oye, Gwendoline —profirió Katherine con voz dura—. La próxima vez que quieras dar un susto a alguien, elige a una que pueda defenderse. Ahora, haz el favor de decir a Mary-Lou que sientes haberte portado tan mal con ella. Le diste un susto de muerte. Darrell te ha pedido excusas y ahora es muy lógico que tú también pongas algo de «tu» parte.

—Conque Darrell me ha pedido excusas, ¿eh? —ironizó Gwendoline—. ¡La primera noticia!

—¡Embustera! —soltó Darrell, estupefacta.

Y volviéndose a sus compañeras, aseguró:

—¡Conste que «se las pedí»! Podéis creer a quien os parezca, a ella o a mí. Pero os prometo que «me» disculpé casi inmediatamente después de lo sucedido.

Katherine miró sucesivamente el acalorado semblante de Darrell y la burlona expresión de Gwendoline.

—Te creo a ti, Darrell —declaró quedamente.

Y confiriendo de nuevo un tono severo a su voz, agregó:

—Y ahora, Gwendoline, delante de todas nosotras, para que podamos oírlo, ten la bondad de decir a Mary-Lou lo que tengas que decirle.

Total, que Gwendoline se vio obligada a pedir perdón. Lo hizo balbuceando y tartamudeando, pero como todas las miradas estaban fijas en ella, no tuvo más remedio que hincar el pico. Era la primera vez en la vida que pedía perdón a alguien, y no le gustó la experiencia. En aquel momento, odiaba a Darrell y a aquella mema de Mary-Lou.

Al rato, salió de la habitación casi con lágrimas en los ojos. Las demás lanzaron un suspiro de alivio.

—¡Gracias a Dios que la cosa ha terminado! —exclamó Irene, que detestaba las escenas—. Me voy a uno de los estudios. Creo que un poco de música me sentará bien después de este mal rato.

Y se dirigió a tocar el piano a una de las numerosas salas de estudio. Pronto se olvidaría de todo, concentrada en la melodía de la música. Pero las otras no olvidaron lo sucedido tan fácilmente. No había sido agradable ver a Darrell perder el control de sí misma, aunque todas convinieron en que Gwendoline tenía bien merecida la azotaina.

Las muchachas compararon la manera natural y generosa en que Darrell se había disculpado con las forzadas e indecisas palabras de Gwendoline a la turbada Mary-Lou. A decir verdad, Gwendoline no había salido muy airosa del asunto. Y ella lo sabía y se sentía humillada por ello. ¡La que se había armado por una simple broma! Al fin y al cabo, las muchachas solían hundirse unas a otras. En fin, de todos modos, «*escribiría*» a su madre contando lo que le había hecho aquella bruta de Darrell. Así las demás se pondrían en guardia.

Volvió, pues, a la sala común y abrió el cajón donde guardaba el papel de cartas. Tras tomar un pliego, se sentó a escribir. Por lo regular, no le gustaba escribir a su madre. ¡Era muy aburrido! A la señorita Winter tampoco le había escrito ni una sola vez desde su llegada a *Torres de Malory*, pese a que la institutriz le había escrito a ella tres veces por semana. De hecho, Gwendoline despreciaba a las personas que la querían y tenía ojeriza a las que la detestaban.

—Voy a escribir a mi madre —dijo a las muchachas.

Unas cosían, otras leían, aprovechando la hora libre de que disponían antes de cenar. Nadie prestó atención a las palabras de Gwendoline, excepto Jean.

—Hoy no es día de escribir a casa, ¿verdad? —comentó esta última—. ¿A qué se debe, Gwendoline, que escribas a casa a mediados de semana, siendo así que cuando redactas la carta del domingo, tenemos que taparnos los oídos para no oír tus suspiros y lamentos?

—Escribo a mi madre para decirle que Darrell me ha golpeado —declaró Gwendoline, en voz alta, para que todas pudieran oírla—. No pienso tolerar ese atropello. Y mamá tampoco lo verá con buenos ojos.

Katherine se puso en pie.

—Me alegra de que nos hayas informado de tus planes —masculló—. Yo también voy a sacar «*mi*» papel de escribir. Estoy segura de que no contarás a tu madre lo que motivó la agresión. Por consiguiente, voy a hacerlo «*yo*».

Gwendoline arrojó la pluma sobre el pupitre y, dominada por la ira, arrancó del cuadernillo la hoja que había empezado y la arrugó entre las manos.

—De acuerdo —gruñó—. No escribiré. No consentiré que vayas contando cuentos míos a mi familia. ¡Qué asco de colegio! Ahora comprendo por qué mamá no quería mandarme fuera de casa.

—¡Pobre Gwendoline! —exclamó Alicia, al tiempo que la encolerizada muchacha salía precipitadamente de la habitación—. ¡No puede hacer «*nada*» de lo que se propone! ¡A buen seguro *Torres de Malory* va a sentarle de maravilla!

Y sacudió de nuevo la cabeza violentamente, con gran sorpresa de Darrell.

—¿Por qué haces eso a cada instante? —preguntó esta última.

—Ya te lo dije antes —respondió Alicia—. No consigo expulsar el agua de mis orejas. Las tengo obstruidas. ¡Cielos! Supongo que mañana estaré sorda. Una vez me quedé completamente sorda después de nadar mucho rato debajo del agua.

—¡Oh, Alicia! ¡Qué divertido sería que mañana estuvieras sorda de verdad en clase de *Mademoiselle*! —exclamó Darrell, despiadadamente—. ¡Dios mío! ¡No tengo idea de lo que sucedería!

—¡Pues yo sí! —profirió Alicia—. ¡Y pido al Cielo que se me destapen los oídos antes del amanecer!

Capítulo 9

ALICIA EN APUROS

El incidente de la piscina tuvo muchas consecuencias. En primer lugar, motivó que Mary-Lou siguiese a Darrell como un perrito que ha encontrado un amo y no piensa soltarlo. Estaba siempre disponible para hacer recados a Darrell. Le ordenaba el pupitre. E incluso le limpiaba los cajones de su tocador y se ofrecía a hacerle la cama todos los días.

Pero a Darrell no le gustaba aquella actitud.

—No te molestes —dijo un día a Mary-Lou—. Puedo hacerme las cosas sola. ¿A santo de qué tienes que hacerme la cama? Ya sabes que todas estamos obligadas a hacernos la nuestra, Mary-Lou. No seas boba.

—No lo soy —replicó Mary-Lou, mirándola con sus grandes ojos, llenos de admiración—. Sólo intento corresponder un... un poco a tu acción de salvarme la vida.

—No seas tontina —sonrió Darrell—. En realidad, no te habrías ahogado. Eso me consta. Y a decir verdad, lo único que hice fue dar unas fuertes bofetadas a Gwendoline. Total, nada.

Pero pese a los esfuerzos de Darrell por quitar importancia al asunto, Mary-Lou siguió adorándola y siempre a punto de prestarle algún servicio. Darrell encontraba bombones en su pupitre. En su tocador nunca faltaba un jarroncito de flores. Pero esto le irritaba y enojaba. No se daba cuenta de que lo que buscaba Mary-Lou, con su timidez habitual, era apoyarse en una amistad. ¡Era un ser tan débil! Necesitaba alguien fuerte y, a sus ojos, Darrell era la muchacha más excelente que había conocido.

Las otras importunaban a Darrell a costa de las atenciones de Mary-Lou.

—¿Te ha meneado la cola el perrito hoy? —preguntaba Alicia.

—«Me» encantaría que alguien me pusiera hermosas flores en mi tocador —bromeaba Irene.

—Es muy propio de Darrell dar pie a esas tonterías —gruñía Gwendoline, celosa de las pequeñas y cordiales atenciones de Mary-Lou a Darrell.

—Sabes perfectamente que ella no las alienta —replicaba Katherine.

Otra consecuencia del incidente de la piscina fue que Gwendoline concibió auténtico resentimiento contra Darrell. Jamás había sido golpeada por nadie y no podía olvidarlo. ¡Ni siquiera su madre le había pegado nunca! No obstante, hubiera sido un gran bien para ella, tan mimada y egoísta, haber recibido unos buenos cachetes en su infancia. Más no fue así y, al presente, las cuatro o cinco bofetadas de Darrell se le antojaban, no un súbito arrebató de ira de las que se olvidan en seguida, sino un gran insulto que clamaba venganza.

«Un día u otro le daré su merecido —se decía Gwendoline—. No me importa aguardar el tiempo que sea».

La tercera consecuencia del incidente de la piscina fue que Alicia se quedó sorda de verdad por permanecer tanto rato debajo del agua. Sin embargo, la muchacha sabía que aquella sordera no

duraría mucho. En el momento más inesperado, sus oídos se «destaparían» y podría oír normalmente. Pero entretanto era, de verdad, muy desagradable pensar que justamente después de haber «fingido» estar sorda, se había quedado sorda de verdad. ¿Qué diría esta vez *Mademoiselle*?

Para colmo, Alicia tenía su pupitre al fondo del aula, en la penúltima fila. Desde allí, cualquier muchacha con el pido normal podía oír perfectamente, incluso en la última fila, pero Alicia comprobó que debido a la «obstrucción» de sus oídos, como ella lo llamaba, le resultaba extremadamente difícil poder entender lo que se decía en clase.

Por si fuera poco, aquel día no fue *Mademoiselle* Dupont la que dio la clase de francés, sino la flaca, alta y huesuda *Mademoiselle* Rougier, que, como indicaba el gesto de sus labios, siempre firmemente apretados, rara vez estaba de buen humor.

Mademoiselle Rougier tenía la voz suave, pero cuando se enfadaba, se ponía ronca como una corneja, lo cual molestaba en grado sumo a las muchachas.

Aquél día les habló de una comedia francesa que debían aprender. Cada trimestre solían preparar una, previa distribución de los papeles. En ocasiones, la representaban delante de todo el colegio, pero a menudo se limitaban a recitarla en clase.

—Hoy discutiremos la obra y tal vez repartiremos los papeles —dijo *Mademoiselle* Rougier—. Acaso una o dos de las alumnas nuevas estén fuertes en francés y puedan asumir los primeros papeles. ¡Eso sería estupendo! ¡No creo que a ninguna de las alumnas antiguas le importase gran cosa!

¡Quiá! ¡En absoluto! ¡Cuánto menos tuvieran que aprender, mejor! Las nuevas alumnas esbozaron una forzada sonrisa, diciéndose que las pequeñas bromas de *Mademoiselle* Rougier no tenían nada de graciosas.

—Ahora, ante todo, veremos quiénes interpretaron los principales papeles en la obra del último trimestre —prosiguió *Mademoiselle*—. Tú, Alicia, ¿qué papel hiciste?

Alicia no la oyó y, en consecuencia, no contestó.

—¿Qué papel hiciste en la obra del último trimestre? —repitió Betty, tocándola con el codo.

—¡Oh, lo siento, *Mademoiselle*! —se disculpó Alicia—. No había oído su pregunta. Interpreté el papel de pastor.

—Creí que eso había sido el trimestre anterior —murmuró *Mademoiselle*.

Una vez más, Alicia no oyó lo que decía. Betty repitió en voz alta:

—*Mademoiselle* dice que creía que eso había sido el trimestre anterior.

Mademoiselle se mostró muy sorprendida. ¿Por qué repetía Betty todo cuanto ella decía? Luego, de pronto, recordó algo que *Mademoiselle* Dupont le había contado sobre Alicia... ¡Ah, sí, la muy traviesa! Había fingido estar sorda y, por lo visto, volvía a las andadas.

—¡Ah, «non, non»! —le dijo *Mademoiselle*, coléricamente—. ¡Eso es demasiado! ¡Y no puedo consentirlo!

Luego, palpándose el pequeño moño que llevaba en la nuca, declaró:

—Alicia, tú eres una muchacha muy aficionada a hacer cosas raras, «¿*n'est-ce pas?*». Pero te advierto que yo también lo soy. Así, pues, quisiera que me escribieras cincuenta veces en francés, con tu mejor caligrafía. «*No debo estar sorda en la clase de Mademoiselle Rougier*».

—¿Qué ha dicho usted, *Mademoiselle*? —preguntó Alicia, que sólo había oído su propio nombre al principio y muy poca cosa más—. No la he oído bien.

—¡Ah, «*cette mechante filie!*» —exclamó *Mademoiselle*, perdiendo los estribos con su rapidez habitual—. Alicia, «*¡hechotes bien!*» ¡Escucha bien! ¡Me escribirás: «*No debo estar sorda en la clase de Mademoiselle Rougier*», un centenar de veces!

—¡Pero si ha dicho usted cincuenta hace un momento! —terció Betty, indignada.

—¡Y tú también escribirás: «*No debo interrumpir*», un centenar de veces! —estalló *Mademoiselle*, todavía más furiosa

Todas guardaron silencio. Conocían a *Mademoiselle* cuando se ponía de aquel modo. Si la cosa continuaba, era capaz de endosar mil líneas a alguien con toda naturalidad.

Era la profesora más irascible del colegio.

Betty cuchicheó algunas palabras a Alicia en cuanto *Mademoiselle* se volvió de espaldas para escribir en la pizarra, pero, al percatarse de que la pobre Alicia no entendía su cuchicheo, escribió un mensaje en un pedazo de papel.

«*Tienes que escribir cien líneas para Mademoiselle*». ¡Por amor de Dios, no vuelvas a decir que no has oído o tendrás que escribir mil! ¡Está hecha un basilisco!».

Alicia asintió en silencio. Y cada vez que *Mademoiselle*, le preguntaba si había oído lo que decía, ella contestaba cortésmente: «*Sí, gracias, Mademoiselle*», con la esperanza de que Dios le perdonaría la mentira.

Más tarde, se presentó la señorita Potts para darles la próxima lección. *Mademoiselle* se detuvo a hablarle, con mirada centelleante.

—¿Sabe, señorita Potts? Alicia, una de sus alumnas, se ha vuelto a quedar sorda. Qué pena, ¿verdad? ¡Pensar que es una muchacha tan joven y saludable!

Y, tras esta indirecta *Mademoiselle* Rougier desapareció. La señorita Potts miró a Alicia fríamente.

—Nunca pensé que fueras tan estúpida como para intentar dos veces el mismo truco, Alicia —masculló.

¡Pobre Alicia! Ajena a lo que la señorita Potts le decía, la miró con expresión inquisitiva.

—Deja tu pupitre y ven a uno de los delanteros —ordenó la señorita Potts—. Jean, por favor, cámbiate de sitio con Alicia. Después, ya haréis el traslado de vuestras cosas.

Jean se levantó, satisfecha de poder dejar la primera fila, siempre bajo la mirada vigilante de la señorita Potts, y trasladarse a una de las suspiradas filas traseras. En éstas era más fácil cuchichear, gastar bromas y pasar notas. Alicia no se movió porque, en realidad, no había oído. Inesperadamente, notaba un extraño zumbido en los oídos.

—¡Tienes que moverte, tontaina! —advirtió Betty con un fuerte cuchicheo—. ¡Venga, ve al pupitre de Jean!

Alicia comprendió lo que estaba sucediendo. ¡Qué consternación la suya! ¿Conque tenía que abandonar aquel pupitre trasero que tanto le gustaba y su sitio junto a Betty, para ir a la primera fila, siempre vigilada por la mirada de lince de las profesoras? ¡Todo el mundo sabía que la primera fila era aburridísima!

—¡Por favor, señorita Potts! —farfulló, consternada—. ¡En serio! ¡Puede usted creer que «estoy» sorda por haber nadado bajo el agua!

—El otro día fingiste estar sorda —repuso la señorita Potts, impasible—. ¿Cómo quieres que sepa cuándo dices la verdad, Alicia?

—Le aseguro que esta vez «estoy» sorda de veras —insistió Alicia, preocupada por el modo en que le zumbaban los oídos, a pesar de ello, insistió—: ¡Por favor, señorita Potts, déjeme quedar aquí!

—Oye, Alicia —dijo la señorita Potts, en voz alta y clara para asegurarse de que Alicia, sorda o no, oía sus palabras—. Escúchame y dime si estás o no de acuerdo conmigo. Si «no» estás sorda, y lo que haces es gastarme una broma, será mejor tenerte aquí delante para vigilarte. Y si «estás» sorda y, por consiguiente, no oyes bien desde la última fila, es de sentido común que te vengas aquí para oír mejor. ¿Qué dices a esto?

Como es de suponer, Alicia no tuvo más remedio que asentir, y ocupó el sitio de Jean con expresión huraña. Naturalmente, desde allí oía mucho mejor. Más, de pronto sucedió algo muy curioso. Primero se le destapó uno de los oídos y después el otro. Alicia sacudió la cabeza. ¡Albricias, albricias! Los oídos se le habían destapado y volvían a estar en forma. ¡Podía oír perfectamente!

Su alegría fue tan grande que cuchicheó a Mary-Lou, sentada junto a ella:

—Se me han destapado los oídos. ¡Puedo oír estupendamente!

Pero la señorita Potts tenía el oído tan fino que percibió todo el cuchicheo, y volviéndose de la pizarra, instó:

—¿Quieres hacer el favor de repetir lo que has dicho Alicia?

—He dicho: «*Se me han destapado los oídos. ¡Puedo oír estupendamente!*» —repitió Alicia.

—¡Magnífico! —exclamó la señorita Potts—. Ya me figuraba que oirías mejor en primera fila.

—Pero, señorita Potts, yo... —barbotó Alicia.

—Ea, basta ya —gruñó la profesora—. Déjanos dar comienzo a la lección sin hacernos perder más tiempo con tus oídos, sordos o no.

A la hora del recreo, Alicia procedió muy enojada al traslado de las cosas de su pupitre. Detestaba estar en primera fila.

En cambio, Jean se alegraba muchísimo con su cambio.

—Estaba deseando sentarme detrás —confesó—. Y ya lo he conseguido.

—Eso no es justo —refunfuñó Alicia—. Ésta mañana, estaba sorda de verdad y, de pronto, se me destaparon los oídos. La señorita Potts debería haberme creído.

Darrell, que procedía a ayudarlas, no pudo menos de echarse a reír. Pero Alicia no estaba para bromas y se enfurruñó.

—¡Oh, Alicia! —se disculpó Darrell—. Ya sé que no está bien que me ría, ¡pero es tan gracioso! Primero, finges estar sorda y tomas el pelo a *Mademoiselle*. Luego, te quedas sorda «*de veras*» y nadie te cree. Parece aquella fábula del pastorcillo que gritó: «*¡El lobo, el lobo!*» sin motivo, y luego, cuando se presentó el lobo de verdad, nadie acudió a sus llamadas de auxilio

pensando que mentía.

—Creí que eras mi amiga —repuso Alicia, muy envarada—. No me gusta que me sermoneen.

—¡Pero si yo no te sermoneo! —protestó Darrell—. Atiende, Alicia, si quieres te escribiré la mitad de las frases. Te llevaría mucho tiempo escribir las cien, y me consta que no te gusta escribir. En cambio, a mí me encanta.

—De acuerdo, muchas gracias —accedió Alicia, animándose.

Así, pues, aquella tarde *Mademoiselle* Rougier recibió de manos de Alicia una cuartilla con cien frases, la mitad muy mal escritas, y la otra mitad con excelente caligrafía.

—¡Qué raro que una chica escriba tan mal en una cara de papel y tan bien en la otra! —comentó *Mademoiselle* intrigada.

Pero afortunadamente para Alicia, *Mademoiselle* se limitó a hacerse esa reflexión y no pasó de ahí.

Capítulo 10

UNA EXTRAÑA AMISTAD

Hacía mucho calor. Las muchachas sólo pensaban en ir a la piscina y se desesperaban cuando bajaba la marea y no podían bañarse. Afortunadamente, la piscina natural era enorme, con cabida para la escuela en peso, cuando subía la marea.

A Darrell le encantaba jugar una partida de tenis y luego dirigirse corriendo a la piscina para chapuzarse en sus aguas. ¡Qué deliciosamente frescas estaban! No comprendía la aversión de Gwendoline y Mary-Lou a meterse en ellas. Pero ambas muchachas alegaban que, cuanto más calor hacía, más fría estaba el agua, y no les gustaba aquel contraste.

—¡Pero si eso es precisamente lo «maravilloso» del agua! —replicó Darrell—. ¡Qué esté tan fresca en días tan calurosos como hoy! Si en lugar de entrar con tanto miramiento os decidierais a zambulliros de golpe, os encantaría. Lo que ocurre es que las dos sois unas cobardes.

Ni a Mary-Lou ni a Gwendoline les gustaba que las llamasen cobardes. Mary-Lou se sentía muy ofendida cuando Darrell la equiparaba a Gwendoline y se burlaba de ella por su timidez. En consecuencia, la chiquilla hizo todo lo posible para captarse la voluntad de Darrell yendo detrás de ella más que nunca, hasta el extremo de limpiarle el armario de la sala común, cosa que exasperaba a Darrell porque equivalía a encontrar siempre en desorden todas sus cosas.

—¿«Qué» ha sido de mis caramelos? «*Me consta*» que los puse aquí delante. ¿Y dónde está mi papel de cartas? ¡Sopla! ¡Con la prisa que tengo!

Y echaba sucesivamente al suelo todo el contenido del armario hasta dar con lo que buscaba. Mary-Lou contemplaba la escena con expresión sombría.

—¡Pensar que te lo había arreglado tan bien! —se lamentaba.

—¡Pues «no» vuelvas a hacerlo! —ordenaba Darrell—. ¿Por qué no arreglas los chismes de otra? Parece que te has encaprichado con los míos. Tienes la manía de hacer limpieza y esconder las cosas. ¡Dedícate a adecentar el armario de Alicia! ¡Está mucho más desordenado que el mío! ¡Y deja el mío en paz!

—Mi único propósito es ayudarte —murmuraba Mary-Lou.

Era horrible sentir tanta admiración por alguien y comprobar que la persona objeto de aquella admiración la consideraba a una un engorro. Tal vez Darrell «*vería con buenos ojos*» que su pequeña admiradora arreglase las cosas de Alicia. Mary-Lou sabía que Darrell simpatizaba mucho con Alicia. En resumidas cuentas, ¡qué tendría que ayudar a Alicia también!

Pero Alicia tampoco aceptó aquella intromisión, y cierta vez que la pobre Mary-Lou rompió sin querer el cristal de la fotografía de su madre, Alicia le prohibió terminantemente que volviera a tocar sus cosas.

—¿No te das «cuenta» que molestas? —gruñó Alicia—. ¿No comprendes que nos fastidia tener constantemente alrededor a una tontuela como tú? Has hecho trizas el cristal por meterte en

lo que no debes.

Mary-Lou se echó a llorar. Solía asustarse mucho cuando alguien la reñía. Y, al salir precipitadamente de la estancia, tropezó con Gwendoline en el pasillo.

—¡Caramba! —exclamó Gwendoline, siempre interesada en las riñas de las demás, pero no por compasión, sino por simple curiosidad—. ¿Ya estás llorando otra vez? ¿Qué ocurre ahora?

—Nada —sollozó la pobre Mary-Lou, profundamente compadecida de sí misma—. Que Alicia y Darrell siempre me tratan muy duramente cuando en alguna ocasión intento ayudarlas.

—¡Claro! —profirió Gwendoline, satisfecha de oír un comentario desagradable sobre sus enemigas—. ¿Qué esperas de personas como Alicia, Darrell y Betty, siempre tan deslenguadas y seguras de sí mismas? No comprendo ese empeño tuyo en trabar amistad con ellas.

—He roto la fotografía de la madre de Alicia —explicó Mary-Lou, enjugándose los ojos—. Ésa es la verdadera causa del disgusto.

—Pues ya puedes estar segura de que Alicia no te perdonará por «eso» —aseguró Gwendoline—. Ahora te hará la vida imposible. Adora a su madre y nunca ha consentido que nadie toque aquella fotografía. ¡Te has caído, Mary-Lou!

Mientras hablaba, Gwendoline concibió una magnífica idea. Por espacio de unos instantes, reflexionó sobre ella con mirada centelleante. Había encontrado el medio de vengarse de Alicia y Darrell, y de hacer pasar unos malos ratos a aquella estúpida de Mary-Lou.

—¿En qué piensas, Gwendoline? —preguntó Mary-Lou, mirándola curiosamente.

—En nada —contestó Gwendoline—. Se me ha ocurrido una idea.

Y con gran sorpresa de Mary-Lou, Gwendoline la tomó súbitamente del brazo.

—Se me ha ocurrido que podrías ser amiga «mía» —dijo esta última, con voz melosa—. «Yo» no te trataría como Darrell ni como Alicia. No tengo mala lengua como Alicia, ni la mirada burlona como Darrell. ¿Por qué no te haces amiga mía? Te aseguro que «yo» no me burlaría de tus pequeñas atenciones, como hacen las otras.

Mary-Lou miró a Gwendoline con recelo. En realidad, no sentía por ella ni pizca de simpatía, pero su sonrisa era tan dulce, que movía a agradecimiento. A decir verdad, Alicia y Darrell «se habían» portado pésimamente con ella de resultas de lo de los armarios. Pero, al recordar lo que le había hecho Gwendoline en la piscina unos días antes, se soltó de su brazo y murmuró:

—No, no puedo ser amiga tuya, Gwendoline. Fuiste muy cruel conmigo aquel día en la piscina. Desde entonces, tengo pesadillas.

Gwendoline no pudo menos de encolerizarse interiormente al ver que aquella estúpida y ñoña de Mary-Lou se atrevía a rehusar su amistad. No obstante, siguió sonriendo dulcemente.

—Ya sabes —dijo, tomando de nuevo el brazo de Mary-Lou—, que lo de la piscina lo hice sin mala intención. Fue sólo una broma. Todas las muchachas se hunden unas a otras. Siento haberme excedido tanto. No me di cuenta de que estabas tan asustada.

Cuando se proponía algo Gwendoline, adoptaba un aire muy resuelto, y Mary-Lou no sabía cómo zafarse. Así, pues, como de costumbre, la chiquilla acabó cediendo.

—Bien —farfulló ésta, indecisa—, si «de veras» no intentaste atormentarme aquella vez en la piscina, Gwendoline, seré amiga tuya. Pero no pienso hablar mal de Darrell ni de Alicia.

Gwendoline le oprimió el brazo y, tras dedicarle otra melosa sonrisa, se alejó de la perpleja Mary-Lou para madurar aquel plan inesperadamente concebido.

«¡Es maravilloso! —pensó—. Todo el mundo sabe lo harta que está Darrell de Mary-Lou y de sus constantes ayudas, y pronto correrá la voz del enfado de Alicia por la rotura de la fotografía de su madre. Así que, si gasto unas pequeñas bromas a Mary-Lou, todas pensarán que es cosa de Darrell o Alicia, en venganza de sus intromisiones. Además, ahora Alicia tendrá que sentarse al lado de Mary-Lou. Eso facilitará aún más la cosa».

Gwendoline se sentó en el patio para madurar su plan. Pensaba vengarse de aquellas tres chicas que tanta antipatía le inspiraban. Daría un susto de muerte a Mary-Lou, pero haría recaer todas las sospechas en Alicia y Darrell. Y éstas serían por dicho motivo severamente reprendidas y castigadas.

«Y si intimo con Mary-Lou nadie imaginará que tengo algo que ver con el asunto —pensó Gwendoline, alborozada—. No cabe duda de que soy muy lista. Apuesto a que ninguna otra chica de primer curso sería capaz de maquinar un plan tan ingenioso».

Tenía razón. Ninguna hubiera podido hacerlo, más no por falta de inteligencia, sino por carecer de la suficiente maldad. Gwendoline no se percataba de ello. Ni siquiera se daba cuenta de que estaba haciendo una mala acción. Según ella, aquello se reducía a «darles a todas una lección».

Trazó sus planes muy cuidadosamente. Aguardaría a que Alicia o Darrell tuviesen que limpiar el aula y llenar los jarrones de agua, obligación que las alcanzaba a todas, sucesivamente. De este modo, todo el mundo sabría que ellas y sólo ellas habían estado en el aula y, por ende, tenido la oportunidad de meter o sacar algo del pupitre de alguien.

Su intención era meter un escarabajo en el pupitre de Mary-Lou, o acaso unos gusanos o incluso un ratón si podía cazarlo. Pero no. Gwendoline se apresuró a descartar lo del ratón, porque a ella también le daban pánico aquellos bichos. Tampoco le gustaban mucho los escarabajos ni los gusanos, pero se las arreglaría para meter algunos en una caja de cerillas o algo por el estilo.

Sí, podría hacer eso. Y esconder los lápices favoritos de Mary-Lou en el cajón de Alicia. ¡Qué divertido sería! Además, podría meter uno o dos libros de Mary-Lou en el cajón de Darrell. Y mostrarse muy compasiva con Mary-Lou cuando ésta descubriese aquellas travesuras.

Gwendoline procedió, pues, a explorar el jardín en busca de algún insecto. Jean, que era muy buena jardinera y a veces ayudaba a limpiar el jardín del colegio, se quedó atónita al ver a Gwendoline hurgando los macizos con una llana.

—¿«Qué haces»? —inquirió—. ¿Buscar un hueso enterrado?

—No seas boba —gruñó Gwendoline, contrariada por aquel encuentro—. ¿Acaso no puedo dedicarme a cuidar un poco el jardín, si me apetece? ¿Crees que tienes la exclusiva?

—Bien. ¿Y a qué te dedicas, si se puede saber? —insistió Jean, siempre deseosa de averiguar el porqué de todo cuanto despertaba su curiosidad.

—Pues, sencillamente, a cavar —respondió Gwendoline—. A remover un poco la tierra. ¡Está tan seca!

Jean lanzó un desdeñoso resoplido. Tenía una maravillosa gama de ellos, especialmente

reservados a Gwendoline, Sally y Mary-Lou. Gwendoline siguió escarbando sañudamente la tierra con la llana, sintiendo en el alma no poder deslizar un gusano por el cuello de Jean. Aunque probablemente a ésta no le hubiera importado aquel contacto.

Después de aquel encuentro, Gwendoline decidió abandonar la búsqueda de gusanos e iniciar la de arañas. Pero al ver una de ellas en la leñera estuvo a punto de echar a correr del susto. Con todo, la araña era tan «*enorme*» que se prestaba maravillosamente al plan propuesto. ¡El bicho saldría del pupitre de Mary-Lou como una verdadera exhalación!

El caso fue que Gwendoline se las arregló para cazarla y, aunque temblando de pies a cabeza, aprisionarla con un tiesto boca abajo. Luego, consiguió meterla en una cajita de cartón. Una vez logrado su objetivo, muy satisfecha de su maña, se dirigió furtivamente a la sala común, con intención de esconder la caja de la araña en su armario hasta el momento oportuno.

Aquella tarde, mientras conversaba con sus compañeras, sacó a relucir el tema de las arañas.

—Hoy, en el cobertizo, se me ha enredado la cabeza en una telaraña —declaró—. ¡Ooh, qué sensación más horrible! No me gustan las arañas.

—Una vez mi hermano Sam tuvo una araña domesticada —explicó Alicia, que invariablemente tenía algo que contar de su familia—. Vivía bajo un helecho en nuestro invernadero, y salía cada tarde a beber agua cuando mamá regaba los helechos.

—¡Oh! —exclamó Mary-Lou, con un estremecimiento—. ¡Qué miedo me habría dado verla! Me horrorizan las arañas...

—Eres una boba —soltó Alicia, aún enojada por la fotografía rota—. Horrorizada de esto, asustada de aquello... ¡Qué vida la tuya, Mary-Lou! ¡Me entran ganas de cazar una araña y metértela por el cuello!

Mary-Lou palideció. Ante aquella mera idea le dio un vuelco el corazón.

—¡Si hicieras eso, me moriría! —musitó, en voz muy baja.

—Eres demasiado cobarde —comentó Alicia, indolentemente—. En fin, aguarda a que encuentre una araña.

Gwendoline no hizo ningún comentario, pero gozó de lo lindo. ¡La cosa iba viento en popa! Alicia había dicho más de lo que cabía esperar, y, por si fuera poco, todas las alumnas de primer curso de la *Torre Norte* lo habían oído. ¡Era maravilloso!

«*Aguardaré hasta el lunes, en que Alicia y Darrell deben limpiar el aula —pensó la muchacha—. Entonces pondré manos a la obra. ¡Les daré a todas una lección!*».

Así, pues, el lunes en cuestión, Gwendoline permaneció al acecho, en espera del momento oportuno. A la sazón, ella y Mary-Lou estaban siempre juntas, con gran sorpresa y estupefacción de Darrell, Alicia y Betty. ¿Cómo era posible que Mary-Lou pudiera intimar con aquella detestable Gwendoline, especialmente después de la cruel acción de que había sido objeto? ¿Y por qué Gwendoline se mostraba tan zalamera con ella? A decir verdad, todo aquel asunto resultaba muy raro.

Se presentó, por fin, la esperada oportunidad, y Gwendoline la aprovechó. Diez minutos antes de las clases de la tarde, fue enviada a buscar algo a la sala común. Tras precipitarse allí para cumplir el encargo, se encaminó a buen paso al aula del primer curso con la caja de cartón. Una

vez allí, abrió la caja y dejó salir a la gran araña de su interior. Con sus largas patas, el bicho corrió a un oscuro rincón del pupitre y se agazapó allí, completamente inmóvil.

Gwendoline se apresuró a salir de la clase, segura de que no la había visto nadie. Dos minutos más tarde, Darrell y Alicia entraron en el aula para llenar los jarrones de agua. ¡La suerte favorecía a Gwendoline!

Capítulo 11

EL CASO DE LA ARAÑA

La primera lección de aquella tarde fue de cálculo mental. Las muchachas detestaban aquella clase, excepto las de inteligencia viva, como Irene, que pasaba un buen rato en ella. Ahora bien, dada la circunstancia de que todo era trabajo oral, no había necesidad de abrir ningún pupitre.

La señorita Potts se mostró indulgente con las muchachas, pues hacía una tarde muy calurosa. Darrell se alegró de que la señorita Potts no exigiera tanto como de costumbre, ya que el cálculo no era su fuerte, especialmente la aritmética mental.

La clase siguiente correría a cargo de *Mademoiselle* Dupont. Sería de conversación de francés y, durante ella, las alumnas debían esforzarse en contestar a todas las sencillas preguntas de *Mademoiselle*, no tan radiante como de costumbre, debido al calor. Estaba demasiado gruesa para disfrutar del verano, y pequeñas gotas de sudor perlaban su frente, en tanto tomaba asiento ante el gran escritorio, frente a las hileras de muchachas.

—«*Asseyez-vous*» —ordenó.

Las muchachas obedecieron, aliviadas, diciéndose que la única lección que les hubiera gustado tomar en aquel tiempo habría sido una clase de natación.

La lección discurrió con lentitud, entre constantes pausas y vacilaciones. La conversación en francés carecía de continuidad, y *Mademoiselle* ante tal falta de interés empezó a irritarse.

—¡Ah! —exclamó, al fin—. ¡Hace demasiado calor para practicar conversación con un montón de estúpidas como vosotras! ¿Qué os pasa esta tarde? Sacad vuestras gramáticas y os explicaré unas cuantas cosas que tal vez os ayudarán a hablar mejor, si es que sois capaces de asimilarlas.

Las muchachas abrieron sus respectivos pupitres para sacar sus libros de gramática. Gwendoline estaba pendiente de lo que sucedería cuando Mary-Lou abriera el suyo. Más nada sucedió. Mary-Lou no había visto la araña, ni inquietado al animal. Y tras tomar el libro, cerró el pupitre.

Todas las muchachas abrieron sus gramáticas en la página indicada por *Mademoiselle*. Entonces, Mary-Lou advirtió que, en lugar de gramática de francés, había sacado la de inglés. En vista de ello, abrió de nuevo el pupitre para buscar el libro requerido.

—«*Qué faites vous, Mary-Lou*» —preguntó *Mademoiselle*, que no podía soportar que sus alumnas abrieran y cerrasen los pupitres a cada paso—. ¿Qué haces?

Mary-Lou metió su gramática inglesa en la parte posterior del pupitre y sacó la de francés. La araña, sintiéndose desalojada por el libro, echó a correr, asustada, tan velozmente, que Mary-Lou no acertó a verla hasta tenerla casi a su altura. La muchacha soltó la tapa del pupitre con estrépito y lanzó un agudo chillido.

Todas se sobresaltaron, alarmadas. *Mademoiselle* se puso en pie de un brinco, derribando al

suelo un montón de libros apilados sobre su escritorio.

—«¡*Tiens!*» —profirió, mirando a Mary-Lou con expresión incendiaria—. ¿Qué es ese escándalo? ¿Te has vuelto loca, Mary-Lou?

Mary-Lou se había quedado sin habla. La presencia de aquella enorme araña avanzando hacia ella la había aturcido por completo. Tan sólo tuvo fuerzas para apartar su silla del pupitre y contemplar el mueble como si esperase que la araña saltara a través de la tapa.

—¡Mary-Lou! —rugió *Mademoiselle*—. ¡Dime qué te ocurre! ¡Te lo exijo!

—¡Oh, *Mademoiselle*! —tartamudeó Mary-Lou, pálida y desencajada—. ¡Hay..., hay una araña enorme..., gigantesca... en mi escritorio!

—¿Una araña? —gruñó *Mademoiselle*—. ¿Y por una araña armas este alboroto y nos asustas con tus gritos? ¡Estoy avergonzada de ti, Mary-Lou! ¡Y muy enojada contigo! Venga, siéntate.

—No..., no..., me atrevo —repuso Mary-Lou, temblando de pies a cabeza—. A lo mejor, sale... Y es enorme, *Mademoiselle*.

Mademoiselle no estaba muy segura de la presencia de aquella araña. Tras la sordera de Alicia la semana anterior, y una cosa y otra...

Irene cloqueó. *Mademoiselle* le lanzó una mirada furibunda.

—Vamos a ver si esa araña existe o no —dijo, con firmeza—. Y te advierto, Mary-Lou, que si se trata de otra broma y no hay araña que valga, te mandaré a la señorita Potts para que te castigue. Yo me lavo las manos.

La profesora se dirigió al pupitre y abrió la tapa, dramáticamente. Mary-Lou contuvo el aliento y se alejó cuanto pudo, mirando el interior del pupitre con los ojos desorbitados.

La araña no estaba a la vista. Como es de suponer, se había refugiado en el rincón más oscuro del cajón. *Mademoiselle* examinó el pupitre con miradas escrutadoras y luego, volviéndose a la pobre Mary-Lou, profirió, al tiempo que daba una fuerte patada en el suelo:

—¡Pícara! ¿Conque tú, tan buena y formalita, también te atreves a engañar a la pobre *Mademoiselle*, eh? ¡No te lo consentiré!

—¡Por favor, *Mademoiselle*, «*créame*»! —suplicó Mary-Lou, desesperada, pues no podía soportar ser reprendida de aquel modo—. «*Estaba*» ahí... y era enorme.

Mademoiselle volvió violentamente los libros guardados en el interior del pupitre.

—¡Aquí no hay araña que valga! —profirió—. Dime, ¿dónde se ha metido, si de veras está ahí todavía?

La araña, alarmada por el violento movimiento de libros, salió súbitamente de su escondrijo y ascendió por la mano y brazo de *Mademoiselle*.

La profesora contempló el enorme bicho como si no diera crédito a sus ojos, y lanzó un chillido aún más fuerte que el de Mary-Lou. ¡Pensar que a ella también le daban pánico las arañas y aquel ejemplar gigante corría por su persona!

Irene estalló. Aquélla fue la señal que indujo a toda la clase a tomar cartas en el asunto, y, en tropel, las alumnas se precipitaron hacia *Mademoiselle*.

—¡Ah! —gemía la profesora—. ¿Dónde está el monstruo? ¡Muchachas, muchachas! ¿No lo veis?

—Aquí está —dijo la traviesa Alicia, pasando un dedo por la espina dorsal de *Mademoiselle*. Ésta pegó un grito, creyendo que la araña le corría por allí.

—¡Sácala de ahí! ¡Te lo suplico, Alicia! ¡Líbrame de ella!

—Tengo la impresión de que se le ha metido por el cuello, *Mademoiselle* —intervino Betty.

Al oír esto, *Mademoiselle* estuvo a punto de desmayarse. Convencida de que la araña estaba allí metida, se puso a temblar como una hoja.

Alicia le hizo cosquillas en la nuca y la mujer pegó un brinco en el aire.

—«¡Oh, lá lá! ¡Oh, lá lá!» ¡Qué desgraciada soy! ¿Dónde está ese monstruo? ¡Muchachas, muchachas! ¡Decidme que ya se ha ido!

Como es de suponer, a la sazón reinaba gran alboroto en la clase de primer curso. La señorita Potts, de nuevo en el aula de segundo curso, oyó el bullicio, sorprendida y exasperada. ¿Qué «*estarían*» haciendo ahora las alumnas de primero? ¿Las habría dejado solas *Mademoiselle* y se habían vuelto todas locas?

—Seguid consultando los mapas un momento —ordenó a las alumnas de segundo grado, que se miraban unas a otras, asombradas de oír aquel ruido.

Y, dicho esto, la profesora salió del aula y se dirigió rápidamente a la puerta de la clase de primer curso.

Al abrirla, el bullicio repercutió en sus oídos como un cuerpo sólido. ¡Aquello era peor que el recreo! Al principio, no vio a ninguna profesora y pensó que las chicas estaban solas. Más, de pronto, vislumbró la cabeza de *Mademoiselle* en medio de un gran grupo de muchachas. ¿«*Qué*» sucedía?

—¡Muchachas! —gritó.

Pero su voz se perdió en el fragor del tumulto.

—¡«*Muchachas*»!

Irene la vio y tocó con el codo a sus compañeras.

—¡Cuidado... ahí está Potts! —cuchicheó.

Las muchachas se apartaron al punto de *Mademoiselle*. En un abrir y cerrar de ojos se instalaron de nuevo en sus pupitres. *Mademoiselle* se quedó sola, temblando, preguntándose qué ocurría. ¿Dónde se había metido aquella monstruosa araña?

—¡Pero, *Mademoiselle*! —exclamó la señorita Potts, casi olvidando el reglamento del profesorado, según el cual las profesoras no podían reprocharse unas a otras en presencia de las alumnas—. ¡No me explico qué pasa en esta clase cuando usted se hace cargo de ella!

Mademoiselle miró a la señorita Potts, con un rápido parpadeo.

—Era una araña —explicó, inspeccionándose de arriba abajo—. ¡Ah, señorita Potts! ¡Pero una araña monstruosa! Se me subió por el brazo y desapareció. ¡Ah-h-h-hh! ¡Me la noto en todo el cuerpo!

—Una araña no le hará ningún daño —murmuró la señorita Potts, fría e insensiblemente—. ¿Quiere usted salir un rato para tranquilizarse, *Mademoiselle*? Mientras, yo me encargaré de estas chicas.

—¡Ah, «*non*»! —protestó *Mademoiselle*, indignada—. Las muchachas se han portado muy

bien... Todas han acudido a ayudarme a cazar esa monstruosa araña. ¡Era enorme, señorita Potts!

Pero ésta parecía tan incrédula, que *Mademoiselle* exageró el tamaño de la araña, extendiendo las manos para mostrar a su interlocutora que el bicho era casi tan grande como una rana de considerable tamaño.

Las muchachas se habían divertido de lo lindo. ¡Qué clase de francés! Gwendoline también había pasado un buen rato, tanto más cuando ella era la causante de todo, aunque, naturalmente, esto nadie lo sabía. La chica permanecía sentada en su pupitre, muy formal, observando atentamente a las dos profesoras.

Más he aquí que, de pronto, notó que le corría algo por la pierna. ¡Era la araña! Tras abandonar a *Mademoiselle*, el bicho se había escondido debajo de un pupitre, asustado por el constante movimiento de pies. A la sazón, en que al parecer se había restaurado el orden, la araña deseaba buscar un escondrijo mejor y, corriendo por el zapato de Gwendoline, ascendió por su media hasta alcanzarle la rodilla. La muchacha lanzó un fuerte chillido. De nuevo toda la clase se sobresaltó. La señorita Potts se volvió furiosamente hacia la responsable de la alarma general.

—¡Gwendoline! ¡Sal de clase! ¿Cómo te atreves a chillar así? ¡No! ¡No me digas que has visto la araña! Estoy harta de esa araña. ¡Y avergonzada de todas vosotras!

Gwendoline se sacudió violentamente, sin atreverse a chillar de nuevo, si bien horrorizada ante la idea de que la araña se había deslizado sobre ella.

—¡«Era» la araña! —farfulló—. Se me ha...

—¡Gwendoline! ¿Qué te he dicho? ¡No quiero oír una palabra más de esa dichosa araña! —interrumpió la señorita Potts, levantando la voz airadamente—. Sal de clase. Ésta noche os acostaréis todas una hora antes en castigo a esta vergonzosa conducta, y tú, Gwendoline, lo harás dos horas antes.

Gwendoline salió, llorando, del aula. En cuanto estuvo fuera, se inspeccionó la ropa, pálida y temblorosa, para cerciorarse de que ya no llevaba encima la araña. A poco, vio con alivio que el bicho se alejaba corriendo por el pasillo.

La muchacha se recostó en la pared. ¡Qué ocurrencia la de aquella araña de meterse con ella en lugar de hacerlo con cualquier otra! Ahora había tenido doble castigo. Con todo, no tardaría en divulgar el rumor de que Alicia y Darrell habían metido la araña en el pupitre de Mary-Lou. ¡Qué brusca había sido la señorita Potts al castigarla de aquel modo! ¿Qué culpa tenía «ella» de que la araña se hubiese subido a su pierna?

Aunque tal vez, a fin de cuentas, había sido una suerte que la señorita Potts hubiese entrado en el aula y sabido el motivo del alboroto. De esta suerte, acaso Gwendoline pudiera insinuarle que Alicia y Darrell habían introducido la araña en el pupitre.

En aquel momento la señorita Potts salió del aula y miró a Gwendoline con expresión disgustada.

—Señorita Potts, la araña ha huido por allí —balbució Gwendoline, señalando un extremo del pasillo, ansiosa de congraciarse con la señorita Potts.

Sin prestarle la menor atención la profesora se metió en la clase de segundo grado y cerró la puerta. Gwendoline se sintió muy humillada. ¿Qué hacer ahora? ¿Quedarse allí o volver a clase?

No le interesaba ser vista en el pasillo si por casualidad pasaba por allí la señorita Grayling, la directora. Por consiguiente, se decidió a entrar de nuevo en el aula.

—¡Ah! ¿Ya estás aquí otra vez? ¿Quién te ha dado permiso para entrar? —inquirió *Mademoiselle*, al presente avergonzada de su actuación en el asunto y, por tanto, dispuesta a descargar su sentimiento de humillación en la primera persona que se le pusiera delante—. ¡Chillaste de tal modo que sacaste de quicio a la señorita Potts!

—Usted también chilló, *Mademoiselle* —repuso Gwendoline, en tono ofendido—. Y creo que más fuerte que yo.

Mademoiselle se levantó de su silla y, pese a su baja estatura, en aquel momento apareció enorme ante la atónita mirada de Gwendoline. Sus saltones ojos negros relampagueaban.

—¿Te atreves a insolentarte «*conmigo*»? ¿Te atreves a discutir con *Mademoiselle* Dupont, que lleva veinte años enseñando en este colegio? ¿Te... te...?

Gwendoline dio media vuelta y salió precipitadamente. Prefería estar todo el día de plantón junto a la puerta, que enfrentarse con *Mademoiselle* en aquel estado.

Capítulo 12

PALABRAS FUERTES

«*El caso de la araña*», como lo llamaron las muchachas, se difundió por todo el colegio antes del término de aquel día, produciendo gran hilaridad entre profesoras y alumnas. *Mademoiselle Rougier* comentó con sorna:

—¿Es posible que una francesa sea tan boba? ¡A «*mí*» no me asustan las arañas ni las tijeretas ni las polillas! ¡Ni siquiera las culebras! ¡*Mademoiselle Dupont* debiera avergonzarse de ponerse en evidencia de ese modo!

Como es de suponer, las alumnas de primer curso fueron las que más hablaron del asunto, desgañitándose de risa cada vez que se acordaban de la pobre Mary-Lou, *Mademoiselle* y Gwendoline, las tres víctimas de la misma araña.

—¡Qué araña más lista! —cloqueó Irene—. ¡Supo conocer a las tres únicas personas de la clase capaces de asustarse! Me descubro ante semejante araña.

—No comprendo por qué escogió «*mi*» pupitre —murmuró Mary-Lou.

—No —replicó Gwendoline—. Eso fue una trampa. ¡Pobre Mary-Lou! ¡Qué susto debiste tener al verla! Me gustaría saber quién la metió allí.

Sobrevino un silencio. Por primera vez las muchachas de primer grado consideraron la posibilidad de que la araña hubiese sido introducida adrede en el pupitre. Sorprendidas, se miraron unas a otras.

—Fue una salvajada meterla en el pupitre de la pobre Mary-Lou —comentó Jean—. Ella no puede «*menos*» de asustarse de las cosas y por poco se muere del susto al verla. ¡Siquiera la bromista de marras hubiese tenido la delicadeza de meterla en el pupitre de Alicia, por ejemplo!

—¡Excepto si fue la propia «*Alicia*» la que la metió! —soltó una voz socarrona—. ¡Te gusta tanto gastar bromas! ¿Verdad, Alicia? Tú y Darrell estuvisteis en el aula de primer curso antes de las clases de la tarde. Y estoy segura de que todas recuerdan que un día dijiste que te gustaría introducir una araña en el cuello de Mary-Lou.

La que así hablaba era Gwendoline.

—Pues yo no he sido —protestó Alicia, echándole una ojeada—. Y Darrell tampoco. Siento desilusionarte, querida Gwendoline Mary, pero nosotras no fuimos. Y si ha sido alguien, no dudo que fuiste tú.

—Mary-Lou es amiga mía —replicó Gwendoline—. No tengo por qué hacer eso.

—Bien, si una vez estuviste a punto de ahogarla, no sería raro que a la primera ocasión te hubieses decidido a meterle una araña en el pupitre —espetó Darrell.

—Sin embargo, da la casualidad que tú y Alicia fuisteis las únicas que entrasteis en el aula antes de empezar las clases de la tarde —insistió Gwendoline, enojada al ver que nadie parecía estar de acuerdo con su sugestión.

—Cierra el pico —ordenó Katherine, sucintamente—. ¡«Sabemos» que no fueron Darrell ni Alicia! ¡Nos «basta» con su palabra! Sin duda, la araña se metió allí por pura casualidad. Y eso es todo.

—Pues «yo» creo... —empezó Gwendoline.

Pero al punto, la clase en peso entonó el sonsonete:

—¡Cállate, Gwendoline! ¡Cállate, Gwendoline! «¡Cállate», Gwendoline! ¡Gwendoline, «cállate»!

Y Gwendoline no tuvo más remedio que callarse, mohína y exasperada. ¡Pensar que aquella excelente idea sólo había dado por resultado un doble castigo para ella y la imposibilidad de hacer creer a nadie que las autoras de la travesura habían sido Alicia y Darrell! Ciertamente que las alumnas de primer curso tuvieron que acostarse una hora antes, pero todos convinieron en que merecía la pena.

Gwendoline se quedó desilusionada, más decidió no darse por vencida por aquel primer fracaso y continuar jugando malas pasadas a Mary-Lou hasta que la clase se convenciera de que las responsables eran Alicia y Darrell. Además, se prometió insinuar a la señorita Potts que, en su opinión, Alicia y Darrell tenían algo que ver en el asunto.

Pero no pudo llevar muy lejos su intento. Un día tuvo que ir a ver a la señorita Potts para hacerle una consulta sobre cierta tarea doméstica, y aprovechó la ocasión para permanecer muy sumisa junto a ella, en el pequeño aposento que la señorita Potts compartía con *Mademoiselle Dupont* en *Torre Norte*.

—Señorita Potts —empezó—, sentí muchísimo lo de la araña el otro día. Alicia y Darrell estuvieron en la clase antes, y estoy segura de que saben algo del asunto. Oí decir a Alicia que...

La señorita Potts levantó la vista.

—¿Conque ahora te dedicas a soplona? —interrumpió la profesora—. O en lenguaje más cortés, ¿a traer chismes?, en este caso, no lo intentes conmigo. En el pensionado donde yo me eduqué, Gwendoline, mis compañeras imponían un buen castigo a las soplonas. Todas las compañeras de dormitorio de la soplona en cuestión, le daban una buena azotaina con el dorso del cepillo del pelo. Es posible que tengas una porción de cosas interesantes que contarme, pero no esperes que te escuche. Ignoro si las alumnas de este colegio reservan el mismo castigo a las soplonas. Debo preguntárselo.

Gwendoline se puso como la grana. ¡Ella una soplona! ¿Cómo se atrevía la señorita Potts a llamarla soplona, a ella, Gwendoline Mary Lacey? ¡Todo porque había deseado hacerle una amable insinuación! Gwendoline se quedó sin saber qué decir. De buena gana hubiera prorrumpido en llanto, pero se abstuvo de hacerlo porque sabía que la señorita Potts se impacientaba mucho con las lloronas. Así, pues, salió de la estancia deseosa de dar un portazo como solía hacer en su casa. Pero allí no se atrevió.

Se compadecía profundamente a sí misma. Si su madre hubiera sabido lo horrible que era aquel colegio, a buen seguro que no habría vacilado en sacarla de allí en seguida. La señorita Winter también se habría horrorizado. Pero Gwendoline no estaba tan segura respecto a la reacción de su padre. A veces, éste decía cosas muy semejantes a los comentarios de la señorita

Potts.

Transcurrió la semana. Fueron unos días muy agradables, calurosos pero mitigados por una fresca brisa que invitaba a practicar los deportes y la natación. Alicia y Betty se entrenaban a fondo. Ambas eran excelentes nadadoras y muy duchas en el arte de zambullirse. Darrell se esforzaba en imitar todo cuanto hacían. Ella también era muy hábil, pero no tanto como ellas. No obstante, desconocía el miedo, se tiraba desde los trampolines más altos y se deslizaba por el tobogán con rapidez vertiginosa, ensayando toda clase de posiciones raras.

La única persona desdichada aquella semana fue Mary-Lou. En efecto, la chiquilla sufrió una serie de pequeños contratiempos. Por ejemplo, un día encontró la ropa que tenía en el vestuario tirada en un charco de agua y, por ende, completamente mojada. No tuvo más remedio que llevarla a secar al ama.

Ésta se enojó.

—¡Pero, Mary-Lou! ¿Por qué no cuelgas tus cosas mejor en el vestuario? Ya sabes que siempre hay charcos en el suelo debida a las idas y venidas de las muchachas a la piscina.

—¡Pero si las colgué bien, ama! —protestó Mary-Lou, suavemente—. ¡Seguro!

Otro día apareció su raqueta de tenis con tres cuerdas rotas. No estaban gastadas, sino, al parecer, cortadas.

—¡Mi querida raqueta! —gimió Mary-Lou, trastornada—. ¡Mira, Gwendoline! ¿Cómo es posible que una raqueta nueva se rompa así?

—No se ha roto —declaró Gwendoline, fingiendo examinarla muy detenidamente—. Éstas cuerdas han sido cortadas, Mary-Lou. Alguien ha querido jugarte una mala pasada. ¡Qué vergüenza!

Mary-Lou se puso muy triste. No podía creer que tuviese enemigos. Pero cuando encontró el vestido de los domingos con los botones cortados, comprendió que alguien tenía empeño en portarse mezquinamente con ella. Gwendoline la consoló con estas palabras:

—No te preocupes. «Yo» te los coseré. No me gusta coser, pero lo haré por ti, Mary-Lou.

Así que, haciendo un gran alarde, Gwendoline cosió los seis botones azules una noche. Las alumnas de primer curso la miraron, sorprendidas. Sabían que nunca cosía nada, si podía evitarlo.

—¿Cómo se han desprendido esos botones? —inquirió Jean.

—Eso es lo que «yo» me pregunto —respondió Gwendoline con un mohín remilgado—. ¡Seis botones arrancados! Me he brindado a coserlos, porque siento que haya alguien capaz de jugar esa mala pasada a Mary-Lou. Además, me gustaría saber quién cortó las cuerdas de su raqueta de tenis.

Las muchachas se miraron unas a otras. Era, en efecto, muy raro las cosas que le pasaban a la pobre Mary-Lou últimamente. Hasta su libro de oraciones había desaparecido. Y varios de sus lápices. Cierto que éstos habían sido hallados en el pupitre de Alicia, pero todo el mundo lo achacó a una casualidad. Al presente, empezaban a preguntarse si alguien los había metido allí ex profeso. Alicia, no, desde luego. Alicia era incapaz de hacer una cosa así. Pero «alguien» tenía que ser.

Estaban ya casi a la mitad del trimestre. Algunas muchachas eran presa de gran excitación ante

la inminente visita de sus padres. Los que vivían cerca, nunca faltaban a la cita. Darrell estaba emocionada porque su padre y su madre también irían a verla. Vivían muy lejos, pero habían decidido tomarse una semana de vacaciones en Cornualles y acercarse a ver a Darrell.

Las muchachas empezaron a hablar de sus familias.

—Me gustaría que viniesen mis tres hermanos —suspiró Alicia—. ¡Qué bien lo pasaríamos!

—Y yo daría cualquier cosa para que viniera mi hermanita —murmuró Jean—. Me encantaría mostrarle *Torres de Malory*.

—¿Va a venir «tu» madre, Sally? —preguntó Mary-Lou.

—No —repuso Sally—. Vive muy lejos.

Darrell recordó algo que le había contado su madre en una carta una o dos semanas atrás. Decía en ella que había conocido a la madre de Sally Hope y simpatizado con ella. Agregaba que había visto a la hijita de la señora Hope, la hermanita de Sally, una niña de tres meses. Darrell había tenido intención de contar a Sally la carta de su madre, pero se había olvidado de hacerlo. A la sazón, recordó el detalle.

—¡Ah, Sally! —exclamó—. Supongo que tu madre no vendrá, debido a la pequeñuela.

Sally se puso rígida. Al punto, miró a Darrell como si no diera crédito a sus oídos. Su rostro palideció y su voz surgió con dificultad al pronunciar estas palabras:

—¡No sabes lo que dices! ¿Qué pequeñuela? ¡En casa no tenemos ninguna pequeñuela! ¡Mi madre no vendrá porque vive muy «lejos»!

Darrell se quedó desconcertada.

—Pero, Sally, no seas boba. Mi madre me dijo en una carta que había «visto» a tu hermanita y que ésta tiene tres meses.

—¡Yo no tengo «ninguna» hermanita! —replicó Sally, en un extraño tono de voz—. Soy hija única. Mamá y yo hemos vivido muy unidas porque papá tiene que ausentarse con mucha frecuencia. ¡Yo no tengo «ninguna» hermanita!

Las muchachas miraron a Sally con curiosidad. ¿Qué le ocurría a aquella chica? ¡Hablaba en un tono tan raro!

—Está bien, dejémoslo —masculló Darrell, molesta—. Pensé que «lo» sabías. En fin, supongo que te gustaría tener una hermana.

—¡Me fastidiaría horrores tenerla! —espetó Sally—. ¡No quiero compartir mi madre con nadie!

Y, dicho esto, la muchacha salió de la estancia, con su habitual expresión impenetrable.

Sus compañeras se quedaron verdaderamente desconcertadas.

—Es una chica muy rara —comentó Irene—. Casi nunca dice nada y siempre está muy seria. Pero a veces esas personas tan reservadas explotan de repente... y entonces, ¡sálvese quien pueda!

—En fin —suspiró Darrell—, escribiré a mamá diciéndole que está confundida.

Y puso manos a la obra inmediatamente.

La próxima vez que vio a Sally, se lo comunicó.

—Siento haberme confundido con lo de tu hermana. He escrito a mi madre para decirle, que, según tú, no tienes ninguna. Sin duda, hubo una confusión.

Sally permaneció inmóvil y miró a su interlocutora como si súbitamente se le despertara odio hacia ella.

—¿Por qué sigues entrometiéndote? —estalló—. ¡Déjanos en paz a mí ya mi familia! ¡Más vale que no te metas en lo que no te importa!

Darrell se encolerizó.

—Yo no me meto en nada —protestó—. Procura sujetar tu lengua, Sally. Nunca me he propuesto intervenir y no sé a qué viene este jaleo. «Me» importa un bledo que tengas una hermana o no la tengas.

—Y dile a tu madre que tampoco se meta —soltó Sally—. ¿Quién le manda escribir cartas a mi familia?

—¡Por favor, no seas tan «estúpida»! —profirió Darrell, realmente exasperada—. ¡Por la forma en que te expresas, cualquiera diría que existe un tremendo misterio en todo esto! En fin, veré qué contesta mi madre... y te lo diré.

—No me interesa saberlo. ¡En absoluto! —barbotó Sally, extendiendo las manos como si quisiera apartar a Darrell—. Te detesto, Darrell Rivers... a ti y a tu madre, que va a despedirte a la estación, te manda cosas, te escribe largas cartas y viene a verte. Y alardeas de ello ante mí... adrede. ¡Eres mezquina, mezquina, mezquina!

Darrell se quedó completamente anonadada. ¿Qué demonios quería decir Sally con aquello? Tras seguirla con la mirada en tanto la otra salía de la estancia, se dejó caer en un banco, confusa y aturdida.

Capítulo 13

¡MEDIO TRIMESTRE AL FIN!

Las muchachas fueron presa de gran agitación al principiar la semana correspondiente a medio trimestre. Muchas de ellas iban a ver a sus padres el sábado, y la señorita Remmington, la profesora de deportes, había tomado la súbita decisión de organizar un pequeño festival de natación en honor de los padres. Todo el mundo que visitaba *Torres de Malory* se quedaba prendado de la hermosa piscina natural y ansiaba contemplarla.

—Como hace tanto calor, a vuestras familias les encantará pasar un rato junto a la aireada piscina y admirar no sólo la belleza del agua, sino la pericia de sus hijas en el salto y la natación —declaró la señorita Remmington—. Pasaremos un buen rato allí y luego volveremos para tomar fresas con nata y unos helados.

¡Qué divertido! Darrell sentía honda alegría cada vez que pensaba en ello. Había adelantado tanto en aquel deporte, que estaba segura de que sus padres se sentirían satisfechísimos. ¡Y por si fuera poco, después habría fresas y helados! ¡Qué maravillosa perspectiva!

Pero su entusiasmo cedió un tanto el miércoles, en que se leyeron los puestos de las alumnas en aquella primera mitad del trimestre. En lugar de ocupar el tercero o cuarto, como esperaba, ocupaba el décimo contando desde la última. ¡Apenas podía dar crédito a sus oídos! Katherine era la primera, Alicia la quinta, Betty la decimocuarta, Gwendoline la última... ¡Y Mary-Lou... la sexta desde el último puesto, no muy debajo de Darrell!

Darrell permaneció muy quieta mientras la profesora leía el resto de la puntuación. Había unas treinta muchachas en su curso, lo cual significaba que veinte de ellas habían sacado mejor nota que ella. A buen seguro había algún error.

Más tarde, Darrell fue a ver a la señorita Potts con aire preocupado, dispuesta a aclarar aquella cuestión.

—Señorita Potts —empezó, algo tímidamente, pues la profesora se hallaba corrigiendo ejercicios y parecía muy atareada—. Perdona que la interrumpa, señorita Potts, pero ¿puedo hacerle una pregunta?

—¿De qué se trata? —preguntó la maestra, tachando una línea con un lápiz azul.

—Pues... de la puntuación de la clase —balbució Darrell—. ¿De veras estoy tan baja?

—Vamos a ver, ¿dónde estabas? Si mal no recuerdo, bastante abajo —masculló la señorita Potts, tomando la lista para consultarla—. Sí, eso es. Me llevé una sorpresa y una desilusión, Darrell. Tanto más cuanto te portaste muy bien las dos primeras semanas.

—Pues, señorita Potts... —farfulló Darrell.

No obstante, se interrumpió. No sabía exactamente cómo expresar lo que deseaba decir. Su propósito era preguntar a qué obedecía el hecho de figurar en los últimos puestos, siendo así que era mucho más inteligente que la mitad de la clase, por lo menos.

Pero, en cierto modo, la pregunta se le antojaba presuntuosa.

No obstante, la señorita Potts, dada su gran perspicacia, comprendió al punto su dificultad.

—¿Has venido a preguntarme por qué estás más cerca de los últimos puestos que de los primeros, cuando podrías figurar entre las primeras de clase? —preguntó la profesora—. Bien, voy a decírtelo, Darrell. Hay personas como Alicia, capaces de hacer el bobo en clase y perder el tiempo propio y el de los demás, y, con todo, salir adelante en sus estudios. Y hay personas como tú, capaces también de hacer el bobo y perder el tiempo, pero desgraciadamente incapaces de mantenerse en forma en el trabajo y, por tanto, condenadas a descender a los últimos puestos. ¿Comprendes?

Darrell se puso muy colorada y asintió en silencio, muy deseosa de que la tragara la tierra.

—Sí, gracias —murmuró, al fin, con voz apenas perceptible.

Y mirando a la señorita Potts con sus claros ojos castaños, añadió:

—De haber sabido que la cosa iba a afectar a mi puesto en clase, no habría sido tan necia... Pensé que con tener inteligencia y memoria, me bastaba. Papá y mamá tendrán una desilusión.

—Probablemente —convino la profesora, tomando de nuevo el lápiz—. En tu lugar, Darrell, no imitaría tanto a Alicia y Betty. Tendrías mejor posición si siguieras tus inclinaciones y te abstuvieras de imitar a las demás. «Tú» te entregas enteramente a lo que haces. Eso significa que, si haces el bobo, lo otro se resentirá. Alicia es capaz de hacer dos o tres cosas a la vez. Naturalmente, eso tiene sus ventajas, pero las mejores personas de este mundo son las que se entregan en cuerpo y alma a una tarea, si orientan sus esfuerzos a lo bueno.

—Comprendo —murmuró Darrell—. Como mi padre. Él se entregó a su trabajo. Es cirujano y sólo vive para devolver la salud y la felicidad a los demás. Es maravilloso.

—En efecto —asintió la señorita Potts—. Pero si se dividiera, por decirlo así, en una docena de actividades, probablemente no sería tan buen cirujano. Por eso, cuando se elige una profesión que merece la pena, como la medicina, la enseñanza, la literatura o la pintura, es preferible entregarse plenamente a ella. Para una persona de segunda o tercera categoría, la cosa no reviste tanta importancia. Pero, la que tiene madera y se propone escoger una profesión importante cuando sea mayor, debe aprender a concentrarse desde la infancia.

Darrell no juzgó oportuno preguntar a la señorita Potts si la consideraba en este último caso, pero no pudo menos de creer que así era, en efecto. La muchacha se retiró algo más tranquila. ¡Qué lástima no haberse entregado a sus estudios y ocupado uno de los primeros puestos, en lugar de dedicarse a hacer el bobo con Betty y Alicia y descender a los últimos!

La madre de Gwendoline y su antigua institutriz, la señorita Winter, habían anunciado también su visita para el sábado. Gwendoline esperaba con ilusión su llegada para presumir ante ellas. ¡Qué insignificante haría sentirse a la señorita Winter cuando le hablase de sus provechosas lecciones y de lo adelantada que estaba en todo!

La familia de Mary-Lou no podía acudir, con gran desilusión de la chiquilla. Gwendoline la consoló con estas palabras.

—No te preocupes, Mary-Lou. Podrás pasar todo el día conmigo y con mi madre y la señorita Winter. No quiero que te sientas sola.

A Mary-Lou no le seducía mucho la idea de estar con Gwendoline. Empezaba a cansarse de su constante compañía y de las interminables historias de su familia, en todas las cuales brillaba ella como un ser sobrenatural.

En cambio, Gwendoline gozaba intensamente de contar con una oyente tan paciente como Mary-Lou, si bien en el fondo la despreciaba por la debilidad que suponía aguantar tanto.

Al enterarse de que la familia de Mary-Lou no podría acudir el sábado correspondiente a medio trimestre, Darrell dijo a la chiquilla:

—¿Te gustaría pasar el día conmigo y mis padres? Piensan llevarme a almorzar en el coche. Proyectamos comer en el campo. ¡Será maravilloso!

A Mary-Lou le latió con fuerza el corazón. Sus ojos se posaron en Darrell con deleite y adoración. ¿Cabía mayor dicha que la de ser invitada por «Darrell» a compartir la fiesta de medio trimestre? Darrell la había reprendido mucho últimamente, dando a entender muy a las claras que la consideraba un engorro. Pero ahora había tenido la atención de hacerle aquella invitación.

Luego, recordando la de Gwendoline, Mary-Lou exclamó con súbito desencanto:

—Lo malo es que Gwendoline «también» me ha invitado y ya he aceptado su invitación.

—Pues ve a decirle que «yo» te he invitado, y que mis padres desean conocerte —sugirió Darrell—. No creo que le importe.

—No sé si me atreveré a decirle eso —balbuceó la tímida Mary-Lou—. A lo mejor se enfada. Ya sabes que no te tiene simpatía, Darrell.

—Supongo que eso significa que prefieres ir con Gwendoline que conmigo —soltó Darrell, ásperamente, irritada como de costumbre al ver la cara «asustada» de Mary-Lou. En este caso, ve con ella.

—¡«Darrell»! —farfulló Mary-Lou, casi con lágrimas en los ojos—. ¿Cómo puedes decir eso? Ya... ya... sabes que daría «cualquier cosa» por ir contigo.

—En este caso, ve a decírselo a Gwendoline —insistió Darrell—. Cuando se desea una cosa, hay que hacer acopio de valor para conseguirla. Eres una cobardona de espanto.

—Sí, ya lo sé —gimió Mary-Lou, desesperada—. ¡No lo repitas tantas veces! Es contraproducente. Por favor, Darrell, habla «tú» con Gwendoline.

—De ningún modo —repuso Darrell—. ¡«No» pienso sacarte las castañas del fuego! Además, no estoy segura de desear la compañía de una chiquilla tan estúpida como tú.

Y, dicho esto, Darrell se alejó, en tanto Mary-Lou la seguía con la mirada, presa de verdadera desesperación. Jean, que andaba por allí cerca y había oído toda la conversación, sintió un poco de lastima por Mary-Lou, y, siguiendo a Darrell, le dijo sinceramente con su marcado acento francés:

—Creo que eres un poco dura con ella.

—Lo hago por su bien —replicó Darrell—. Si logro «infundirle» un poco de valor, me lo agradecerá. Le he dicho todas esas cosas adrede, para impelerla a ir a hablar con Gwendoline.

—Es posible que la hayas impelido, pero no en el sentido positivo —objetó Jean—. ¡Más bien has conseguido sumirla en la desesperación!

Jean tenía razón. Mary-Lou estaba verdaderamente desesperada. Cuanto más pensaba en ir a preguntar a Gwendoline si tenía inconveniente en dejarla ir con Darrell el sábado, en lugar de

hacerlo con ella, más terror sentía. Por último fue al encuentro de Gwendoline, más no se atrevió a decírselo, lo cual empeoró aún más las cosas. ¡Pobre Mary-Lou!

Casualmente, Gwendoline se enteró de que Darrell había invitado a Mary-Lou para la fiesta de medio trimestre, y se alegró de que, al parecer, Mary-Lou no hubiera querido ir con ella. Un día habló del caso a la chiquilla.

—No me explico que Darrell haya tenido la desfachatez de invitarte, después de «haberlo» hecho yo —comentó—. Me alegro de que no vaciles en rehusar, Mary-Lou. Probablemente, no te apetece ir con una muchacha que te considera un pobre gusano, ¿verdad?

—No —respondió Mary-Lou, sin acertar a añadir una palabra más.

¡Pensar que hubiera dado cualquier cosa por decir «sí», audazmente y sin temor! Pero no pudo.

La mañana del sábado amaneció clara y radiante. Sería un día maravilloso. El mar brillaba bajo el sol, liso como un espejo. A las dos de la tarde habría subido la marea. La piscina estaría en su punto. ¡Qué delicia!

Las muchachas llevaron montones de banquetas plegables a la piscina y las instalaron en la elevación rocosa, situada sobre la misma, por tratarse de un lugar rara vez invadido por la marea. Desde allí se dominaba una magnífica vista. Darrell cantaba alegremente durante sus idas y venidas, con el corazón palpitante ante la perspectiva de ver a sus padres aquel día. En cambio, Mary-Lou permanecía silenciosa, con expresión grave y abatida. Sally Hope también estaba seria, con el rostro más impenetrable que nunca, en opinión de Darrell.

Alicia no cabía en sí de gozo. Además de sus padres, iría a verla uno de sus hermanos. Los padres de Betty no acudirían y, por ende, la muchacha pasaría el día con Alicia y los suyos.

Darrell vio a Sally en el momento en que ésta ascendía lentamente por el acantilado, tras bajar unas banquetas de campaña al mirador de la piscina, y le llamó la atención la tristeza de su rostro. Impulsivamente le gritó:

—¡Eh, Sally! ¡Sally Hope! Tu familia no vendrá, ¿verdad? ¿Quieres pasar el día conmigo y con mis padres? Puedo invitar a quien me plazca.

—No, gracias —repuso Sally con una vocecilla algo entonada.

Y, sin una palabra más, siguió subiendo la cuesta.

«¡Qué chica más rara!», pensó Darrell, algo enojada por el hecho de que ninguna de las dos muchachas a quienes había invitado se hubiese dignado aceptar su invitación.

No obstante, fue en busca de otra chica que no esperase la visita de los suyos. Debía encontrar a «alguien», pues su madre había manifestado el deseo de llevarse también a otra muchacha. «A ser posible, tu amiga más íntima», le había escrito la señora Rivers.

Pero Darrell no tenía ninguna amiga «íntima». Le hubiera gustado mucho Alicia para el caso, pero Alicia era amiga de Betty. También simpatizaba con Irene, pero ésta no parecía sentir la necesidad de tener una amiga. La música la compensaba de todo.

«¿Y si se lo preguntase a Emily?», pensó Darrell.

No le interesaba en absoluto la pacífica y aplicada Emily, que se pasaba todas las tardes cosiendo laboriosamente. Pero la familia de Emily no acudiría y nadie le había invitado a salir a almorzar.

Así, pues, Darrell la invitó y Emily se ruborizó de satisfacción y contestó que aceptaba encantada. Pareció sorprenderse de aquella invitación. Mary-Lou por poco se echó a llorar al verlas salir a las dos para recibir a los padres de Darrell. No podía soportar la idea de que Emily iba a disfrutar del convite que tanto hubiera deseado para ella, pese a no haber tenido el valor de aceptarlo.

Capítulo 14

UN DÍA REALMENTE HERMOSO

Al rato, la gran calzada ante *Torres de Malory* quedó atestada de coches de todas las formas y tamaños. Los padres se apeaban de ellos y buscaban afanosamente a sus muchachas. En todo el lugar resonaban alegres gritos de bienvenida.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Cuánto me alegro de que hayáis venido temprano!

—¡Mamá! ¡No te esperaba tan pronto! ¡Qué dicha volver a verte!

Darrell acechaba, asimismo, la llegada de sus padres. Al poco rato, vio el sobrio automóvil negro de su padre, conducido por él mismo. Junto a él iba su madre, muy bonita con su vestido nuevo, y visiblemente excitada ante la perspectiva de ver a su hija.

Darrell recorrió la distancia que la separaba del coche como una flecha, derribando casi a su paso a Gwendoline, que aguardaba impacientemente la llegada de su madre.

—¡Mamá! —exclamó Darrell, abalanzándose hacia sus padres—. ¡Llevo horas aguardándoos! ¡Qué alegría volver a veros! Hola, papá, ¿has conducido todo el tiempo?

—Hola, querida —dijo su madre, mirándola, satisfecha.

Darrell estaba muy morena y colorada. Sus cálidos ojos pardos reflejaban profundo afecto. Parecía feliz y «*satisfecha de la vida*», según apreciación de su padre.

Darrell condujo a sus complacidos padres al interior del colegio, charlando a voz en grito.

—Debéis ver mi dormitorio y hasta la cama donde duermo... y «*tengo*» que enseñaros la vista que se domina desde la ventana de nuestro dormitorio. ¡Es magnífica!

En su excitación se había olvidado por completo de Emily, que aguardaba pacientemente en las inmediaciones. De pronto, Darrell vio a su invitada y se detuvo.

—¡Ah, Emily! Oye, mamá. Me dijiste que podía invitar a alguna compañera a venir con nosotros... Pues bien, aquí está. Te presento a Emily Lake, una muchacha de mi curso.

La señora Rivers miró a Emily, sorprendida. No esperaba que Darrell hubiera elegido por amiga a una muchacha tan seria y reposada como aquélla. Ignoraba que Darrell no tenía aún ninguna amiga determinada. Estrechó la mano de Emily y expresó su satisfacción por tenerla de invitada.

Después de esto, Emily fue siguiéndoles todo el tiempo, escuchando la excitada charla de Darrell y las regocijadas respuestas de sus padres. Le gustaban los padres de Darrell. Su madre era bonita y divertida, además de sensata; en cuanto al padre, inspiraba al punto gran confianza, se dijo Emily, contemplando aquel resuelto y apuesto semblante de grandes ojos oscuros y pobladas cejas negras, idénticas a las de Darrell, pero más grandes y velludas.

Darrell estaba orgullosa de sus padres y ansiaba mostrarlos a todo el mundo. En un momento dado, vio a Gwendoline con dos mujeres, una al parecer su madre, con el cabello lustroso y dorado como ella y un rostro algo frívolo y aniñado. Sin duda, pensó Darrell, la otra era la señorita

Winter. ¡Qué persona más horrible!

En realidad, la pobre señorita Winter no tenía nada de horrible. Era vulgar y sencilla, siempre ávida de dar la razón a todo el mundo. Adoraba a Gwendoline porque era linda y graciosa, y no parecía percatarse del egoísmo y los desplantes de niña mimada que caracterizaban a la necia muchachita.

Mary-Lou estaba con ellas, esforzándose en sonreír, pero, en realidad, muy fastidiada. No le gustaba ni la señora Lacey ni la señorita Winter, y estaba ya horrorizada de algunas de las mentiras que les contaba Gwendoline.

—Soy casi la mejor jugadora de tenis de nuestro curso —oyó decir a Gwendoline—. ¡No me sorprendería que me apuntasen para un partido de competición, mamá!

—¡Oh, querida, qué lista eres! —exclamó la señora Lacey, cariñosamente.

Mary-Lou miró a Gwendoline, sorprendida. ¡Pero si todo el mundo sabía que Gwendoline era una verdadera calamidad en los deportes!

—Y *Mademoiselle* está muy satisfecha de mi francés —prosiguió Gwendoline—. Creo que podría llegar muy lejos en esa asignatura. *Mademoiselle* dice que tengo un acento espléndido.

La vulgar señorita Winter se puso radiante de satisfacción.

—¡Oh, Gwen, querida! ¡Eso es estupendo! Yo hice lo que pude contigo, por supuesto, pero siempre temí no estar en condiciones de hacer lo «suficiente», pues nunca he estado en Francia.

Mary-Lou ansiaba decir que Gwendoline era siempre la última de la clase de francés, más no se atrevió a hacerlo. ¿Cómo «podía» Gwendoline engañar a los suyos con aquella sarta de mentiras? ¿Y cómo «podían» creerla ellos?

—¿Vas a intervenir en el festival de natación de esta tarde? —inquirió la señora Lacey, mirando afectuosamente a Gwendoline, que aquel día llevaba su resplandeciente cabellera rubia suelta sobre la espalda y, en opinión de su madre, parecía un ángel.

—No. He decidido no hacerlo, mamá —declaró Gwendoline—. Es preferible dar una oportunidad a las demás. Al fin y al cabo, ya me he llevado el primer puesto en muchas cosas.

—¡Qué buena y generosa es mi niña! —exclamó la señora Lacey, oprimiendo el brazo de Gwendoline.

Mary-Lou experimentó una leve sensación de náusea.

Lo malo fue que, luego, Darrell lo estropeó todo. Al verla pasar con su padre y su madre, la señora Lacey se fijó en ella y se quedó prendada de su buen aspecto y su feliz sonrisa.

—¡«Qué» muchacha más linda! —dijo a Gwendoline—. ¿Es amiga tuya? Digámosle algo.

—¡Oh, no, no es amiga mía! —replicó Gwendoline.

Pero Mary-Lou, complacida con aquella alabanza de Darrell, se apresuró a llamarla.

—¡Darrell, Darrell! La señora Lacey quiere hablarte.

Darrell se acercó a la señora Lacey y Gwendoline procedió a presentarlas con expresión ceñuda.

—¿Vas a intervenir en el festival de natación? —preguntó la señora Lacey, afablemente—. En cambio, Gwendoline me ha dicho que no tomará parte.

—¡Pero si Gwendoline apenas sabe nadar! —espetó Darrell—. Siempre nos metemos con ella

porque tarda cinco minutos en meter un pie en el agua, ¿verdad, Gwendoline?

Darrell dijo todo esto en tono jocoso y carente de malicia, pero a Gwendoline le entraron ganas de empujarla por el borde del acantilado. ¡Qué sofoco le dio!

Por su parte, la señora Lacey pensó que Darrell estaba bromeando y, riéndose con la argentina risa que tanto la enorgullecía, comentó:

—Me figuro que si Gwendoline tomara parte en la competición os vencería a todas, como en el tenis... y en las lecciones...

Darrell miró a Gwendoline, asombrada. Ésta parecía querer fulminarla con la mirada y se había puesto como la grana.

—¡Apuesto a que Gwendoline les ha estado contando mentiras! —exclamó Darrell, riéndose. Y, sin más, fue a reunirse con su grupo.

—¡Qué muchacha más brusca y descortés! —profirió la señorita Winter, inquieta y desconcertada.

—Desde luego, no tiene nada de simpática —gruñó Gwendoline, reaccionando—. Nadie la puede ver. No tiene ninguna amiga, y se comprende por qué. Siempre está denigrando a la gente. Yo lo achaco a celos. No le hagas el menor caso, mamá. Mary-Lou te dirá lo bien que juego al tenis y todo lo demás.

Pero esto era incluso superior a las fuerzas de la tímida Mary-Lou. Más asustada que nunca, la chiquilla murmuró que tenía que ir a hablar con *Mademoiselle* y se alejó al punto, satisfecha de librarse, siquiera unos minutos, de la familia Lacey.

Camino del coche, tras admirar todos los rincones del colegio, desde la vista de la *Torre Norte* hasta el interior del ordenado pupitre de Darrell, los Rivers vieron a Sally Hope.

—¿No es ésa Sally Hope? —preguntó la señora Rivers, deteniéndose—. Estoy segura que lo es. Vi una buena fotografía de ella en el salón de su madre cuando fui a tomar el té con ella el otro día.

—Sí, es Sally —confirmó Darrell—. ¿Quieres hablar con ella, mamá?

—Sí —asintió la señora Rivers—. Su madre me ha dado un recado para ella.

Entonces, Darrell gritó con su clara voz:

—¡Sally! ¡Sally Hope! Ven acá un momento, ¿quieres?

Sin duda, Sally la oyó al igual que todas las demás que se hallaban en los alrededores. Pero haciéndose la desentendida, desapareció por un sendero bordeado de arbustos.

—¡Qué fresca! —masculló Darrell—. Aseguraría que me ha oído. La invité a venir con nosotros pero no quiso.

—Vamos —apremió el padre, abriendo la portezuela del coche—. Seguiremos el borde del acantilado y luego nos meteremos por una pintoresca carretera que conduce directamente a una caleta solitaria. Almorzaremos allí.

Darrell y Emily subieron al vehículo. Emily lo estaba pasando divinamente. La señora Rivers era muy amable y se interesó mucho por sus cosas. Por lo regular, la gente la dejaba de lado por considerarla muy apagada. Pero la señora Rivers, creyendo que Emily era la amiga predilecta de Darrell, se mostró ansiosa de conocerla en todos los aspectos, más a fondo.

Así, pues, no tardó en enterarse de que Emily era muy aficionada a la costura y las labores. Darrell se quedó pasmada de su locuacidad. ¡Jamás había oído hablar tanto a Emily! ¡Cielos! ¡Con qué prolijidad describía la funda de cojín que estaba haciendo! ¡Los colores, los puntos, todo!

—Siempre he sentido que Darrell no tenga inclinación a las labores —dijo la señora Rivers a Emily—. Yo también soy muy aficionada a ellas. Recientemente he hecho los asientos de seis sillas a punto de tapicería.

—¿De «veras»? —exclamó Emily—. Yo también he hecho unos, pero sólo dos hasta ahora. Me encanta mucho ese punto.

—Tal vez logres interesar a Darrell en la costura —murmuró la señora Rivers, riendo—. ¡Pensar que en casa no consigo hacerle hacer ni un simple zurcido!

—Pues, si ella quiere, le enseñaré a zurcir —se ofreció Emily, deseosa de complacer a la simpática señora Rivers.

Darrell las escuchaba, horrorizada. ¡Cielos! ¡No había invitado a Emily para que ésta se confabulase con su madre para enseñarle a zurcir! La muchacha se apresuró a cambiar de tema y les contó el caso de Gwendoline y sus farolerías con su madre y su institutriz.

Pronto llegaron a la playa y saborearon el almuerzo más suculento que Darrell había comido aquel trimestre. Pollo frío y escabeche... ¡«escabeche»! ¡Pensar que en el colegio no lo veían ni por pienso! Hubo, además, pequeños recipientes de cartón llenos de ensalada fresca y salsa mahonesa. ¡Delicioso! Y de postre, pastelillos de frutas y helados de chocolate. ¡Qué comida!

—Y cerveza de jengibre para ayudarlo a pasar todo —sonrió la señora Rivers, llenando los vasos—. ¿Más pollo, Darrell? Hay de sobra.

Después de almorzar, emprendieron el regreso para presenciar la competición deportiva. Emily no tomaba parte en ella y, en consecuencia, se brindó a buscar buenos sitios a los padres de Darrell. Ésta los dejó a su cargo mientras iba a cambiarse, ya de vuelta a *Torres de Malory*.

Fue un día inolvidable. Todo el mundo parecía de buen humor y los chistes corrían de boca en boca. Hasta las dos «*Mademoiselles*» iban cogidas del brazo, cosa que no habían hecho en todo aquel trimestre.

El festival de natación resultó muy emocionante. La señora Rivers quedó encantada del recio estilo de Darrell, de sus graciosas zambullidas y de su magnífico arrojito. Era una de las mejores de las pequeñas. Algunas de las mayores se mostraron extremadamente diestras en las zambullidas, especialmente Marilyn, la capitana de deportes de sexto curso. Todo el mundo la aplaudió en uno de sus saltos «*golondrina*», desde el trampolín más alto.

Darrell oyó que la señora Lacey preguntaba a Gwendoline:

—¿Tú también sabes hacer esto, querida?

Gwendoline, que se hallaba cerca de Darrell y otras pocas muchachas, echó una cauta mirada circular, contrariada de que su madre le hiciese aquellas embarazosas preguntas en público.

—Pues, no... esto no —respondió.

—Siempre tan modesta —murmuró la señorita Winter, dándole unas cariñosas palmaditas en el hombro.

Darrell a duras penas pudo contener la risa al oír llamar «*modesta*» a Gwendoline. La

muchacha miró desdeñosamente a la pequeña Mary-Lou, sentada cerca de Gwendoline, maravillada de que pudiese escuchar sin decir nada las fanfarronadas de su compañera.

A la hora de merendar, Darrell y Emily procuraron llenar los platos de los mayores (¡y los suyos propios!) de fresas con nata y proveer de helados en abundancia. ¡Después de la succulenta comida... aquella merienda! Además de las fresas y los helados, hubo acompañamiento de bollitos, pasteles y galletas surtidas. ¡*Torres de Malory* sabía hacer bien las cosas!

—¡Mamá! ¡Allí está Sally Hope otra vez! —exclamó Darrell, de pronto, vislumbrando la cabeza de Sally a lo lejos—. ¡Voy a buscarla en seguida! A propósito, todavía no me has dicho cómo fue lo de aquella confusión sobre la hermanita de Sally, la que dijiste que tenía y resulta que no tiene.

—¡Pero Darrell, querida! —farfulló su madre, sorprendida—. ¡Sally «tiene» una hermanita! ¡Yo la he visto!

—En fin —murmuró Darrell—, prescindiendo de lo que «diga» Sally, debo ir a buscarla y poner la cosa en claro.

Capítulo 15

UNA SÚBITA DISPUTA

Pero no era fácil encontrar a Sally. De nuevo, parecía habérsela tragado la tierra. Darrell se dijo que acaso Sally la esquivaba... pero no, ¿por qué había de hacerlo? No tenía ninguna razón para ello.

La buscó por todas partes. Nadie sabía dónde estaba. ¡Qué raro! Darrell volvió junto a sus padres, deseosa de no perder un instante más de su compañía, pues, a la sazón, el tiempo era precioso ya.

—«No» he conseguido dar con Sally —declaró, al reunirse con ellos—. Ha desaparecido como por encanto. De todos modos, le daré el recado de su madre. ¿De qué se trata, mamá?

—Verás, Darrell —empezó la señora Rivers—. Su madre parecía un poco preocupada por ella, porque es la primera vez que está en un pensionado y le escribe unas cartas muy cortas e insulsas. Yo mostré a la señora Hope algunas de «tus» cartas, querida. Sabía que no te importaría; y ella dijo que le gustaría que Sally le contara más cosas y le mandase cartas como las tuyas. Agregó que había perdido por completo el contacto con ella. Estaba realmente preocupada. Me rogó que hablase con Sally y le diese sus más cariñosos recuerdos, ya que, sintiéndolo mucho, no podía venir a verla en esta ocasión. Añadió que su hermanita le mandaba muchos besos y abrazos.

—Ya se lo diré —prometió Darrell, desconcertada—. Lo malo, mamá, es que Sally es una chica muy rara. Me aseguró que no tenía ninguna hermana y se puso furiosa conmigo porque le hablé de su madre. Me llamó entrometida y una serie de cosas más.

—A lo mejor bromeaba —disculpó la señora Rivers, también algo perpleja—. Sally «sabe» perfectamente que tiene una hermanita. Por eso precisamente fue enviada a un pensionado, para que la señora Hope pudiera consagrarse por completo a la nena, que está algo delicada. Es una monada de criatura.

—¿Y tú qué, no has perdido los estribos alguna vez desde que estás aquí? —inquirió el padre de Darrell, guiñando un ojo.

Darrell se ruborizó.

—Pues, sí... una vez —confesó—. A pesar de haber hecho el firme propósito de contenerme.

—¡Oh, Darrell! —exclamó su madre, ansiosamente—. Supongo que no abusaste de la situación.

Emily contestó por Darrell:

—¡Oh, sólo propinó una tanda de bofetadas a una chica insufrible en la piscina! ¡Con decirle que casi se oyeron en las torres!

—¡«Darrell»! —barbotó su madre, disgustada.

—Sí, ya sé —sonrió Darrell—. Me porté muy mal. No volveré a hacerlo. Ahora soy completamente dueña de mis actos.

—¡Todas «*ansiábamos*» dar una azotaina a esa muchacha! —declaró Emily—. ¡Así que, secretamente, nos alegramos!

Todos se rieron. Darrell se sentía tan feliz que estaba segura de no volver a perder los estribos en su vida. ¡Qué lástima que un día como aquél tuviera que acabarse!

Pero, inevitablemente, tocó a su fin. Hacia las seis, empezaron a ronronear los coches en la gran calzada, y las muchachas agitaron las manos desafortadamente. Los padres se alejaron sucesivamente y, poco a poco, se extinguieron las animadas conversaciones. Las muchachas se dirigieron a sus respectivas salas comunes a comentar los acontecimientos del día.

Al cabo de un rato, Darrell recordó el mensaje que tenía para Sally Hope, y echó una mirada circular a la sala. Sally no estaba allí. ¿Dónde estaría? ¡Siempre desaparecía!

—¿Dónde está Sally Hope? —preguntó Darrell.

—Creo que en una de las salas de música —contestó Katherine—. No me explico por qué le ha dado por estudiar hoy en que todo el mundo está libre de clases.

—Voy a buscarla —masculló Darrell, alejándose.

Al punto, se encaminó a las salas de música, donde las muchachas estudiaban diariamente. Eran pequeños aposentos en cuyo interior sólo había un piano, una banqueta y una silla.

De dos de ellos emergía música. Darrell atisbo por la puerta del primero. Irene estaba allí, tocando suavemente para sí, tan ensimismada que ni siquiera vio a su compañera. Darrell cerró la puerta, sonriendo. ¡No cabía duda de que Irene estaba loca por la música!

Darrell se dirigió al otro estudio ocupado. De allí llegaba también un rumor de música, más no las fascinadoras melodías de Irene, sino simples ejercicios de cinco dedos, repetidos una y otra vez con evidente dureza.

Darrell abrió la puerta. Sí, Sally estaba allí. Magnífico. Darrell entró y cerró la puerta. Sally se volvió, gruñendo con expresión ceñuda:

—Estoy estudiando. Vete.

—¿Qué te pasa? —preguntó Darrell, sintiéndose inmediatamente ofendida—. No tienes por qué tratarme de ese modo. Te he estado buscando todo el día. Mi madre deseaba hablarte.

Sally, de nuevo, displicente, reanudó el irritante ejercicio pianístico.

—¿«*Por qué*» no querías hablar con mi madre? —profirió Darrell, coléricamente—. Te traía un recado de la «*tuya*».

La otra no contestó. Sus dedos siguieron tecleando las notas del piano con más fuerza que nunca. Darrell perdió los estribos.

—¡Cesa de tocar! —vociferó—. ¡No seas tan horriblemente grosera! ¿Se puede saber qué te ocurre? ¿Qué es lo que te pasa?

Sally bajó el pedal derecho y apretó las teclas todavía con más ímpetu. Saltaba a la vista que no tenía intención de escuchar una palabra.

Acercándose más a ella, Darrell le gritó en tono airado al oído:

—¿Por qué dijiste que no tenías ninguna hermana? ¡La «*tienes*»! ¡Por eso precisamente tu madre no ha podido venir a verte! Pero te manda recuerdos y dice...

—¡Cállate! —rugió Sally, volviéndose del piano, con el rostro pálido y demudado—. ¡Déjame

en paz, grandísima entrometida! ¿Crees que porque has pasado todo el día con tu madre, mimada y contemplada, tienes derecho a venir a incordiarme? ¡Te detesto!

—¡Estás loca! —gritó Darrell, dando una palmada en el teclado, con el consiguiente estrépito de notas—. ¿Por qué no quieres escucharme? ¡Has de saber que, tanto si quieres como si no, «tendrás» que hacerlo! Tu madre dijo a la mía que desde tu ingreso en el colegio, sólo le escribes cartas insulsas... Además...

—¡«No quiero» escucharte! —chilló Sally con voz tomada.

Y levantándose de la banqueta, empujó a Darrell, ofuscada. Pero Darrell, que no podía soportar que la tocasen cuando estaba enojada, la rechazó con todas sus fuerzas, y como era fuerte, envió a Sally al otro lado de la habitación. Sally tropezó con la silla y fue a caer al otro lado de la misma. Luego, tras permanecer en el suelo unos instantes, se llevó la mano al estómago, diciendo:

—¡Huy, cómo me duele! ¡Eres una malvada, Darrell!

Darrell estaba aún temblando de ira cuando Sally salió, tambaleándose, del estudio. Pero casi inmediatamente, su cólera se disipó, dando paso a una profunda sensación de horror. ¿Cómo «podía» haberse portado de aquel modo tan espantoso? Sally era rara, estúpida y ofensiva, pero ella no tenía por qué hacer uso de la fuerza y lastimarla. Había vuelto a perder los estribos, después de alardear ante sus padres, tan sólo un poco antes, de que no volvería a dejarse llevar por el genio.

La muchacha se precipitó a la puerta, ávida de alcanzar a Sally y pedirle perdón. Pero Sally había desaparecido. Darrell volvió corriendo a la sala común. Sally tampoco estaba allí. La muchacha tomó asiento en una silla y se frotó la ardorosa frente. ¡Qué escena! ¡Qué vergüenza! ¿«Por qué» no conseguía dominar aquel genio?

—¿Qué sucede? —preguntó Alicia.

—Nada de particular —gruñó Darrell—. Sally se puso un poco impertinente... y yo perdí los estribos.

—¡Estúpida! —soltó Alicia—. ¿Y qué hiciste? ¿Golpearla? ¿Aplastarle las costillas?

Darrell no acertó a sonreír. Estaba a punto de llorar. ¡Qué mal había acabado aquel día tan hermoso! Después de tanta excitación y de aquella súbita riña, se sentía completamente exhausta. Por eso no le satisfizo ni pizca que se presentara Emily con su labor.

—Tus padres son muy simpáticos —elogió calurosamente Emily. Y empezó a charlar de un modo desusado en ella. ¡Qué fastidio! De buena gana, Darrell la hubiera hecho callar. En su lugar, Alicia lo habría hecho, pero, por lo regular, ella era más afable que la deslenguada Alicia y no le gustaba herir los sentimientos de los demás. Así, pues, soportó a Emily lo más pacientemente que pudo.

Mary-Lou la observaba desde el otro extremo de la estancia. Ansiaba reunirse con Emily y Darrell; pero Gwendoline procedía a contarle profusas historias de su familia y no tenía más remedio que escucharla. Por otra parte, también temía que Darrell le diese un chasco si se acercaba.

Darrell permanecía atenta por si se presentaba Sally en la sala común. En tal caso, tal vez podría llegarse a ella y pedirle disculpas. Al presente, se avergonzaba de sí misma y tenía la

certeza de que sólo se sosegaría si lograba hablar con Sally. ¡Dios santo! ¡Qué horrible tener aquel genio tan endemoniado que se encendía a la menor provocación! ¿«Qué» hacer con tan impulsivo carácter?

Sally no acudió a la sala común. A poco sonó la campana de la cena y las muchachas entraron en fila en el comedor. Darrell volvió a buscar a Sally con la mirada. Pero Sally tampoco estaba allí. ¡Qué raro!

La señorita Potts advirtió que había una silla vacía.

—¿Quién falta? —preguntó.

—Sally Hope —contestó Darrell—. La vi la última vez en uno de los estudios hace cosa de una hora.

—Pues ve a buscarla —ordenó la señorita Potts, impacientemente.

—El caso es que se marchó mientras yo estaba allí y no sé a dónde se dirigió —repuso Darrell.

—En este caso, prescindiremos de ella —decidió la señorita Potts—. Sin duda ha oído la campana.

Las muchachas comentaron los sucesos del día. Darrell era la única que permanecía silenciosa. ¿Dónde estaría Sally? ¿Se sentía muy trastornada? ¿Qué le pasaba a aquella muchacha? ¿Por qué tenía reacciones tan raras? ¿Le atormentaba algo?

Mary-Lou sorbió los mocos ruidosamente.

—¿No tienes pañuelo? —inquirió la señorita Potts—. Ya sabes que debes llevarlo, Mary-Lou. Ve a buscar uno inmediatamente. No puedo soportar ese ruido.

Mary-Lou salió del comedor y subió al dormitorio. Al ver que tardaba tanto en volver, la señorita Potts se impacientó.

—¿A dónde habrá ido a buscar Mary-Lou ese pañuelo? —masculló la profesora.

Por fin se oyó un raudo rumor de pasos y la puerta del comedor se abrió de par en par. Mary-Lou entró en la estancia con expresión más asustada que de costumbre.

—¡Señorita Potts, señorita Potts! ¡He encontrado a Sally en el dormitorio, echada en su cama y haciendo un ruido espantoso!

—¿Qué clase de ruido? —inquirió la señorita Potts levantándose precipitadamente.

—Una especie de gemido. Además, se sujeta los costados y no cesa de repetir: «¡Oh, mi estómago, mi estómago!» —explicó la pobre Mary-Lou, prorrumpiendo en llanto—. ¡Oh, señorita Potts! ¡Vaya usted a ver qué le pasa! ¡A mí no ha querido hablarme!

—Continuad cenando, muchachas —ordenó la señorita Potts, sucintamente—. Parece ser que Sally ha comido demasiadas fresas y helado. Katherine, ve a avisar al ama, por favor, y dile que suba a vuestro dormitorio.

Dicho esto, la profesora salió presurosamente de la estancia. Al punto, las muchachas empezaron a hablar y a formular a la asustada Mary-Lou toda clase de preguntas. Tan sólo Darrell permanecía callada, con una sensación de temor y frío en el corazón.

¡Ella había empujado a Sally y ésta había caído sobre la silla! Sin duda, se había lastimado el estómago a consecuencia del golpe. Darrell recordaba que había dicho: «¡Huy, cómo me duele!». No era una indigestión de fresas y helado. ¡Era una consecuencia del endiablado genio de Darrell!

Darrell no pudo acabar de cenar. A poco, salió del comedor para estar sola en la sala común. ¡Ojalá Sally no tuviera «*nada*»! Sólo unas contusiones. A buen seguro, la señorita Potts volvería y diría alegremente: «¡*No ha sido nada!*».

—¡Dios mío! —musitó la pobre Darrell—. ¡Ojalá sea así!

Y aguardó impacientemente el rumor de los rápidos pasos de la señorita Potts.

Capítulo 16

DARRELL PASA UN MAL RATO

Después de cenar, las muchachas irrumpieron en la sala común. Tenían media hora libre antes de acostarse. Estaban todas rendidas después de aquel agitado día, y a algunas se les cerraban los ojos de sueño.

Alicia miró a Darrell sorprendida.

—¿Por qué tan sombría? —inquirió.

—Estaba pensando en Sally —respondió Darrell—. Haciendo votos por qué no esté muy enferma.

—¿Y por qué ha de estarlo? —profirió Alicia—. Hay mucha gente que no puede comer fresas. En seguida le da dolor de tripa o le sale un sarpullido. Uno de mis hermanos es así.

Alicia pasó a explicar otra de sus innumerables anécdotas familiares y Darrell la escuchó con agrado. Alicia no contaba historias en alabanza propia, como Gwendoline, sino divertidas aventuras de ella y sus hermanos durante las vacaciones. Y a juzgar por lo que explicaba, las travesuras que ideaban bastaban para llenar de canas la cabellera de cualquier madre. No obstante, Darrell no había visto ninguna en la de la madre de Alicia durante la fiesta de aquel día.

Sonó la campana anunciadora de la hora de acostarse, correspondiente a las alumnas de primer y segundo curso. Todas recogieron sus cosas inmediatamente. El ama no solía mostrarse muy paciente con las remolonas en acostarse. ¡Había demasiadas muchachas para permitirse aquellos lujos!

La señorita Potts no había vuelto todavía. Darrell notó que, una vez más, se apoderaba de ella una profunda ansiedad. Tal vez el ama sabía algo. Le preguntaría por Sally en cuanto la viese deambular por los cuartos de baño.

Pero el ama no estaba por allí. En su lugar, apareció *Mademoiselle*, sonriendo plácidamente a todo el mundo, todavía de excelente humor debido al hermoso día de que había disfrutado.

—¡Hola, *Mademoiselle*! —exclamó Alicia, sorprendida—. ¿Dónde está el ama?

—Cuidando a Sally Hope —respondió *Mademoiselle*—. La pobrecilla se encuentra muy mal.

A Darrell le dio un vuelco el corazón.

—¿Así... está en la enfermería? —preguntó.

Las muchachas que enfermaban eran trasladadas a la enfermería consistente en una serie de hermosas habitaciones situadas sobre las de la directora. La enfermería disponía de un ama propia, una enfermera risueña y severa a un tiempo, que era extremadamente competente no sólo para atender toda clase de accidentes o enfermedades propias de un colegio, sino por tratar con toda suerte de muchachas.

—Sí, está en la enfermería, y muy enferma, por cierto —confirmó *Mademoiselle*.

Luego, haciendo honor a su afición a exagerar, añadió una o dos frases que despojaron a

Darrell del poco ánimo que le quedaba.

—Es el pobre «*estomagó*», mejor dicho, estómago, «*¿n'est-ce pas?*» Le duele mucho.

—¿Y... y saben ya la causa de ese dolor, *Mademoiselle*? —inquirió Darrell—. ¿Acaso Sally se ha lastimado?

Mademoiselle no estaba enterada.

—Todo cuanto sé es que no han sido las fresas y el helado —declaró—, porque Sally no tomó ni una cosa ni otra. Así lo ha dicho el ama.

Eso corroboraba, pues, que sin duda la causa de la indisposición se debía al brusco empujón de Darrell y a la caída consiguiente. ¡Pobre Darrell! Tan angustiada se sentía, que su abatido semblante llamó la atención de la perspicaz *Mademoiselle* y la indujo a pensar que había otra muchacha a punto de enfermar.

—¿Te encuentras bien, querida Darrell? —inquirió la profesora con voz afable.

—¡Oh, sí, gracias! —comentó Darrell, sobresaltada—. Sólo..., sólo estoy un poco cansada.

Darrell apenas pudo dormir aquella noche, realmente horrorizada por lo que había sucedido. ¿Cómo era posible que hubiese perdido el control de sí misma de aquel modo, gritando a Sally como un energúmeno y empujando a la muchacha con semejante brutalidad? ¡Sí, era una malvada! ¡Cierto que Sally era rara y fastidiosa, pero eso no justificaba tal conducta!

A la sazón, Sally estaba enferma y dolorida. ¿Habría dicho algo de lo ocurrido? Darrell sintió un escalofrío sólo de pensar en lo que podría hacer la señorita Grayling si se enteraba.

«*Entonces se enteraría también de los golpes que propiné a Gwendoline, y mandaría a por mí para afejar mi conducta* —pensó Darrell—. ¡Oh, Sally, Sally, procura estar mejor mañana! *Entonces te diré lo mucho que siento lo ocurrido y procuraré compensarte en lo posible*».

Por fin se quedó dormida, pero estaba muy cansada cuando sonó la campana matutina. Su primer pensamiento fuera para Sally. Al ver la vacía cama de la muchacha, tuvo un estremecimiento. ¡Cuánto deseaba que aquella noche Sally pudiera dormir de nuevo allí!

Bajó al vestíbulo antes que nadie. Allí vio a la señorita Potts y se acercó a preguntarle:

—Por favor, ¿cómo está Sally?

—Temo que no muy bien —respondió la señorita Potts, admirada de la solicitud de Darrell—. El doctor aún no sabe exactamente lo que tiene. Pero lo cierto es que parece enferma de cuidado, la pobrecilla. Además, ¡ha sido tan súbito! Ayer parecía encontrarse perfectamente.

Darrell se alejó, cuitada. Sí, Sally había estado perfectamente hasta caer sobre aquella silla. ¡«*Ella*» era la única que sabía lo sucedido! Saltaba a la vista que Sally no había contado a nadie lo de la pelea.

Era domingo. Darrell rezó mucho por Sally todo el tiempo que estuvo en la iglesia. Se sentía culpable y avergonzada. Además, estaba muy asustada. Algo le decía que debía informar a la señorita Potts o al ama, de la pelea y de su empujón a la pobre Sally, pero el mismo temor le impedía hablar.

¡El mismo temor! Darrell era tan valiente habitualmente que aquel miedo se le antojaba algo insólito y desusado. Más lo cierto era que «*tenía*» miedo. ¿Y si Sally estaba «*grave*»? ¿Y si no se curaba? ¡Todo habría sido culpa de aquel arranque de genio!

No podía, no podía decírselo a nadie so pena de que la considerasen una malvada, con el consiguiente descrédito para sus padres. La gente diría: «*Ésa chica fue expulsada de Torres de Malory por su genio. Por culpa suya se puso a morir una muchacha*».

Sería horrible ser expulsada de *Torres de Malory* por mala conducta. Nunca lo superaría. Sin embargo, estaba segura de que la señorita Grayling no le permitiría pasar un solo día más en el colegio si se enteraba de que ella era la causante de la indisposición de Sally.

«¡No puedo decírselo a nadie, no puedo! —pensó la pobre Darrell—. *Temo informar a la gente por lo que pudiera sucederme y por el disgusto que daría a papá y mamá. Soy una cobarde, pero no me atrevo a decirlo. ¡Nunca supuse que era cobarde!*».

Súbitamente, se acordó de Mary-Lou, a quien tantas veces había tildado de cobarde. ¡Pobre Mary-Lou! ¡Ahora sentía la «sensación» que se experimentaba cuando se temía algo! Era horrible. Resultaba imposible zafarse de ella. ¿Cómo había sido «*capaz de burlarse de Mary-Lou, de vituperarla*»? ¡Bastante pena era tener miedo de algo para, encima soportar las mofas de los demás!

Darrell se sentía muy triste y humilde. ¡Pensar que había empezado el trimestre tan optimista e ilusionada! Por entonces, estaba segura de ser la primera de clase, de brillar en todo y ser el orgullo de sus padres, de encontrar una amiga de todas las prendas. Y no había conseguido ninguna de estas cosas.

Figuraba en uno de los últimos puestos de la clase. No había encontrado una amiga. Se había portado detestablemente con la pequeña Mary-Lou, que tan ávida y tímidamente le había ofrecido su amistad, y ahora había cometido un acto que ella consideraba reprobable y no se atrevía a confesarlo.

Total, que aquel día Darrell estuvo tan decaída que nadie consiguió animarla. La señorita Potts, temerosa de que estuviese incubando una enfermedad, no le quitó los ojos de encima. Mary-Lou estaba preocupada, y anduvo rondando constantemente a su alrededor, con la esperanza de poder ayudarla. Y por una vez en la vida, Darrell estuvo amable con ella y no la despidió a cajas destempladas. Al contrario, se sintió aliviada y agradecida por la simpatía y la compasión de la chiquilla.

Aquel día visitaron a Sally dos médicos. La noticia corrió por toda la *Torre Norte*.

—¡Está «*gravísima*»! Pero como no es nada infeccioso, no nos han puesto en cuarentena. ¡Pobre Sally! Tessie dice que esta mañana ha tenido que ir a ver a la directora y he oído gemir a Sally desde abajo.

Darrell hubiera dado cualquier cosa por tener al lado a su madre. Pero, pese a haber sido informada, no acertaba a recordar adonde habían ido sus padres. Lo había olvidado con la excitación del día anterior. Instalada en una resguardada roca junto al mar, procedió a reflexionar.

No podía seguir en aquel plan, ya que sería peor permanecer en *Torres de Malory* con la sensación de ser una cobarde, que marcharse sabiendo que había tenido la valentía de confesar. Pero ¿a quién se lo diría?

«*Lo mejor será que escriba a la madre de Sally —pensó—. Es lo más indicado, dado el parentesco que las une. Le contaré lo de la disputa y cómo sucedió la cosa. Además, tendré que*

decirle que Sally niega tener una hermana. Eso es muy raro, pero tal vez la señora Hope podrá hacer lo que guste, decírselo a la directora, por ejemplo. ¡Dios mío! Pero me sentiré mejor cuando esté hecho».

Y alejándose de la orilla del mar, volvió a la *Torre Norte*. Sacó su papel de cartas y empezó a escribir. No era una carta fácil de redactar, pero Darrell tenía facilidad de pluma y expuso a la señora Hope todo lo sucedido: la disputa, el motivo de la misma, la negativa de Sally a hablar con la señora Rivers y el aire de tristeza de la muchacha. ¡Estaba sorprendidísima de lo mucho que parecía saber sobre la pobre Sally! En cuanto terminó de escribir la carta, se sintió mucho mejor. Sin releerla siquiera, pegó un sello en el sobre y la echó en seguida al correo. ¡La señora Hope la recibiría a la mañana siguiente!

A poco, circuló otro rumor por la *Torre Norte*.

—¡Sally se ha agravado! ¡Va a venir a verla un especialista! ¡La directora ha telegrafiado a su familia! ¡Sus padres vendrán mañana!

Darrell no pudo probar bocado en todo el día. Fue el día más largo de su vida. Mary-Lou, asustada por el abatido semblante de la muchacha, no se apartó de su lado, y Darrell la acogió con agrado y experimentó vivo consuelo. Mary-Lou no tenía idea de la causa de su tristeza, más no se atrevió a interpellarla. Olvidó por completo la infinidad de mofas e improperios de que Darrell la había hecho objeto por su cobardía y debilidad; su único deseo era ayudarla.

Las otras muchachas apenas se dieron cuenta del estado de su compañera. Fueron de paseo, se bañaron, tomaron el sol y, en conjunto, pasaron un buen domingo. La señorita Potts seguía observando a Darrell. ¿«*Qué*» le sucedería? ¿Sería la enfermedad de Sally el motivo de su preocupación? No, imposible. Nunca había tenido amistad con Sally. Ni ella, ni nadie.

Por fin llegó la hora de acostarse. El ama nada sabía de Sally, salvo que no había mejorado. Naturalmente, nadie podía ir a verla. ¡Menuda sorpresa se llevó el ama cuando Darrell le suplicó que le permitiese ir a verla unos instantes!

Darrell permaneció despierta, pensando. Las alumnas de tercero y cuarto curso subieron a acostarse. Luego hicieron lo propio las de quinto y finalmente, las de sexto. Más tarde, se retiraron también el ama, *Mademoiselle* y la señorita Potts, y Darrell oyó el rumor de los interruptores. Era tarde. Fuera, estaba oscuro. Todo el mundo dormía ya, excepto Darrell.

«*¡No puedo pasar la noche aquí pensando!* —se dijo Darrell, con desesperación, apartando el embozo—. *¡Me volveré loca! ¡Es preferible que me levante y salga al patio! Allí aspiraré el perfume de las rosas, me refrescaré un poco y tal vez podré conciliar el sueño».*

Y tras ponerse el batín, salió quedamente de la habitación. Nadie se movió. La muchacha descendió la amplia escalera y salió al patio. Allí, en el silencio de la noche, percibió el ronquido de un motor, procedente del repecho de *Torres de Malory*. El coche se detuvo ante la puerta del colegio. ¿Quién sería, a aquellas tan avanzadas horas de la noche?

Darrell levantó los ojos a las ventanas de la enfermería. A través de ellas, se veía luz. Sin duda, Sally no dormía. De lo contrario, las luces habrían estado apagadas. ¿Qué pasaba ahora? ¡Oh, Dios! ¡Hubiera dado cualquier cosa por saberlo!

Darrell se deslizó por el arco que unía el patio a la calzada. Sí, allí había un coche estacionado,

una oscura forma vacía y silenciosa. Quienquiera que hubiese llegado en él, había entrado en *Torres de Malory*. Darrell se dirigió a la puerta que daba acceso al edificio donde residía la directora. ¡Alguien la había dejado abierta! La muchacha la empujó y entró dentro. ¡Por fin iba a averiguar qué sucedía!

Capítulo 17

UNA MARAVILLOSA SORPRESA

En el vestíbulo había una pequeña lámpara encendida. Las habitaciones de la directora estaban a oscuras. Sin duda, la señorita Grayling se hallaba arriba, en la enfermería. Darrell subió la escalera. En el piso todas las luces estaban encendidas y reinaba gran agitación. ¿Qué le estaba sucediendo a la pobre Sally?

Darrell no acertaba a comprender lo que ocurría. Sin duda, Sally estaba muy enferma. De lo contrario, nadie se hubiera ocupado tanto de ella a aquellas horas de la noche. Darrell notaba un peso en el corazón. No se atrevía a avanzar más por temor a ser descubierta. Pero intuía que «debía» quedarse donde estaba. ¡Debía enterarse de «algo»! No podía volver a acostarse sin averiguar qué sucedía. ¡Con qué gusto hubiera ayudado a los mayores!

Se instaló en la repisa de una ventana y, tras envolverse en las recias cortinas, aguzó los oídos para captar alguna frase de las personas que trajinaban de una habitación a otra de la enfermería. ¡Aquella era la voz del ama, del ama de la *Torre Norte*! ¡Y aquella la de la otra ama, muy seca y tajante, dando una orden! Y aquella una voz de hombre. Darrell contuvo el aliento y escuchó las misteriosas voces y rumores, más no consiguió oír una palabra.

¿Qué hubieran dicho aquellas personas de haber sabido que ella, la traviesa e irascible Darrell, era la causante de todo aquel trastorno? Darrell se cubrió la cabeza con la cortina y empapó la gruesa seda de grandes lágrimas.

Permaneció allí una media hora. Luego, de improviso, sin proponérselo, se quedó profundamente dormida. Envuelta en las recias cortinas, durmió, rendida de cansancio.

Nunca supo el tiempo que estuvo dormida. La despertaron unos ruidos. Al oírlos, se incorporó, preguntándose dónde se hallaba. Entonces, recordó. Sí, estaba cerca de la enfermería. Había acudido allí para averiguar qué le pasaba a Sally.

De nuevo la invadieron el miedo y la ansiedad. Se sentía sola y desamparada, con grandes deseos de estar junto a su madre. De pronto, oyó voces que se acercaban y se arrebujó más en las cortinas. ¿Quién sería? ¿Médicos? ¿Enfermeras? ¿La propia directora?

Súbitamente, el corazón de Darrell casi se paralizó. Alguien pasaba junto a la repisa de la ventana donde estaba sentada, ¡alguien cuya voz ella conocía y amaba!

—Se pondrá bien —decía la voz—. ¡Menos mal que hemos llegado a tiempo! Ahora...

Darrell se quedó petrificada al oír aquella voz familiar. ¡No podía ser! ¡Era imposible! ¡No podía ser «la voz» de su propio padre!

Súbitamente, recobró la facultad de moverse y, apartando las cortinas, atisbo entre ellas. Al punto, vio a su padre acompañado del ama, hablando gravemente. ¡Sí, en efecto, era su padre!

—¡«Papá»! —chilló Darrell, olvidándolo todo salvo el hecho de que allí, andando por el pasillo a poca distancia de ella, estaba su padre, a quien suponía a muchas millas de distancia—.

¡Papá! ¡Oh, papá! ¡Detente un momento, soy Darrell!

Su padre se detuvo en seco, cual fulminado por un balazo. ¡No podía dar crédito a sus oídos! Darrell saltó de la repisa de la ventana y se abalanzó hacia él como una centella. Luego, le abrazó y se echó a llorar.

—¿Qué te pasa, querida? —inquirió su padre, pasmado—. ¿Qué haces aquí?

En aquel momento, apareció la señorita Grayling, con expresión sorprendida y reprobatoria.

—¡Darrell! ¿Qué haces aquí, muchacha? Por favor, señor Rivers, tenga la bondad de acompañarme a mi despacho de abajo.

Con Darrell en brazos, el señor Rivers siguió a la señorita Grayling por la escalera. Cerraba la marcha el ama, cloqueando por lo bajo, como una gallina asombrada. Darrell abrazó a su padre cual si no fuera a soltarlo. ¿Estaría soñando? ¿Era posible que aquel señor fuese realmente su padre, a aquellas horas de la noche? Darrell no se explicaba su presencia allí, pero el caso era que lo tenía a su lado.

El señor Rivers tomó asiento en un gran sillón, con Darrell en sus rodillas. El ama desapareció. Se quedó únicamente la señorita Grayling, mirando, perpleja, a Darrell y a su padre. Había algo en todo aquello que escapaba a su percepción.

—Llora cuanto quieras, pero luego cuéntame lo que hace al caso —instó el padre de Darrell—. Justamente te vimos ayer, ¡y estabas tan contenta! ¡No te preocupes, estoy aquí y lo arreglaré todo!

—¡No podrás! —gimió Darrell—. ¡He sido muy mala! ¡Otra vez he tenido un arrebato de genio! ¡Oh, papá! ¡La culpa de que Sally esté tan enferma es toda «mía»!

—Pero, querida, ¿de qué «estás» hablando? —preguntó su padre, desconcertado.

Darrell reclinó la cabeza en el pecho de su padre con una sensación de alivio. Tanto su padre como su madre hallaban siempre una solución para todo. ¡Qué suerte que su padre, estuviese allí aquella noche!

Darrell irguió la cabeza, preguntando, sorprendida:

—Pero, papá, ¿cómo estás aquí? ¡Yo te suponía a muchas millas de distancia!

—Y, en realidad, lo estaba —declaró el señor Rivers—. Pero me telefoneó la señorita Grayling diciendo que la pequeña Sally Hope tenía apendicitis y que, como el cirujano del colegio estaba enfermo, me rogaba que acudiera yo a practicar la operación. Naturalmente, yo asentí. Tomé el coche, vine acá, lo encontré todo a punto, efectué la pequeña operación, y aquí estoy. Sally estará repuesta y en condiciones de reanudar las clases tras un par de semanas.

Darrell notó que se le aligeraba el corazón. Tuvo la sensación de liberarse del peso que la oprimía. ¡Un ataque de apendicitis podía tenerlo «cualquiera»! ¡Su padre constantemente operaba de apendicitis!

—¡Papá! —exclamó ansiosamente—. ¿La apendicitis no puede ser causada por un empujón o una caída, verdad?

—¡No, por Dios! —repuso su padre—. No cabe duda que Sally llevaba tiempo incubando este mal, acaso aun antes de empezar el trimestre. ¿Pero a qué viene esa pregunta tuya?

La muchacha procedió a contarle todo sin faltar detalle; la grosería de Sally y su extraña

actitud, su enfado, el violento empujón, la caída..., ¡todo!

—Y yo no vivía de preocupación —concluyó Darrell con un sollozo—. Me dije que si la señorita Grayling se enteraba, me expulsaría de *Torres de Malory*, y tú y mamá os avergonzaríais de mí. Y como no podía dormir, me levanté y...

—¡Qué tontuela de hija! —exclamó su padre, besándola en la cabeza—. Tal vez lo que tendremos que hacer es sacarte nosotros de *Torres de Malory* y llevarte a casa, si sigues pensando esas tonterías, Darrell.

—¡Oh, no! —suplicó Darrell—. ¡No hagáis eso! ¡Me encanta estar aquí! ¡Oh, papá! ¡Si «supieras» qué distinta me siento ahora que sé que Sally estaba enferma y que su indisposición no tiene nada que ver conmigo! Lo malo es que... escribí a la señora Hope contándoselo todo. ¿Qué «pensará» de mí ahora?

Darrell no tuvo más remedio que explicar lo de la carta y su contenido. El señor Rivers y la señorita Grayling se quedaron desconcertados al oír que Sally negaba tener una hermanita.

—Aquí hay algo raro que conviene dilucidar —comentó el señor Rivers, dirigiéndose a la señorita Grayling—. Eso podría impedir el rápido restablecimiento de la muchacha. ¿Cuándo dijo usted que iban a venir el señor y la señora Hope?

—Mañana —respondió la señorita Grayling—. Yo misma les pondré en antecedentes. Y, ahora, señor Rivers, ¿quiere usted dormir aquí esta noche? Es muy tarde para salir de viaje.

—¡Oh, no! —replicó el señor Rivers—. Estoy acostumbrado a conducir a altas horas de la noche. Prefiero volver, gracias. Y Darrell debe acostarse. Ahora no te preocupes más, querida. Todo se arreglará. Tu pequeño empujón no hizo ningún daño a Sally, aunque probablemente acentuó su dolor de estómago. Me figuro que todo el día se sintió indispuesta, la pobrecilla.

—El empujón que le di no fue pequeño, sino grande —rectificó Darrell.

—Me entristece pensar que has heredado mi mal genio —suspiró su padre.

—No te preocupes —murmuró Darrell, echándole los brazos al cuello y abrazándole con fuerza—. Lo superaré. Pronto haré igual que tú, y lo reservaré para cosas que valgan verdaderamente la pena.

—Bien, buenas noches, querida —dijo su padre, besándola—. Ve a ver a Sally, en cuanto te lo permitan. Apuesto a que entonces te sentirás mejor.

—¡Y ahora también! —profirió Darrell, deslizándose de sus rodillas.

Tenía los ojos enrojecidos, pero sus labios sonreían. ¡Qué diferente se sentía ahora! Toda su preocupación se había desvanecido.

Su padre se perdió en la oscuridad, al volante de su coche. La señorita Grayling llevó a Darrell a la cama y la arropó solícitamente.

Darrell se durmió antes de que la directora saliese de la estancia.

En la enfermería, Sally dormía a su vez, libre de dolor. El ama la velaba, satisfecha de oír su acompasada y regular respiración. ¡Qué gran cirujano era el padre de Darrell! ¡Qué destreza y rapidez las suyas! ¡Sólo había empleado trece minutos en la operación! El ama se dijo que había sido una suerte poder disponer de él.

A la mañana siguiente amaneció un día claro y despejado. Darrell se despertó al oír la

campana, algo fastidiada pero nuevamente feliz. Por espacio de unos instantes, permaneció tendida, pensando. Su corazón rebosaba de agradecimiento. Sally se pondría bien. Así había dicho su padre. Y también había dicho que ella no tenía nada que ver con su enfermedad. Toda su inquietud había sido en vano. Mejor dicho, no del todo en vano. Había causado profunda impresión en ella.

Ya no le resultaría tan difícil dominar el genio la próxima vez. ¡Había sido una buena lección!

«*Quisiera poder hacer algo para mostrar mi gratitud por el giro que han tomado las cosas — pensó Darrell, saltando de la cama—. Pero no puedo hacer nada. ¿Cómo estará Sally hoy?».*

Sally había mejorado mucho. Cuando se enteró de que venían a verla sus padres, apenas pudo dar crédito a sus oídos.

—¿De veras va a venir «*mamá*»? —inquirió una y otra vez—. ¿Está segura de que vendrá «*mamá*»? ¡Pero si no pudo venir el sábado! ¿De veras vendrá?

La señorita Grayling recibió al señor y a la señora Hope en su espacioso salón. El señor Hope era un hombre alto y corpulento. Su mirada reflejaba honda ansiedad. La señora Hope era una mujer de aspecto delicado y semblante dulce.

—Sally aún no está en condiciones de verles —explicó la señorita Grayling—. Me satisface muchísimo poder decirles que la operación fue maravillosamente y su hija se encuentra muy bien. Dio la casualidad que el doctor Rivers, el cirujano, se hospedaba en un hotel cerca de aquí, y pudimos avisarle. Es el padre de una de nuestras alumnas, Darrell Rivers.

—¡Ah... Darrell Rivers! —exclamó la señora Hope, sacando una carta del interior de su bolso—. Hoy he recibido una carta «*rarísima*» de ella, señorita Grayling. Sírvase leerla. Al parecer, esa chiquilla se figura ser la causa de la enfermedad de Sally, aunque, en realidad, no hay tal cosa. Pero me preocupan mucho otros detalles que cuenta. Quisiera hablar con Darrell antes de ver a Sally. ¿Tiene usted inconveniente, señorita Grayling?

La directora leyó la carta. Luego, con expresión grave, murmuró:

—Aquí «*hay*» algo realmente desconcertante. ¿Por qué se empeña Sally en asegurar que no tiene ninguna hermana, si sabe que la tiene?

—Lo ignoro —respondió la señora Hope, tristemente—. Pero Sally se ha portado de un modo muy raro desde que nació Dafne. Nunca la ha mirado ni dicho nada, y, una vez, pensando que yo no la veía, la pellizcó cruelmente. Y el caso es que Sally no es una niña cruel.

—¿Tiene usted otros hijos? —dijo la señorita Grayling.

—No —contestó la señora Hope, meneando la cabeza, Sally tenía doce años cuando nació Dafne. Durante todo ese tiempo fue hija única. Creí que le encantaría tener una hermanita. Nunca hemos mimado a Sally, ¿sabe usted?, pero hasta que vino Dafne, jamás tuvo que compartir nuestro cariño con nadie. A veces, me he preguntado si no estará, en fin, si no estará celosa.

—¡Pues claro que sí! —soltó la señorita Grayling—. Me figuro, señora Hope, que Sally estará muy encariñada con usted y sintió tener que compartir su afecto con la pequeña. Probablemente, prefirió no decírselo a usted para que no la juzgara mal.

—¡Jamás me ha dicho una palabra! —farfulló la señora Hope—. Se limitó a cambiar. Perdió su habitual alegría y no volvió a acercarse a nosotros para demostrarnos su afecto. Además,

parecía detestar a la pequeña. Pensé que le pasaría, más no fue así. Y entonces mi esposo y yo decidimos que Sally ingresara en un pensionado, tanto más cuanto que por entonces yo no estaba muy bien de salud y no podía atender a las dos. Lo hicimos en bien de todos.

—Sí, lo comprendo —murmuró la señorita Grayling, pensativa—. Pero, a su manera, Sally habrá pensado que ustedes ya no la querían y que la mandaban fuera para dejar campo libre a la nena, que por entonces, acaparaba ya toda su atención. Mire usted, señora Hope, estos celos de un hermanito o una hermanita menores son muy corrientes y naturales, y no debe usted reprochar a Sally por sentirlos. Tampoco debe dejar que se intensifiquen. Si consigue usted convencer a Sally de que su afecto por ella no ha variado, todo se arreglará. Y ahora, ¿qué le parece si llamásemos a Darrell?

Darrell acudió muy nerviosa, temiendo la reacción de la señora Hope. Pero pronto se sosegó y contó todo cuanto sabía.

La señorita Grayling dijo, volviéndose a la señora Hope:

—Creo que sería una buena idea que dejásemos entrar a Darrell unos instantes en la habitación de Sally antes de hacerlo ustedes. Darrell la informará de que están ustedes aquí y añadirá que han dejado la nena en casa para acudir lo antes posible a verla a ella. ¿Lo harás, Darrell?

Darrell asintió en silencio. Súbitamente, comprendía todo el malestar de Sally. ¡Estaba celosa de su hermanita! Tan celosa que ni siquiera quería admitir su existencia. ¡Pobre Sally! ¡Qué rarezas! ¡Con lo hermoso que era tener una hermana! ¡Sally no sabía cuan afortunada era!

—Sí, se lo diré —asintió, ávidamente—. Además, cuando ustedes se marchen, procuraré hacer lo que pueda para convencer a Sally de que es maravilloso tener una hermana. ¡Ansiaba hacer «algo»... y ahora podré hacerlo!

Capítulo 18

DARRELL Y SALLY

Darrell subió a la enfermería. Llevaba consigo una pequeña nota para el ama de parte de la señorita Grayling, con el siguiente texto: «*Sírvase autorizar a Darrell a ver un momento a Sally antes de que suba su madre*».

El ama, sorprendida y no muy complacida, abrió la puerta a la muchacha. Ésta entró de puntillas. Era una acogedora habitación con tres camas y una hermosa vista desde los grandes ventanales. Todo estaba blanco como la nieve e impecablemente limpio. En la cama del extremo yacía Sally, pálida, más con la mirada brillante.

—Hola, Sally —saludó Darrell—. He estado muy preocupada por ti. ¿Te encuentras mejor? ¿Te alivió la cura de mi padre?

—Sí —asintió Sally—. Es muy simpático. Estuvo amabilísimo conmigo. ¡Me encontré tan mal el sábado, Darrell! Pero no me pareció bien decirlo a nadie. No quise estropear el día.

—Eres muy valiente —ensalzó Darrell—. Oye... ¡Adivina quién ha venido a verte!

—¿Mi madre? —aventuró Sally, con ojos centelleantes.

—Sí —asintió Darrell—. Y también tu padre. Además, ¿sabes una cosa, Sally? Tu madre ha dejado en casa a tu hermanita para poder acudir más rápidamente a verte. ¿Te das cuenta? Sin duda te quiere muchísimo, porque por lo regular las madres se resisten a separarse de sus bebés cuando éstos son muy chiquitines.

Sally parecía haber olvidado que siempre había negado la existencia de su hermana. Y, tomando la mano de Darrell, susurró:

—¿No ha traído a la pequeña? ¿La ha dejado en casa? ¿Estás segura?

—Sí —afirmó Darrell—. ¡Pobrecilla, qué sola debe sentirse! Yo también tengo una hermanita. Es maravilloso tener una hermana. La mía me respeta mucho y me admira profundamente. Espero que la tuya hará lo mismo.

Las ideas de Sally sobre las hermanas sufrieron un brusco cambio. De pronto, las cosas se pusieron en su lugar.

—¿Vendrás a verme cuando puedas, verdad? —preguntó la muchacha, sonriendo a Darrell con agradecimiento—. ¿Y no dirás nada de... de... mi estupidez a los demás, eh?

—Naturalmente que no —prometió Darrell—. Además, no fue una estupidez, sino un simple error por tu parte. Con sólo dar una mirada a tu madre, se comprende que es una «buena» madre, de las que siempre quieren a los hijos, por muchos que tengan, o por traviesos que éstos sean. Creo sinceramente que tu madre es un sol.

—Lo mismo opino yo —suspiró Sally—. Siento haber sido tan bruta contigo, Darrell.

—Y yo no sabes «cuánto» siento haberte empujado de aquel modo en aquellos momentos en que te dolía tanto el estómago —se disculpó Darrell.

—¿Me empujaste? —murmuró Sally—. No me acuerdo. Mira, ¿qué dice el ama?

La mujer estaba haciendo señas a Darrell para que saliera. El señor y la señora Hope aguardaban en el pasillo. Tras despedirse precipitadamente, Darrell salió de puntillas. Entonces, entraron el señor y la señora Hope, y Darrell oyó el jubiloso grito de alegría de Sally al ver a su madre.

Darrell bajó la escalera, saltando de alegría, y atravesó el vestíbulo en dirección al patio. Una vez allí, se encaminó al edificio donde estaba su clase. En aquel momento tocaba la campana anunciando el final de una lección.

Darrell se deslizó en el aula del primer grado. Las muchachas la miraron curiosamente.

—¿Dónde «has» estado? ¡Has tardado mucho! Te has ahorrado la mitad de las matemáticas, so pillina.

—He ido a ver a Sally —declaró Darrell, con aire importante.

—¡Mentirosa! —soltó Irene—. ¡Si todavía no dejan que la vea nadie!

—¡Pues a mí, «sí»! Y me ha dicho que mi padre la ha curado y la ha aliviado mucho —agregó Darrell, orgullosa de tener aquel padre—. La operó anoche. Y yo lo vi.

—Te lo estás inventando todo, Darrell Rivers —intervino Alicia.

—No, te aseguro que no —repuso Darrell—. Todo es cierto. Y también he visto al señor y la señora Hope. En este momento están con Sally. Se quedarán esta noche con la señorita Grayling y mañana regresarán a su casa.

—¿Y nuestra querida Sally ha averiguado ya si tiene o no una hermanita? —ironizó Gwendoline, arrastrando las palabras.

Darrell notó que la invadía una oleada de ira, pero, dominándose al punto, espetó:

—Eso no es asunto tuyo. Lástima que «no» tengas seis hermanas mayores. A buen seguro te hubieran metido en cintura y habrías sido más persona. Aunque no creo que mucho más que ahora.

—¡Chiss! —exclamó la muchacha que guardaba la puerta—. ¡Viene *Mademoiselle*!

Aquella mañana, *Mademoiselle* estaba algo enojada debido a que las alumnas de tercer curso se habían mostrado muy torpes durante la clase. Pero a Darrell le tenía sin cuidado el estado de ánimo de *Mademoiselle* o de la señorita Potts aquel día. Su pensamiento no se apartaba de Sally y de su inmensa felicidad. ¿Cómo estaría ahora la enfermita?

Sally y sus padres estaban pasando un buen rato juntos.

El curioso muro que Sally había alzado entre ella y su madre se había venido abajo a causa de la súbita desaparición de sus celos. Su madre había dejado en casa a la nena para ir a verla a «ella»... y Sally no cabía en sí de gozo. No era que desease que Dafne fuera confiada a personas extrañas, pero el hecho demostraba que su madre la quería y recordaba. ¡Vaya con la celosilla de Sally!

—Volveremos a verte mañana, antes de regresar a casa —le dijo su madre, cuando el ama les anunció el final de la visita—. Y si «quieres», me quedaré otro día y papá se irá solo.

—No —suspiró Sally—. La nena no puede quedarse tanto tiempo sola. Además, me consta que a papá le gustaría más que le acompañases. Ya estoy mejor, mamá. Pronto estaré bien... y me sentiré muy diferente.

La señora Hope tuvo entonces la certeza de que Sally volvía a ser la muchacha comprensiva y generosa de siempre, y se alegró por ello. ¡Qué buena idea había tenido Darrell Rivers de escribirle! Al presente, todo estaba aclarado.

Darrell fue autorizada a visitar a Sally dos veces al día, mucho antes de que lo fueran las demás. Sally la acogía con simpatía. Había cambiado mucho. Ya no era la persona reservada y relamida de antaño, sino una muchacha vehemente y cordial, siempre dispuesta a hablar de su hogar, sus perros y su jardín, a preguntar a Darrell por las clases y los deportes, e incluso si *Mademoiselle* estaba de buen o mal humor, si la señorita Potts hacía comentarios, y si Gwendoline y Mary-Lou seguían siendo amigas.

—¿Sabes, Sally? —confesó Darrell una vez—. Cuando pasé aquel pánico creyendo que te había lastimado y que me iban a expulsar del colegio, comprendí de pronto lo desagradable que debe ser tener el carácter de Mary-Lou, siempre asustada de todo. Y sentí haberla atormentado tanto.

—Seamos amables con ella —propuso Sally, que, con las cordiales visitas diarias de Darrell y la sensación de recuperar rápidamente las fuerzas, se sentía capaz de ser amable incluso con Gwendoline—. Dile que me gustaría que viniese a verme.

Mary-Lou se quedó abrumada de satisfacción al recibir aquel mensaje. ¡Qué honor que Sally la eligiese a «ella» entre sus primeras visitantes! Provista de una gran botella de refresco de grosella, la chiquilla se dirigió a la enfermería. Sally estaba algo pálida, pero muy cambiada. Tenía los ojos brillantes y sonreía. Además, acogió a Mary-Lou con cortesía.

Ambas conversaron y Mary-Lou se expansionó un poco. Ya no temía a Sally y le contó muchas cosas. De pronto, dijo, algo preocupada:

—¿Sabes, Sally? Quisiera que Gwendoline no estuviese todo el día criticando a Darrell. Intenta hacerme creer que Darrell me está gastando bromas de mal gusto. O bien Alicia. Ayer alguien vertió mi tintero sobre mis atlas, y Gwendoline dijo que estaba segura que Darrell era la responsable porque se fijó que llevaba los dedos manchados de tinta aquel día.

—¡Cómo si Darrell fuese capaz de semejante «cosa»! —protestó Sally, indignada—. ¿Cómo es posible que escuches a Gwendoline cuando dice esas mentiras?

—No tengo más remedio —balbuceó Mary-Lou, poniendo de nuevo cara de asustada—. Repite que soy su amiga, y que puede decirme lo que le plazca.

—¿De veras «eres» amiga suya? —inquirió Sally.

—No —replicó Mary-Lou—. En realidad, no. Pero no me gusta decirle que no quiero serlo. No me llames cobarde. Ya sé que lo soy. Pero no puedo evitarlo.

—Se acabó el tiempo, Mary-Lou —dijo el ama, entrando en el aposento—. Dile a Darrell que puede venir dentro de media hora y que traiga un juego sencillo para pasar el rato.

Así, pues, Darrell se presentó a la media hora, provista de un juego de naipes. Pero ambas muchachas se limitaron a repartir las cartas, más interesadas en hablar de Mary-Lou y Gwendoline.

—Gwendoline es ponzoñosa —comentó Sally—. Siempre está hablando mal de ti y de Alicia, asegurando que sois vosotras las que gastáis esas detestables bromas a la pobre Mary-Lou.

—Me pregunto quién es la responsable —murmuró Darrell—. ¿No será una de las muchachas alojadas en las otras torres? ¿Por ejemplo, Evelyn, de la *Torre Oeste*? Evelyn siempre está gastando bromas tontas.

—No —repuso Sally, contemplando las cartas que tenía en la mano—. Más bien creo que es cosa de la propia Gwendoline.

Darrell la miró sorprendida.

—«No» es posible —replicó—. Gwendoline y Mary-Lou son «amigas».

—Eso dice Gwendoline —convino Sally—. Pero Mary-Lou lo ha desmentido.

—Sí, pero aún así... es inconcebible que una persona finja ser amiga de otra y se dedique a gastar bromas de mal gusto a todas horas —objetó Darrell—. Sería repugnante.

—¡También Gwendoline «es» repugnante! —espetó Sally—. Nunca he podido soportarla. Tiene dos caras y sólo vive para ella. Los demás le importan un bledo.

Darrell miró fijamente a Sally.

—Creo que eres muy lista —ensalzó—. Al parecer, conoces mucho a la gente, mucho más que yo. Estoy segura de que, a estas horas, conoces más a Mary-Lou que yo.

—Me gusta Mary-Lou —declaró Sally—. Si consiguiéramos que no se asustase tanto de todo, sería encantadora.

—Pero ¿cómo conseguirlo? —murmuró Darrell, barajando las cartas, distraídamente—. ¡Cielos! ¡Mira lo que he hecho! En fin, no importa. Prefiero hablar que jugar a las cartas. ¿Cómo «podríamos» curar a Mary-Lou? He intentado picarla y hacerle sentir vergüenza de sí misma, pero la cosa no ha dado resultado.

—¿No te das cuenta de que ya «está» avergonzada de sí misma? —comentó Sally, inesperadamente—. Pero el hecho de estar avergonzada, no le infunde valor. Nadie puede infundírselo, salvo ella misma.

—Pues..., piensa algo para que ella misma se infunda ese valor —propuso Darrell—. ¡Apuesto a que no se te ocurrirá nada!

—Ésta noche, antes de dormirme, pensaré algo —prometió Sally—. Y cuando vengas a verme mañana por la mañana, ya tendré un plan... ¡Y si no, al tiempo!

Capítulo 19

EL PLAN DE SALLY

A la mañana siguiente, Darrell fue a ver a Sally a la hora del recreo y, como de costumbre, ésta la saludó ansiosamente.

—¡He ideado algo! No es nada del otro mundo, pero bastará para empezar.

—¿En qué consiste? —inquirió Darrell, maravillada de lo linda que aparecía la insignificante Sally aquella mañana, con las mejillas sonrosadas y los ojos centelleantes.

—Verás, atiende. ¿Qué te parece si fingieras estar en apuros en la piscina y gritaras a Mary-Lou que fuese a buscar el salvavidas para arrojártelo? —propuso Sally—. Si hace semejante cosa y cree haberte salvado de perecer ahogada, se animará mucho. Todas sabemos echar el salvavidas al agua. Y a ella también le resultaría la mar de fácil hacerlo.

—Sí, es una buena idea —convino Darrell—. A lo mejor, la pongo en práctica mañana. Tendré que advertir a las demás que no me lo echen, porque conviene dar la iniciativa a Mary-Lou. Me limitaré a decirlo a las chicas de mi confianza..., no a la querida Gwendoline, por ejemplo. ¿De veras crees que si hace eso, la pequeña Mary-Lou aprenderá a no asustarse tanto de todo?

—Verás; creo que Mary-Lou nunca podrá hacer frente a nada, si no se considera poseedora de un poco de valor y de sentido común —declaró Sally, gravemente—. Nadie puede hacer nada si se «considera» incapaz de hacerlo. Pero a veces podemos hacer cosas imposibles si nos consideramos «capaces» de llevarlas a cabo.

—¿Cómo es posible que sepas todo esto? —profirió Darrell, admirada—. ¡Daría algo por «tener» tu perspicacia!

—En realidad, no es difícil —repuso Sally—. Todo cuanto hay que hacer es ponerse en el pellejo de las demás, sentir como ellas y pensar qué haríamos para curarnos, en su lugar. Quizá todo esto te parezca algo confuso, pero no sé expresarlo mejor. Me faltan palabras.

—¡De todos modos, comprendo lo que quieres decir! —tranquilizó a Darrell—. Tú haces lo que mamá siempre quiere que haga «yo»: ponerte en la piel de los demás y sentir lo que «ellos» sienten. Pero yo soy demasiado impaciente para hacer eso. ¡Estoy demasiado embutida en mi propia piel! En cambio tú, no. Eres muy buena e inteligente, Sally.

Sally se ruborizó, muy complacida. No obstante, replicó con cierta timidez:

—No soy inteligente... y sabes perfectamente que tampoco soy buena. No hay más que ver cómo me he portado con Dafne. De todos modos, me halaga que lo pienses. ¿Crees que podrás poner en práctica esa idea, Darrell?

—¡Naturalmente! —asintió Darrell—. Mañana mismo lo intentaré, cuando estemos en la piscina. Mary-Lou está un poco resfriada y le han prohibido que se bañe esta semana. Eso significa que estará observándonos desde la orilla. No le resultará difícil ir en busca del salvavidas y arrojármelo. ¡A ver si se porta bien!

—Sospecho que se alegra de estar resfriada esta semana —cloqueó Sally—. ¡Le tiene tanta aversión al agua! Apuesto a que nunca aprenderá a nadar, la muy miedosa.

—Fue muy gracioso cuando el ama dijo a Mary-Lou que no se bañara. Inmediatamente Gwendoline empezó a sorberse el moco en clase, con la esperanza de que la señorita Potts se lo dijera al ama y «ésta» le prohibiera bañarse también. ¡Aún es bastante peor que Mary-Lou para meterse en el agua!

—¿Qué sucedió? —preguntó Sally, con interés—. ¡Te aseguro que daría cualquier cosa por volver de nuevo a clase! Me moriría de aburrimiento si tú no vinieras a contarme cosas.

—Verás, la señorita Potts se enojó mucho con los resoplidos de Gwendoline y la reprendió severamente —explicó Darrell—. Entonces Gwendoline dijo que estaba segura de que Mary-Lou le había pegado el resfriado, y, en vista de esto, la señorita Potts la envió al ama. Ésta le administró una gran dosis de una detestable medicina, estuvo muy adusta con ella y, en lugar de prohibirle meterse en el agua, le dijo que la sal probablemente le sentaría muy bien. Y más tarde le oí decir a la señorita Potts que el único medio de curar a Gwendoline del vicio de mentir, era darle un poco de sal y que, por tanto, no estaría de más que tragase una buena dosis en la piscina.

Sally se rió de buena gana. Se imaginaba la cólera de Gwendoline al verse obligada a tomar la medicina sin motivo y comprobar que, al final, no se salía con la suya, pese a todos sus esfuerzos. Darrell se puso en pie.

—Ya toca la campana —murmuró—. Volveré después de almorzar a contarte las novedades. Tampoco te he explicado la hazaña de Alicia y Betty. Resulta que ataron un hilo a un montón de libros que *Mademoiselle* tenía sobre su escritorio, y Alicia tiró de él e hizo caer los libros ante las propias narices de *Mademoiselle*. Por un momento creí que Irene iba a morir de risa. Ya sabes los ataques que le dan.

—¡Oh, sí! —instó Sally, que esperaba las visitas de Darrell con más ilusión que las demás—. Vuelve pronto y cuéntamelo todo. Me encanta oírte hablar.

Era sorprendente el cambio experimentado por Sally. Cuando Darrell recordaba a la reservada, silenciosa y grave muchacha que había sido siempre Sally Hope, le parecía imposible verla convertida en la risueña, vehemente y vivaracha chiquilla que yacía ahora en la cama. A la sazón, era una chica sensata y afable, dotada de un verdadero sentido del humor.

—No es tan divertida como Alicia, por supuesto —se decía Darrell—, pero resulta «más» digna de confianza. Tampoco es tan mordaz, pese a ser tan inteligente como Alicia en juzgar a las personas.

Darrell trazó cuidadosamente el plan para infundir a Mary-Lou un poco más de buen sentido y valor. Sería muy fácil. Diría a Betty y a Alicia que se llevaran a las demás al otro extremo de la piscina, a fin de que ella pudiera quedarse sola en el lugar más profundo de la misma. Entonces, ella se debatiría y fingiría tener un calambre.

«Gritaré a Mary-Lou: ¡Corre, date prisa, échame el salvavidas! —pensó—. Entonces, a buen seguro, Mary-Lou obedecerá, yo me agarraré al salvavidas y, jadeando y resoplando, exclamaré: ¡Oh, Mary-Lou, me has salvado la vida! Si después de esto Mary-Lou no tiene mejor opinión de sí misma, me sorprenderá. Una vez sepa que es capaz de semejante cosa, tal vez reaccionará y podrá

superar el miedo que siente por nada».

El plan parecía, en verdad, prometedor. Darrell confió el secreto a Betty y Alicia.

—En realidad, la idea es de Sally —explicó—. ¿No os parece excelente?

—Pero ¿por qué os molestáis en ayudar a esa mema de Mary-Lou? —profirió Alicia, sorprendida—. No conseguiréis hacerla cambiar. No tiene remedio.

—Pero «*tal vez*» consigamos darle un poco de ánimo —arguyó Darrell, algo desilusionada por la forma en que Alicia tomaba la idea.

—Hay pocas probabilidades —replicó Alicia—. Supongo que lo que «*sucedirá*» es que Mary-Lou se asustará tanto que no hará nada, y se quedará petrificada junto a la piscina mientras otra va en busca del salvavidas. Y esto aún la acobardará más, porque todo el que lo sepa, la despreciará.

—¡Cielos! —farfulló Darrell, desalentada—. Eso sería horrible. ¡Oh, Alicia! ¡No se me había ocurrido semejante cosa!

Darrell contó a Sally lo que había dicho Alicia.

—Comprendo su punto de vista —suspiró Darrell—. No cabe duda que Mary-Lou podría salir perjudicada con ello, porque todas se reirán de ella. Hay que reconocer que Alicia es muy sagaz, Sally. A nosotras no se nos había ocurrido eso, ¿verdad?

—Sí, Alicia «*es muy sagaz*» —convino Sally, pausadamente—. Pero a veces «*se pasa*» de lista, Darrell. Olvida algo importante.

—¿Qué? —preguntó Darrell.

—Olvida que eres «*tú*» la que va a pedir auxilio —respondió Sally—. Todo el mundo sabe que Mary-Lou te admira profundamente y haría cualquier cosa por ti... si la dejaras. Pues bien, ahora tendrá «*ocasión*» de hacer algo... ¡y lo «*hará*»! Verás como no me equivoco. Dale una oportunidad, Darrell. Alicia la considera una blandengue. Pero Mary-Lou podría ser algo más que eso, por amor a una persona querida.

—De acuerdo, Sally —accedió Darrell—. Le daré una oportunidad. Pero no puedo menos de pensar que Alicia tiene razón. Es realmente lista para valorar a la gente. Ojalá no fuese amiga de Betty. ¡Ojalá lo fuera mía!

Sally no dijo nada más. Jugó al dominó con Darrell, sin hacer comentarios. Poco después, el ama despidió a Darrell, y ésta se fue a preparar sus lecciones para el día siguiente.

—Voy a poner en práctica la idea de Sally respecto a Mary-Lou —dijo a Alicia—. De modo que tú y Betty os llevaréis a las demás al otro extremo de la piscina cuando veáis a Mary-Lou junto a la parte más honda. Entonces, yo gritaré, y veremos si Mary-Lou tiene el valor de echarme el salvavidas. ¡Eso cuesta poco!

—Pero será demasiado para «*ella*» —repuso Alicia, algo contrariada al ver que Darrell persistía en su idea pese al jarro de agua fría que ella le había echado—. De todos modos, veremos.

Así, al día siguiente, el plan fue puesto en práctica. A primera hora de la tarde, las alumnas de primer curso se dirigieron charlando, a la piscina, con los trajes de baño y los albornoces puestos. Gwendoline hizo lo propio, con expresión un tanto huraña, debido a que sus compañeras se habían burlado despiadadamente de ella por lo de su fingido resfriado.

Mary-Lou no había tenido que ponerse su equipo de baño, con gran satisfacción por su parte. ¡Detestaba tanto el agua! Darrell le gritó:

—¡Échame peniques al agua, Mary-Lou, y verás cómo me zambullo a buscarlos en el extremo más hondo de la piscina!

—De acuerdo —convino Mary-Lou, complacida.

Y tomando unos peniques, se los metió en el bolsillo. Su resfriado estaba casi curado. ¡Qué lástima! ¡Con lo que había gozado no teniendo que bañarse!

Las muchachas se zambulleron en el agua, unas desde el trampolín, otras desde la orilla. Sólo Gwendoline descendió cautelosamente los escalones. Más, por una vez en la vida, se metió al punto en el agua, pues alguien le dio un empujón y la arrojó al fondo, entre boqueadas y resoplidos. Y cuando emergió a la superficie, colérica e indignada, no vio a ninguna muchacha en las inmediaciones, con lo cual se quedó sin saber quién la había empujado. Sin duda, era cosa de Darrell o Alicia. ¡Las muy brutas!

Mary-Lou se quedó junto al extremo más profundo de la piscina contemplando a sus compañeras, sobre todo a Darrell, cuyo estilo al nadar, cortando el agua con sus fuertes brazos morenos y hendiendo las olas como un pequeño torpedo, la llenaba de admiración. Mary-Lou se metió las manos en los bolsillos y palpó los peniques. Darrell había sido muy amable pidiéndole que se los arrojase al agua. Siempre resultaba agradable hacer algo por ella, siquiera una insignificancia.

—¡Vayamos al otro extremo! —propuso Alicia, de pronto—. ¡A ver quién llega primero! ¡En marcha!

—¡Yo me quedaré un rato aquí a pescar peniques! —gritó Darrell—. Hoy no estoy en condiciones de hacer carreras. Ya me apartaré cuando iniciéis la salida. ¡Eh, Mary-Lou! ¿Tienes a punto los peniques?

Alicia y Betty, las únicas muchachas que estaban en el ajo, aguardaban impacientes el curso de los acontecimientos. Ambas tenían la certeza de que Mary-Lou se echaría a llorar y permanecería pegada a las rocas cuando Darrell pidiese auxilio. ¡No tendría arrestos para correr en busca del salvavidas!

Las otras muchachas chapoteaban por los alrededores, colocándose ya para iniciar la carrera. Mary-Lou echó un penique al agua y Darrell se sumergió rápidamente para buscarlo.

A poco, emergió triunfante, con él en la mano.

—¡Echa otro, Mary-Lou! —apremió.

¡Paf! Al punto cayó otro penique al agua... Darrell se sumergió de nuevo, preguntándose si había llegado la hora de fingir que estaba en apuros. Y, al emerger, gritó, resoplando:

—¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Me ha dado un calambre! ¡De prisa, Mary-Lou! ¡El salvavidas, el salvavidas! ¡Socorro! ¡Auxilio!

Y extendiendo los brazos, se debatió, al tiempo que fingía hundirse un poco en el agua. Mary-Lou la miró, petrificada.

—Justamente lo que me figuraba —cuchicheó Alicia, tocando a Betty con el codo—. ¡Es demasiado pedir que esa mema se decida a ir en busca del salvavidas!

—¡«Socorro»! —repitió Darrell.

Y dos o tres muchachas, creyeron que estaba realmente en apuros y nadaron vigorosamente hacia ella.

Pero alguien se les adelantó. Con un fuerte chapoteo, la asustada Mary-Lou saltó al agua, completamente vestida, procurando en lo posible recordar los pocos movimientos natatorios que sabía. El caso fue que logró alcanzar a Darrell y tenderle los brazos, en un intento de salvarla.

Darrell, sacando la cabeza del agua por segunda vez, se quedó estupefacta al ver la mojada cabeza de Mary-Lou meciéndose junto a ella, y miró a la chiquilla de hito en hito como si no diera crédito a sus ojos.

—¡Agárrate a mí, Darrell, agárrate a mí! —jadeó Mary-Lou—. ¡Yo te salvaré!

Capítulo 20

¡BUENA FAENA, MARY-LOU!

En seguida llegaron las otras dos o tres nadadoras y gritaron vivamente:

—¿Qué ocurre, Darrell? ¡Apártate, Mary-Lou!

Pero Mary-Lou no podía apartarse. Había realizado un gran esfuerzo, saltando al agua y nadando un trecho, pero, a la sazón, no le quedaban fuerzas y sus ropas mojadas la impulsaban al fondo. Una de las nadadoras la llevó a un lado de la piscina y, desde allí, la chiquilla, jadeante y asida a una barra, volvió ansiosamente la cabeza para ver si Darrell estaba a salvo.

Al parecer, ésta se había recuperado por completo del calambre, porque nadaba hacia ella con un fuerte y rápido braceo y los ojos brillantes.

—¡Mary-Lou! ¡Saltaste al agua y apenas sabes nadar! ¡Eres una estúpida! ¡Pero la estúpida más valiente que he conocido! —gritó Darrell.

Alguien ayudó a la temblorosa y atónita Mary-Lou a salir de la piscina. En aquel momento, la señorita Potts descendió por la ladera del acantilado y se quedó sorprendida al ver salir de la piscina a Mary-Lou, completamente vestida y empapada, rodeada de muchachas en plan de alabarla y darle palmaditas en el hombro.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió la señorita Potts, intrigada—. ¿Se ha caído al agua Mary-Lou? Ávidas voces le contaron lo ocurrido con todos los detalles.

—¡Se echó para salvar a Darrell! Darrell tuvo un calambre y pidió el salvavidas. ¡Pero Mary-Lou se tiró a salvarla, a pesar de que apenas sabe nadar!

La señorita Potts estaba tan sorprendida como las demás. «¿*Mary-Lou*?» ¡Pero si Mary-Lou chillaba con sólo ver una tijereta! ¡Qué cosa más rara!

—¿Y por qué no le echaste el salvavidas? —le interrogó Alicia.

—P-p-p-porque no estaba disponible —contestó Mary-Lou, con un castañeteo de dientes, en parte debido al frío y en parte a la excitación y el sobresalto—. S-s-s-se lo llevaron para a-a-rreglarlo. ¿No lo sabíais?

No. Nadie se había fijado que no estaba en su sitio. Por consiguiente, Mary-Lou no había sido una estúpida. Sabía que el salvavidas no estaba disponible y había recurrido a la solución más inmediata: lanzarse al agua ella para salvar a Darrell. ¿Quién iba a suponer semejante reacción de Mary-Lou?

La señorita Potts se llevó rápidamente a la temblorosa Mary-Lou. Entonces, Darrell, volviéndose a Alicia, preguntó con ojos relucientes:

—Bien, ¿quién tenía razón? ¿Sally o tú? ¿Ves? Mary-Lou es «*valiente*». ¡A pesar de no gustarle el agua y de no saber nadar apenas! Ha sido tan valiente, mejor dicho, más valiente que ninguna de nosotras, porque, ¡debía de tener tanto miedo!

Alicia sabía ser generosa incluso cuando tenía las de perder.

—Sí —asintió—. Ha sido muy valiente. Nunca creí que lo fuera. ¡Pero apuesto a que no habría hecho eso por nadie, salvo por «ti»!

Darrell no tuvo espera para comunicárselo a Sally. Después de merendar, corrió a la enfermería, con expresión radiante.

—¡Sally! ¡Tu idea ha resultado «maravillosa»! ¡Sencillamente portentosa! ¿Sabes? ¡Esta tarde no había salvavidas y Mary-Lou se arrojó al agua, vestida y todo para poder salvarme!

—¡Cáscaras! —exclamó Sally, radiante, asimismo, de satisfacción—. ¡«Eso» no lo esperaba! ¿Y tú? Es maravilloso, Darrell. Ahora podrás alentar a Mary-Lou por todo lo alto.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Darrell.

—Pues que podrás elogiar su valor, e insistir en que nadie la creía capaz de semejante cosa —respondió Sally—. Ahora, sacaré fuerzas de flaqueza para hacer una porción de cosas por el estilo. ¡Es muy fácil! Una vez se consigue que una persona tenga confianza en sí misma, todo va viento en popa.

—«Eres» una chica muy sabia —ensalzó Darrell, con admiración—. A mí nunca se me ocurren esas cosas. De acuerdo. Haré lo que pueda, y cuando venga a verte Mary-Lou, ¡alábalala tú también!

Así, pues, Mary-Lou, con gran sorpresa y satisfacción por su parte, se convirtió en la heroína del momento, pues pronto corrió por toda la escuela el rumor de que se había arrojado a la piscina, completamente vestida, para salvar a Darrell.

—En adelante es inútil que te escondas en un rincón o te desgañites gritando cuando veas una araña —le dijo Darrell—. Ahora sabemos que eres valiente, y esperamos que nos lo demuestres.

—Desde «luego» —asintió Mary-Lou, radiante de satisfacción—. Lo intentaré. Ahora que sé que puedo ser valiente, todo es diferente. Lo malo es cuando una cree que no lo es. Entonces, todo le parece horrible. Yo nunca me creí capaz de echarme al agua de aquel modo, y; no obstante, ¡lo hice! Pero lo hice sin pensar. En realidad, no fue un acto de valentía, porque ni siquiera tuve tiempo de recapacitar. Fue un simple impulso.

La única persona que no tuvo una palabra de elogio para Mary-Lou, fue Gwendoline. De hecho, estaba celosa del alboroto que había armado la chiquilla. Hasta las profesoras se unieron al coro de alabanzas, pues todas comprendían que aquélla era la única oportunidad que tenían de dar a entender a Mary-Lou que era «capaz» de hacer lo que fuera, si quería. Gwendoline detestaba tanto más aquel estado de cosas cuando era «Darrell» la persona a quien Mary-Lou había intentado salvar.

«¡No me explico que haya nadie que le quiera bien! —pensó, recordando las fuertes manotadas que una vez había recibido de la airada muchacha—. Yo la hubiera dejado en el agua. ¡Estúpida Mary-Lou! Lo malo es que ahora, ¡tendrá unas pretensiones!».

Más no fue así. Mary-Lou siguió siendo la muchacha tímida y callada de siempre, aun cuando tenía más confianza en sí misma y se defendía mejor sin ayuda de nadie. Había sido puesta a prueba y demostrado que tenía algo dentro. Pero, aunque se sentía orgullosa y satisfecha, no lo manifestaba como lo hacía Gwendoline.

Entre otras cosas, Mary-Lou aprendió a defenderse mejor de Gwendoline, con gran

exasperación de ésta. Y cuando Sally se reintegró a las clases, a los quince días, se mostró también muy cambiada y dispuesta a no aguantar ninguna impertinencia de Gwendoline. Apoyaba a Mary-Lou y reprendía a Gwendoline de tal forma, que esta última se irritaba sobremanera y sentía impetuosos deseos de abofetearla.

El trimestre transcurrió con creciente celeridad. ¡Sólo faltaban tres semanas para las vacaciones! Darrell no podía creer que el tiempo hubiera pasado tan de prisa.

Al presente, estudiaba con mucha más intensidad, y por dos veces había ocupado el quinto lugar de la clase en las notas semanales. En cambio, Gwendoline era la única que permanecía a la cola. Incluso Mary-Lou había avanzado uno o dos puestos. Darrell se preguntaba cómo se las arreglaría Gwendoline para convencer a sus padres de que era la primera en todo, al término del trimestre, cuando llevase a casa el informe de la directora.

Un día Darrell la interpeló sobre el particular.

—Oye, Gwendoline, ¿qué dirás a tus padres cuando vean en el informe lo poco que has estudiado? —preguntó curiosamente.

Gwendoline se quedó sorprendida.

—¿Qué quieres decir con lo de «*el informe*»? —le preguntó.

—¡Atiza! —exclamó Darrell, sorprendida—. ¿No sabes lo que son los informes? Mira, te enseñaré uno mío, viejo. Tengo aquí el último que me dieron en el otro colegio. Tuve que traerlo para enseñárselo a la señorita Potts.

Y mostró el informe a Gwendoline, que lo miró horrorizada. ¿Qué era aquello? ¿Una lista de todas las asignaturas, con las notas correspondientes, el puesto ocupado en clase y comentarios sobre el esfuerzo realizado? ¡Gwendoline imaginó al punto algunos de los que figurarían en el suyo!

«*Francés*». Muy atrasada y perezosa.

«*Matemáticas*». No se esfuerza en absoluto. Le convendrían unas lecciones durante todas las vacaciones.

«*Deportes*». Una calamidad. No tiene el menor sentido de la deportividad, ni espíritu de colaboración para formar equipo.

Y así sucesivamente. ¡Pobre Gwendoline! A decir verdad, jamás se le había ocurrido, ni por un momento, que sus padres iban a ser informados de su mal comportamiento. Desesperada, se desplomó en una silla y miró a Darrell con expresión abatida.

—Pero, Gwendoline —preguntó Darrell, sorprendida—. ¿Es que «*nunca*» has tenido un informe sobre tus estudios?

—No —respondió la alicaída Gwendoline—. Nunca. Ya te dije que es la primera vez que estudio en un colegio. Mi única maestra era mi institutriz, la señorita Winter, y ella nunca redactó ningún informe. Se limitaba a decir a mi madre que mis estudios iban muy bien, y mi madre la creía. No me di cuenta de lo atrasada que estaba hasta que vine aquí.

—Lo malo es que tus padres tendrán un disgusto horrible cuando vean el informe —masculló Darrell, despiadadamente—. Casi aseguraría que será el peor del colegio. Sentirás haber dicho tantas mentiras a tu madre y a la señorita Winter el día de la fiesta, cuando presentes el informe a

tus padres en las próximas vacaciones.

—¡Lo romperé! —espetó Gwendoline, furiosa, comprendiendo que no podría soportar el asombro, la consternación y el enojo de sus padres cuando éstos vieran todo su contenido.

—No podrás —advirtió Darrell—. Lo envían por correo. ¡Ja, ja, ja! Me alegro de que te descubran en casa. Mary-Lou me contó algunas de las estupideces que dijiste a tu madre y a la señorita Winter a medio trimestre. Me maravilla que fanfarronees así, teniendo como tienes menos seso que un mosquito. ¡Y para colmo, el poco que tienes no lo usas!

Gwendoline se quedó sin habla. ¿Cómo «*se atrevía*» Darrell a hablarle de aquel modo? ¿Y «*cómo se atrevía*» Mary-Lou a repetir a los demás lo que le había oído decir a su madre aquel día? ¡Vaya con la detestable mosquita muerta! ¡Merecía un buen castigo! ¡Le quitaría la pluma estilográfica y se la aplastaría con el pie! ¡Le... le...! ¡Oh! ¡Sería interminable la serie de fechorías que haría con aquella desvergonzada e ingrata Mary-Lou!

«¡Y eso después de ser amiga suya! —pensó Gwendoline, airadamente—. ¡Qué deslealtad! ¡La detesto!».

Luego, se puso a pensar en su informe. Temía que su padre lo leyese. Por eso precisamente la había enviado a un colegio, porque opinaba que era vana, perezosa y excesivamente pagada de sí misma. Su padre había dicho cosas horribles. Gwendoline trataba de olvidarlas, pero le volvían a la memoria en los momentos más inesperados.

Podía decir todas las mentiras que quisiera, vanagloriarse cuanto deseara, pero si en su informe figuraban las palabras «*perezosa, informal, irresponsable, engreída y estúpida*» —calificativos que sabía merecía—, de nada le servirían todas sus trolas y fanfarronerías.

«Y sólo quedan dos o tres semanas —se dijo Gwendoline, frenéticamente—. ¿Podré mejorar mi informe en estas pocas semanas? ¡Tendré que intentarlo! ¿Por qué no habré sabido antes que en los colegios envían informes? ¡Podría haber estudiado un poco más! ¡Ahora tendré que trabajar como una esclava!».

Y con gran sorpresa de la señorita Potts, y la no menos intensa de *Mademoiselle*, Gwendoline empezó a estudiar. ¡Pero qué manera de estudiar! Devoraba los libros. Escribía interminables redacciones y luego las pasaba en limpio con su mejor caligrafía. Era la más atenta de todas las alumnas de la clase.

—Pero ¿«*qué*» le ha pasado a Gwendoline? —preguntó la señorita Potts a *Mademoiselle*—. ¡Empiezo a creer que no es tan tonta como parece!

—Y yo también —convino *Mademoiselle*—. Mire usted este ejercicio de francés. ¡Sólo hay una falta! Esto es inusitado en Gwendoline. Se está enmendando por momentos.

—Desde luego —asintió la señorita Potts—. En fin, a veces ocurren cosas sorprendentes. Darrell también estudia mucho más que antes, y Sally Hope parece otra muchacha. Y Mary-Lou ha cambiado radicalmente desde que se echó a la piscina. Pero, de todos los casos, el de Gwendoline es el más chocante. Ayer me escribió una redacción bastante pasable, con sólo seis faltas de ortografía. Por lo regular hace al menos veinte. Podré poner en su informe: «*Es lista cuando quiere*», en lugar de «*Es una nulidad*».

Gwendoline pasaba muy malos ratos estudiando tanto. Darrell se reía de ella, y dijo a las

demás el motivo de aquel repentino cambio de su indolente compañera.

—No quiere que su familia se entere de las trolas que contó a su madre y a su institutriz el día de la fiesta —explicó la muchacha—. ¿Verdad, Mary-Lou? Eso es lo malo de los fanfarrones como Gwendoline. Que tarde o temprano han de tragarse sus palabras.

Mary-Lou se rió también. Ahora era mucho más atrevida que antes, si bien sólo cuando Darrell o Sally estaban delante. Gwendoline la miró con el ceño fruncido. ¡Qué pérfida traidora!

Al día siguiente, Gwendoline tuvo ocasión de castigar a la chiquilla. Entró en la sala común, aprovechando que no había nadie en ella, y en el armario de Mary-Lou encontró su preciada pluma estilográfica.

Y, arrojándola al suelo, la pisó con fuerza. La pluma se reventó y toda la tinta que contenía se esparció por el suelo enmaderado.

Capítulo 21

DARRELL TIENE UN DISGUSTO

La primera que vio la pluma aplastada fue Jean. Al entrar en la sala común a buscar un libro, la muchacha se detuvo en seco: a sus pies se veían los fragmentos de la pluma azul, y la mancha de tinta.

—¡Cáspita! —exclamó Jean—. ¿Quién habrá hecho esto? ¡Qué vileza!

En aquel momento entraron Emily y Katherine.

—Mirad —les dijo Jean, señalando la pluma—. Parece obra de alguna resentida.

—¡Es la pluma de Mary-Lou! —exclamó Katherine, consternada—. ¡Qué desastre! ¿«Quién» la habrá aplastado? Salta a la vista que no ha sido un accidente.

A todo esto, llegó Mary-Lou con la pacífica Violeta. Al ver su pluma, la muchacha sollozó desesperada:

—¡Oh! ¿Quién ha hecho eso? Me la regaló mamá por mi cumpleaños. ¡Y ahora está aplastada!

Todas las muchachas se apiñaban a su alrededor. Darrell, Sally e Irene se quedaron sorprendidas al ver aquel silencioso corro a su llegada a la sala, entre una animada conversación. Las tres se unieron a las demás en el momento en que Mary-Lou sollozaba de nuevo:

—¿Qué dirá mamá? Me dijo que tuviera mucho cuidado con ella si me la llevaba al colegio.

Alicia entró silbando y se quedó también pasmada al ver la pluma aplastada, rodeada de un charquito de tinta violeta. ¡Qué detestable mala acción!

—¿Quién ha hecho esto? —inquirió—. Tendríamos que informar a Potty. Apuesto a que ha sido Gwendoline, esa rencorosa resentida.

—¿Dónde «está» Gwendoline? —preguntó Katherine.

Nadie lo sabía. De hecho, estaba fuera, junto a la puerta, a punto de entrar y fingir sorpresa y disgusto, a su vez, por la pluma rota. Pero, al oír las airadas voces de las muchachas le faltaba valor para hacerlo, y permanecía, vacilando, en la puerta, pendiente de los comentarios de sus compañeras.

—Escuchad —dijo Alicia—. Hay un medio infalible de averiguar quién ha hecho esto... y lo averiguaremos.

—¿Cómo? —interrogó Katherine.

—Quienquiera que haya pisado y aplastado esta pluma debe tener una marca de tinta violeta en la suela de los zapatos —comentó Alicia, con expresión enfurruñada.

—¡Naturalmente! —exclamaron todas las otras—. ¡Tienes razón!

—Eres muy sagaz, Alicia —ensalzó Katherine—. Examinaremos todos los pares de zapatos guardados en nuestros armarios de la *Torre Norte* y los que ostenten tinta violeta nos revelarán quién ha sido la culpable.

—¡A mí me consta quién es sin hacer esa comprobación! —exclamó Darrell, en tono

despectivo—. La única capaz de cometer ese desaguisado es Gwendoline. ¡No hay ninguna otra tan mezquina y rencorosa como ella!

Gwendoline tembló de cólera y temor. Al punto lanzó una ojeada a la suela de sus zapatos. Sí, estaban manchados de tinta violeta. Rápidamente, recorrió el pasillo, entró en el pequeño almacén destinado al material escolar, tomó una botella de tinta violeta y se precipitó al ropero donde estaban los zapatos. ¡Con tal que llegase a tiempo!

La suerte la acompañó, pues las otras se entretuvieron limpiando la tinta del suelo antes de ir a examinar los zapatos. Entretanto, Gwendoline untó de tinta violeta la suela de uno de los zapatos de Darrell, y luego echó la botella en una alacena cercana. A continuación, se despojó de sus manchados zapatos y los metió también en la alacena, tras ponerse unas zapatillas.

Hecho esto, salió de nuevo al patio y reapareció en la puerta de la sala común, aparentemente tranquila y serena. ¡Gwendoline sabía fingir muy bien cuando convenía!

—¡Aquí está Gwendoline! —exclamó Alicia—. Oye, Gwendoline, ¿sabes algo de la pluma de Mary-Lou?

—No —repuso la muchacha, con aire inocente—. ¿Qué le pasa a su pluma?

—Que alguien la ha aplastado con el pie —le explicó Sally.

—¡Qué «*canallada*»! —exclamó Gwendoline, con expresión disgustada—. ¿Quién ha sido?

—Eso es lo que «*desearíamos*» saber —respondió Darrell, furiosa al ver la remilgada expresión de Gwendoline—. ¡Y vamos a averiguarlo!

—Espero que lo consigáis —suspiró Gwendoline—. No me mires así, Darrell. ¡«Yo» no he sido! ¡Es mucho más probable que hayas sido «tú»! He advertido que estás celosa desde que se armó aquel jaleo por la hazaña de Mary-Lou el día que se tiró a la piscina para salvarte.

Todas se quedaron boquiabiertas. ¿Cómo era posible que Gwendoline tuviese la desfachatez de decir semejante cosa? Darrell notó que la invadía la familiar oleada de ira. Al ver su sofocado semblante, Sally murmuró, pasándole una mano en el brazo:

—¡Cálmate, chiquilla!

Y Darrell se tranquilizó, más tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no arrojarle sobre la sonriente Gwendoline.

—Gwendoline —intervino Katherine, sin apartar los ojos del rostro de la muchacha—. Todas opinaron que la que aplastó esta pluma debe tener tinta violeta en los zapatos. Por eso nos proponemos examinar los zapatos de todas, seguras de que, de ese modo, encontraremos a la verdadera culpable.

—¡Me parece una excelente idea! —exclamó Gwendoline, vehementemente, sin inmutarse—. ¡Una gran idea! Daría cualquier cosa para que se me hubiera ocurrido a mí. No cabe duda que así «*sabremos*» quién es la detestable persona que ha aplastado la pluma de la pobre Mary-Lou.

Al oírla hablar así, todas mostraron extrañeza. Una vaga incertidumbre se apoderó de sus mentes. ¿Se habría mostrado Gwendoline tan complacida con la idea, si de veras «*hubiese*» aplastado la pluma? ¿Y si no había sido ella?

—Si queréis, podéis empezar por mirarme los zapatos a mí —propuso Gwendoline, levantando primero un pie y luego el otro.

Como es de suponer, no había rastro de tinta en ninguno de ambos.

—De todos modos, tendremos que examinar también los zapatos guardados en los armarios —murmuró Katherine—. Pero, primero, ¿queréis levantar todas los pies, por si acaso?

Todas obedecieron, pero ninguna tenía manchas de tinta en los zapatos. Luego, formando un majestuoso grupo, las alumnas de primer curso se encaminaron al ropero donde guardaban el calzado.

En primer lugar, fueron examinados los zapatos de Gwendoline, ya que Katherine, al igual que sus compañeras, tenía el presentimiento de que era más probable hallar manchas de tinta en ellos que en los de los demás. Más no fue así.

Al contrario, fue uno de los zapatos de Darrell el que apareció manchado de brillante tinta violeta. Katherine se la quedó mirando, muda de asombro y horror. Luego, tendiéndoselo a Darrell en silencio, acertó a balbucir:

—¡Es... es «tu» zapato! ¡Oh, Darrell!

Darrell contempló el zapato manchado, sobrecogida. Después, lanzó una mirada circular a las silenciosas muchachas inmóviles junto a ella. Algunas de ellas, desviaron los ojos. Alicia sostuvo los suyos con expresión dura.

—Bien, bien —espetó Alicia, en tono impertinente—. ¿Quién iba a suponer que la culpable era nuestra honrada Darrell? ¡Nunca habría supuesto esto de ti, Darrell!

Y desvió la mirada con expresión de disgusto.

—¡Alicia! —suplicó Darrell, asiéndola del brazo—. ¿No irás a creer que «yo» aplasté la pluma, verdad? ¡Te aseguro que yo no he sido! ¡Nunca se me ocurriría cometer una fechoría de esa clase! ¡Oh, Alicia! ¿«Cómo» es posible que me creas capaz de eso?

—No puedes negar que tu zapato está manchado de tinta —replicó Alicia—. Tienes un genio espantoso, Darrell, y no dudo que en un arrebato de rencor aplastaste la pluma de Mary-Lou. ¡No me preguntes por qué! Yo no tengo tanto genio como tú.

—¡Pero, Alicia! —protestó Darrell—. ¡Yo no soy rencorosa! Lo sabes perfectamente. ¡Creí que eras mi amiga, Alicia tú y Betty siempre me dejáis ir con vosotras! No está bien que pienses así de una amiga tuya.

—Tú no eres amiga mía —masculló Alicia.

Y salió de la habitación.

—¡Aquí hay algún error! —profirió Darrell, desatinadamente—. ¡Por favor, «no» lo creáis! ¡Por favor, no lo creáis!

—¡«Yo» no creo que lo hicieras! —exclamó Mary-Lou, con lágrimas en los ojos, al tiempo que deslizaba el brazo bajo el de Darrell—. ¡Sé que tú no fuiste! ¡Estoy de tu parte, Darrell!

—Y yo también, naturalmente —intervino Sally, con su voz suave—. Yo tampoco puedo creer que tú lo hicieras, Darrell.

Darrell se alegró tanto de tener dos amigas entre aquel grupo de muchachas hostiles que la rodeaban que poco faltó para que se echase a llorar. Sally se la llevó al ropero. Entonces, Katherine, mirando a sus compañeras con expresión abatida y desconcertada, declaró:

—Yo tampoco puedo creer que sea Darrell. Pero..., me figuro... que, hasta que se demuestre

lo contrario, hemos de considerarla culpable. Es una lástima, porque todas sentimos simpatía por ella.

—Yo nunca la sentí —soltó Gwendoline, en tono malicioso—. Siempre la he considerado capaz de cualquier mezquindad. No hay más que ver el genio que tiene.

—Cállate —gruñó Jean, ásperamente.

Gwendoline obedeció, satisfecha de lo que había dicho y hecho.

Sally y Mary-Lou se mostraron buenas amigas de Darrell a la sazón. No se apartaron de su lado, la ayudaron y la defendieron con denuedo. Mary-Lou estaba abiertamente contra Gwendoline. Más todo resultó muy desagradable y, aunque nadie había sugerido castigo alguno por la rotura de la pluma, ya era bastante castigo soportar aquel constante intercambio de miradas glaciales y palabras ásperas.

Mary-Lou estaba preocupadísima por la cuestión. Por culpa de «su» pluma, Darrell se encontraba en aquel apuro. Pero sabía que la culpable no era Darrell. Al igual que Sally, tenía gran fe en la natural honradez y bondad de Darrell, y estaba segura de que su amiga era incapaz de jugar una mala pasada a nadie.

De acuerdo, pero, en aquel caso, ¿quién era la culpable? Sin duda, una persona resentida con Darrell y Mary-Lou, probablemente Gwendoline. ¡Por consiguiente, cabía suponer que ésta había untado de tinta los zapatos de Darrell!

No obstante, también, se infería que los zapatos de Gwendoline debieran haber estado manchados de tinta. Y, sin embargo, se hallaban completamente libres de ella.

Una noche, mientras estaba acostada, Mary-Lou reflexionó sobre el caso. ¿Cómo habría sucedido? ¿Estaba Gwendoline presente cuando todas habían decidido examinar los zapatos? No, no lo estaba.

¡Pero quizás estaba escuchando fuera! Y, sin duda, había tenido tiempo de ir al ropero, embadurnar los zapatos de Darrell de tinta y cambiarse los suyos antes de volver a la sala común y unirse a la conversación.

Mary-Lou se incorporó, excitada. De improviso, comprendía perfectamente lo sucedido. Al punto, fue presa de un leve temblor, como siempre que se asustaba o excitaba. ¿Dónde había escondido Gwendoline sus zapatos? A buen seguro, en algún lugar cercano a los armarios de los zapatos. O a lo mejor se los había llevado para esconderlos en un lugar más seguro. Pero ¿y si todavía estaban allí?

Era muy tarde y reinaba profunda oscuridad. Todo el mundo se había acostado hacía rato. Mary-Lou se preguntó si sería capaz de bajar al ropero a echar un vistazo. ¡Tenía tantos deseos de que de una vez se aclarase aquel detestable asunto!

Pero le daba miedo la oscuridad. No obstante, también había tenido miedo del agua hasta que decidió zambullirse en ella para salvar a Darrell. Tal vez tampoco temería la oscuridad, si era para ayudar a Darrell. Tenía que intentarlo.

Mary-Lou se deslizó de entre las sábanas. Sin acordarse siquiera de ponerse el batín, salió de puntillas de la habitación. ¡Por fortuna había una tenue luz en el pasillo!

Tras recorrerlo, bajó la escalera, en dirección a los roperos. ¡Cielos! ¡Lo malo era que éstos

estaban oscuros como boca de lobo! Mary-Lou sintió un escalofrío en la espalda. Estaba aterrada. De un momento a otro, chillaría. ¡Sabía que lo haría!

—Tengo que ayudar a Darrell —se dijo, con firmeza—. Estoy haciendo esto por ella y es muy importante. No gritaré. Pero..., ¿«*dónde*» está el interruptor?

En cuanto lo encontró, lo pulsó hacia abajo. Al punto, se encendió la luz y el ropero quedó perfectamente iluminado. Mary-Lou lanzó un profundo suspiro. Ahora todo iría bien. Ya no estaba a oscuras. Se sintió muy orgullosa de no haber cedido al impulso de gritar.

La muchacha miró los armarios. El de Gwendoline estaba allí. Tras dirigirse hacia él, sacó todos los zapatos de su interior. No..., no había ninguno manchado de tinta. Así, pues, ¿dónde estaban escondidos los manchados?

Capítulo 22

FIN DE TRIMESTRE

De pronto, Mary-Lou reparó en la pequeña alacena de las inmediaciones. Sabía lo que contenía: pelotas viejas, una o dos raquetas combadas, zapatos de gimnasia en mal estado y toda clase de objetos inservibles. ¡«A lo mejor» los zapatos de Gwendoline estaban allí! La chiquilla abrió cautelosamente la puerta del armario, temerosa de que emergiese una araña o una tijereta de su interior.

Escudriñó los polvorientos trastos y los hurgó con el índice. Luego, tomó una raqueta vieja... y algo cayó al suelo con un golpe seco.

Temiendo que el ruido hubiese despertado a alguien, la muchacha contuvo el aliento, temblorosa. Pero, al parecer, nadie había oído nada y, en vista de ello, Mary-Lou reanudó su exploración.

¡Y encontró los zapatos de Gwendoline! ¡Y encontró la botella de tinta violeta! ¡Éste era precisamente el objeto que había caído al suelo al sacar la raqueta! Mary-Lou contempló la botella y comprendió para qué la había usado Gwendoline. Por otra parte, en el zapato derecho había una mancha violeta.

Con manos trémulas, Mary-Lou volvió a mirar el nombre que figuraba en el interior del zapato para cerciorarse de que no había leído mal... En efecto, era el de Gwendoline Lacey, escrito con la pequeña letra de la señorita Winter.

«¡Así que fue Gwendoline! —pensó Mary-Lou, gozosamente—. ¡Me constaba que no fue Darrell! Ahora mismo iré a despertar a mis compañeras para informarlas. Mejor dicho, no. Tal vez Katherine se enojaría si supiera que he andado merodeando por la noche». Mary-Lou tomó la botella de tinta y los zapatos. Después apagó la luz y se quedó envuelta en la oscuridad. Pero el hecho no le importaba en lo más mínimo. Ni una sola vez pensó en la negra oscuridad mientras subía presurosamente la escalera. Su pensamiento estaba lleno de su gran descubrimiento. ¡Darrell no había sido! ¡Darrell no había sido!

Mary-Lou fue la primera en despertarse aquella mañana. Al punto, la chiquilla se dirigió a la cama de Katherine y zarandeó fuertemente a la sorprendida encargada del primer curso.

—¡Despierta! ¡Tengo algo importante que decirte! Despierta a todas las demás.

Las otras se despertaron al oír el ruido e incorporándose en la cama se frotaron los ojos soñolientos. Entonces, Mary-Lou, agitando dramáticamente los zapatos de Gwendoline, profirió:

—¡Mirad! ¡He encontrado los «verdaderos» zapatos manchados de tinta! ¡Y también una botella de tinta violeta! ¿Veis? La persona que aplastó mi pluma escondió sus zapatos y embadurnó los de Darrell con esta tinta para hacernos creer que lo había hecho «ella».

—Pero ¿de quién son esos zapatos? —preguntó Katherine, asombrada—. ¿Y dónde los encontraste?

—Anoche bajé a registrar el ropero —respondió Mary-Lou, triunfante.

Todas se quedaron boquiabiertas. ¿Era posible que Mary-Lou se hubiese atrevido a bajar a oscuras? ¡Todo el mundo sabía que la chiquilla tenía horror a la oscuridad!

—Encontré los zapatos y la botella en la alacena del ropero —explicó la muchacha—. ¿Queréis que os diga el nombre escrito en el interior de esos zapatos? No, no es preciso que lo haga. Dad una mirada circular a la habitación... y veréis de quién se trata. ¡Basta con verle la cara!

Era cierto. El rostro de Gwendoline aparecía encendido de vergüenza y horror. La muchacha miró a Mary-Lou con ira y consternación. ¡Por su culpa estaba descubierta! ¿«Por qué» no se le había ocurrido coger aquellos zapatos y la botella y echarlos al mar?

—¡Es Gwendoline! —susurraron las muchachas, mirando a la sofocada culpable con disgusto y horror. Y aquella vez, Gwendoline no intentó negar nada. En vez de ello, permaneció tendida en la cama, con el rostro oculto en la almohada.

Katherine examinó los zapatos y la botella. Luego se acercó a la cama de Darrell, y tendiendo la mano a la muchacha, murmuró:

—Discúlpame, Darrell, por haber pensado ni por un momento que eras tú la culpable. En realidad, nunca lo creí, pero todas las pruebas estaban contra ti. Te pido perdón.

—No tienes por qué —repuso Darrell, con expresión radiante—. Estás perdonada. He pasado mucha amargura, pero contaba con el apoyo de Sally y Mary-Lou. ¡En cambio, Gwendoline tendrá que pasarlo sola!

Una a una, las muchachas pidieron perdón a Darrell. Alicia lo hizo un poco a regañadientes, pero, en el fondo, se sentía avergonzada de las duras palabras que había pronunciado. En realidad, Alicia «era» dura. Tenía muchas lecciones que aprender antes no perdiera su dureza y adquiriese paciencia y comprensión para con los demás.

—Me gustaría volver a ser amiga tuya —dijo torpemente—. ¿Vendrás de nuevo con Betty y conmigo, verdad?

—Pues, verás —replicó Darrell, volviéndose a mirar la impasible cara de Sally junto a ella—, creo que, si no te importa, me quedaré con Sally y Mary-Lou. No siempre estuve amable con ellas, y, no obstante, las dos me apoyaron cuando me hallé atribulada... ¡Ahora son mis verdaderas amigas!

—¡Oh! —exclamó Mary-Lou, radiante de satisfacción—. ¡Gracias, Darrell!

Sally no dijo nada, pero Darrell notó un alborozado pellizco en el codo. Al punto se volvió a sonreír a su compañera, ebria de felicidad. ¡Ahora todo volvería a su cauce normal hasta el fin del trimestre! ¡Qué alegría!

De pronto, sus ojos se posaron en Gwendoline. La muchacha yacía en la cama boca abajo, llorando amargamente. En medio de la alegría de su corazón, Darrell no podía soportar la tristeza de nadie, ni siquiera la de su enemiga. En consecuencia, se acercó a ella, la zarandó suavemente, al tiempo que exclamaba:

—¡Gwendoline! No diré una palabra de esto a nadie, y pediré a las demás que hagan lo propio. Pero tú tendrás que comprar a Mary-Lou una buena pluma a cambio de la que estropeaste.

¿Comprendes?

—Sí —musitó Gwendoline, con voz apagada—. Lo haré.

Y eso fue todo cuanto fue posible sacarle. No fue capaz de decir que lo sentía. No acertó siquiera a murmurar unas palabras de disculpa cuando entregó a Mary-Lou la magnífica pluma estilográfica que había comprado para ella. Era, si cabe, más débil que la propia Mary-Lou, pues ni siquiera había tenido la fortaleza de espíritu de vencerse a sí misma.

—Nunca valdrá nada, ¿verdad, Katherine? —comentó Darrell un día.

—Depende del tiempo que esté en *Torres de Malory* —contestó Katherine, sonriendo—. Es curioso comprobar que, cuanto más tiempo está una aquí, más decente se vuelve. Eso me dijo mi tía. Ella también vino a este colegio y me contó toda clase de historias sobre chicas horribles que cambiaron radicalmente.

—No debían ser como Gwendoline —objetó Darrell—. «*Ésa no cambia con nada*». ¡Ojalá se marchara!

Gwendoline también hubiera dado cualquier cosa por abandonar el colegio. Las dos últimas semanas del trimestre no fueron precisamente agradables para ella.

Nadie volvió a mentar el incidente de la pluma estilográfica, pero todas se acordaban de él en cuanto veían a Gwendoline, y procuraban no mirarla y, a ser posible, no dirigirle la palabra. Tenían, asimismo, la certeza de que era ella la que había gastado todas aquellas horribles bromas a Mary-Lou durante el trimestre.

¡Pobre Gwendoline! Entre el desprecio de sus compañeras y su convicción de que debía trabajar como una esclava el resto del trimestre, no lo pasó muy bien. Pero no podía quejarse. Al fin y al cabo, recogía lo que había sembrado.

En cambio, Darrell fue muy feliz el resto de aquel trimestre. Sally y Mary-Lou estaban siempre con ella. La amistad de Alicia ya no le interesaba. A la sazón, su amiga era Sally, cosa que le satisfacía en extremo, pues Sally era equilibrada e inalterable, y su influjo temperaba los caracteres irascibles como el suyo.

Por fin llegaron los exámenes. Darrell salió muy airoso de todos ellos. Sally no fue tan afortunada, en parte porque había perdido dos o tres semanas del trimestre, y en parte porque no había sido autorizada a estudiar a fondo después de su enfermedad.

Gwendoline salió mejor de lo que sus compañeras esperaban.

—Eso demuestra, Gwendoline —le dijo la señorita Potts, algo severamente—, lo que podrías hacer si te lo propusieras. No comprendo por qué ahorraste tus fuerzas para las dos o tres últimas semanas del trimestre. ¡Tal vez el próximo curso te dignarás estudiar todo el trimestre!

Gwendoline no dijo a la señorita Potts el motivo que le había inducido a estudiar tanto durante las últimas semanas. Confiaba en que la señorita Potts escribiera algún comentario agradable en su informe. ¡Qué horrible trimestre! Sentía tener que volver a casa. El próximo trimestre debía intentar que sus compañeras olvidaran toda su actuación en el que acababa de expirar.

Darrell, por el contrario, guardaba un buen recuerdo de aquellos meses, exceptuando, claro está, la enfermedad de Sally y los dos o tres días en que sus compañeras le habían atribuido la rotura de la pluma perteneciente a Mary-Lou. Pero Darrell apenas se acordaba de aquellos malos

ratos. Era risueña por naturaleza y le gustaba pensar en cosas agradables. Sentía que el trimestre tocaba a su fin, pero, por otra parte, esperaba las vacaciones con ilusión.

Sally pasaría una temporada con ella durante las vacaciones, y ella a su vez, pasaría una semana con Sally.

—Conocerás a mi hermanita —dijo Darrell—. Te gustará. Es muy salada.

—Y tú conocerás a la mía —murmuró Sally, con cierta timidez—. Yo también tendré que enseñarle a ser salada..., como tú.

Mary-Lou sentía no vivir muy cerca de Sally o Darrell para ir a verlas, a su vez. Afortunadamente, había otro trimestre en perspectiva, y otro y otro... Mary-Lou comprendía que la verdadera amiga de Darrell no era ella, sino Sally. Pero no le importaba. Darrell la apreciaba y admiraba. Y eso era cuanto apetecía la leal Mary-Lou. ¡Qué sorpresa tendría su madre cuando descubriera que ya no temía la oscuridad!

Por fin llegó el último día, con toda su excitación de cerrar las maletas y buscar llaves perdidas. El colegio se convirtió en un verdadero circo, y las muchachas de las *Torre Norte*, *Torre Sur*, *Torre Este* y *Torre Oeste* se mezclaron por doquier.

—Éste último día siempre es una gran locura —jadeó *Mademoiselle*, tratando de caminar a través de un hervidero de agitadas muchachas—. ¡Darrell! ¡Sally! ¿«Me» dejáis pasar, por favor? ¡Ah! ¡Qué chaladas están estas chicas inglesas!

La señorita Potts, serena y eficiente aun en medio de la más absoluta confusión, tendía maletines, tachaba nombres de la lista cuando los padres acudían a buscar a sus hijas en coche, encontraba llaves extraviadas y, en general, daba muestras de ser la única persona de la *Torre Norte* que conservaba la cordura en aquellas circunstancias. Incluso el ama se aturullaba a veces y perdía el tiempo buscando una lista de prendas de vestir que luego encontraba cuidadosamente metida en su cinturón.

Pronto llegaron los autocares que debían llevar a la estación a las muchachas que viajaban en tren.

—Vamos, Darrell —apremió Sally—. ¡Sentémonos en los asientos delanteros! ¿Dónde está Mary-Lou?

—¡Va en coche! —gritó Darrell—. ¡Eh, Mary-Lou! ¡Adiós! ¡Escríbeme y cuéntame qué es de tu vida! ¡Adiós!

—Subid ya —ordenó la señorita Potts, instando a las muchachas a acomodarse en los autocares—. ¿Dónde está Alicia? Si vuelve a desaparecer, me volveré loca de verdad. ¡Alicia! Sube inmediatamente y no vuelvas a bajar. Adiós, muchachas. Sed buenas, o al menos, todo lo buenas que podáis. ¡Y no os atreváis a presentaros ante mí el próximo trimestre sin vuestros certificados médicos!

—¡Adiós, Potty! ¡Adiós! —chillaron las muchachas—. ¡Adiós, querida Potty!

—¡Cielos! —exclamó Darrell, que nunca había oído llamar Potty a la señorita Potts en su presencia—. ¿Cómo se atreven?

—Es la única vez que lo hacemos, cuando nos despedimos —explicó Alicia, con una sonrisa—. Y a ella no parece importarle. ¡Mira cómo sonrío!

—¡Adiós, Potty! —gritó Darrell, asomándose a la ventanilla—. ¡Adiós! ¡Adiós, *Torres de Malory*! —añadió, casi para sí—: ¡Me alegrará verte de nuevo!

¡Adiós! Hasta la próxima vez. Adiós, Darrell, Sally y las demás. Pronto volveremos a reunirnos. Hasta entonces, ¡buena suerte!

Notas

[1]«Potty» significa «loco», «chiflado» en el lenguaje familiar inglés. (N. de la T.)<<